CUATRO JUBILADAS
CON UNA ÚNICA OBSESIÓN: JUGAR



ROCÍO A. GÓMEZ



SUMA
de letras

Rocío A. Gómez Sustacha

Órdago

Las Gamers del Cinquillo

SUMA

A mis abuelas, que, de seguir aquí,
harían un equipo perfecto con
Las Gamers del Cinquillo

1

Mala racha

Un escandaloso cling, cling, cling inunda la sala y anuncia que la máquina tragaperras del casino acaba de dar su gran bote. El sonido invade todo el local, pero no, el dinero no es para ellas. Qué va. Su premio gordo continúa desaparecido.

Y como sigan tan desubicadas les va a ser complicado encontrarlo. Es la primera vez en toda su vida que visitan un casino, y hay demasiados sonidos, luces y billetes como para concentrarse, aunque deberían empezar a ponerse las pilas.

Desde que entraron han pasado un rato muy largo debatiendo cuán difícil debe de ser mantener limpia esa moqueta. No han encontrado ni una mota de suciedad y tampoco a nadie del personal de limpieza al que pedirle el truco. También se han detenido unos cuantos minutos al lado de dos mujeres para descifrar si sus bolsos eran realmente de las marcas que indicaban sus logos o se trataba de esos clones tan cucos que dan el pego.

Ahora Dolo, Pili y Rosario están hipnotizadas observando cómo la ganadora del premio de la tragaperras, una mujer canosa que rondará su edad, con las arrugas bien cubiertas por unas excéntricas gafas, recoge una especie de talonario. ¿Que si les ha desilusionado

que no caigan monedas de verdad anegando el suelo? Un poco, para qué negarlo.

También les ha desilusionado dejar fuera a Carmen. Habían olvidado que hacía años ella se había inscrito voluntariamente al registro de la autoprohibición del juego… ¡Esta mujer no para de sorprenderlas! Acostumbradas a ser siempre cuatro, sienten que les falta una pata, y encima Carmen era la única que sabría moverse con soltura en este lugar.

Carmen, sentada en las opulentas escaleras de mármol de la entrada, también lamenta haberse quedado fuera. En parte, por perder la oportunidad de tomarse unas copas a precios irrisorios —eso lo recuerda perfectamente—, y sobre todo por no ayudar en esta aventura a sus compañeras. Se enciende un pitillo mientras trata de hacer memoria de cuándo se inscribió en el dichoso registro que le prohíbe el acceso a lugares de juego. Supone que durante aquellos años en los que, cuando salía de trabajar del bar, solo estaba abierto el bingo. Siempre pensó que la autoprohibición afectaba únicamente a los bingos. ¡Vaya chasco! De cualquier forma, de poco le sirve afligirse por eso. Ahora está mucho más preocupada porque sus amigas consigan lo que han venido a buscar. No puede evitar sentirse muy culpable por todo lo sucedido.

Dentro del local no hay ningún avance, salvo los que resuenan en las tragaperras más clásicas. Ni consiguen averiguar cómo se mantienen las alfombras tan pulcras ni les están sirviendo las horas que han

invertido durante la mañana en aprender a jugar al póquer y al blackjack con las aplicaciones que el hijo de Pili les ha instalado.

Rodean una mesa, comentan que el tapete también está limpísimo («De verdad, ¿cómo lo harán?»), e intentan seguir la jugada que se extiende sobre el tablero con los escasos conocimientos adquiridos. Desde la distancia cualquiera puede notar que no son asiduas, y basta acercarse y escucharlas para corroborarlo.

—¿Qué había que sumar aquí? ¿Veintidós? —pregunta Dolo junto a la mesa de blackjack.

—No, mujer, son veintitrés. Yo para recordarlo me acuerdo de lo de «con los dedos de las manos, los dedos de los pies, la polla y los cojones todo suma veintitrés» —responde Pili.

—De verdad que no hay por dónde cogeros. Son veintiuno. ¡Veintiuno! —aclara Rosario alejándose un poco de sus compañeras. Le gustaría conocer las reglas de estos juegos. La gente parece realmente entretenida.

Ya que la noche no tiene pinta de lograr el final feliz que auguraban, no le importaría al menos aprender algo nuevo que, oye, nunca está de más. No importa su edad ni su condición; está convencida de que hay que continuar aprendiendo cosas nuevas hasta el último día. Y, siendo sincera, los juegos de casino que lleva en el móvil le han robado más horas de las que esperaba. Cuando se los instalaron la noche anterior, la idea era sencilla: familiarizarse con el ambiente y las normas para no llamar demasiado la atención en su visita. Sin embargo, ella ha descubierto un pasatiempo excepcional. Y sí, se siente orgullosa de haber memorizado al menos algunas reglas.

Lo de familiarizarse con el ambiente tampoco lo han conseguido. No solo porque se han vestido con lo que consideran sus mejores galas, compuestas básicamente de brillos, perlas, transparencias y una falda que vivió su momento dorado en los ochenta, y, para mayor inri, se han encontrado con que la tónica predominante son chavales en camiseta y vaqueros y mujeres con vestidos casi playeros, sino porque no es su hábitat. Por muy cerca que quede este casino de su barrio, saben que no es lugar para ellas. No están cómodas. Que nada más entrar a Dolo le hayan quitado la laca del bolso porque no se pueden introducir aerosoles o algo así y que Pili cante línea cada vez que el crupier saca la carta del *river* en una partida de póquer, las pone en continua evidencia.

Por suerte el entorno es distendido. Las risas de los ganadores se entremezclan con los sonidos metálicos de los juegos, los perdedores no lloran y el ritmo no para. Que sea noche de viernes contribuye a que ninguna mesa se quede vacía y a que la sala destile diversión. Ya tendrán tiempo de comentar con calma todo lo que están viendo, de regodearse en los perfiles variopintos de los jugadores y de marujear sobre las cantidades ingentes de dinero que mueven algunos. Ahora no es el momento para ello, por muchas ganas que tengan de cotillear sobre esa improvisada experiencia.

La intención de las tres mujeres es clara: buscan un rostro concreto. Sin embargo, se dispersan con facilidad y, cada pocos minutos, tienen que levantar la cabeza y echar pequeñas carreritas para reagruparse. Demasiados estímulos.

En un principio les pasa desapercibido un grupo de hombres. Se han apoderado de una de las esquinas del local y beben copas en vaso de tubo como el que come pipas, con ansiedad y sin límite.

Hasta que no llevan un buen rato mirándolas, ellas no se percatan de su presencia. Cuando lo hacen, lo primero en lo que reparan es en el tamaño de sus brazos. «Ni Álex, aquel butanero que vino tantos años por el barrio, los tenía así, ¿os acordáis?», comenta Pili obteniendo unas sonrisas cómplices por respuesta. Después se fijan un poco más. Eso sí que se les da bien: escrutar, observar y cazar cada detalle por minúsculo que parezca. Van subiendo la mirada por los tatuajes que cubren, sin demasiada lógica, esos brazos. Los rostros les parecen todos iguales. El que se ríe más alto tiene cara de niño extraviado y «le pegaría bastante tener una cicatriz en el pómulo», dictamina Dolo, que está desatada.

El desconocimiento del lugar consigue hacerlas dudar del motivo de esas miradas. Si eso pasase en la calle, apostarían porque alguno es hijo, sobrino o primo de alguien conocido. O porque ellas están chillando demasiado. O, lo más probable, porque Dolo se ha vuelto a trabar la falda con las bragas y va enseñando todo el culo. Pero no es el caso. No tener referencias para encontrar la lógica de esas miradas las desorienta aún más. Como si no fuese suficiente con el alboroto bañado de extrañeza en el que se hallan.

Sin embargo, cuanto más los miran, más conscientes son de que ellos también las están observando.

—¿Querrán ligar? Que he oído que ahora las maduritas están de moda —dice Dolo con auténtica convicción.

—Lo de ser maduritas lo perdimos hace unas décadas, bonita. Pero sí he oído que ahora hay aplicaciones para vender fotos, de esas íntimas, y que se encuentra de todo. De hecho dicen que la Puri se saca de ahí unas perras. —Pili habla de oídas, como casi siempre, pero convencida de que cuando el río suena…, agua lleva.

—¿Y nos querrán captar para fotos de esas? Ay, no sé yo si estaré preparada para esas. ¿Se gana mucho? —A Dolo no le gusta perder oportunidades.

—No, no estás para esas. Ninguna lo estamos. —Rosario ladea la cabeza mientras habla—. Estamos para otra cosa. Venga, a concentrarse. Siempre igual, ¡te ilusionas con cualquier milonga!

—Si estamos aquí por dinero, habrá que abrirse a todas las opciones. No sé, digo yo… —Dolo lo dice convencida. Que necesitan dinero es un hecho, y que el mundo ofrece curiosas formas de ganarlo, otro.

Pili y Rosario vuelven a ojear la sala y comienzan a andar unidas del brazo. No así Dolo que, aunque también avanza, gira la cabeza e intenta guiñar un ojo a los chicos. Por si acaso. Se sonroja un poco al ver que uno de ellos le dirige un gesto de brindis alzando su copa mientras le devuelve el guiño, aunque la escena le está resultando más propia de una película de mafiosos que de una comedia romántica. Es más, en la telenovela a la que es fiel cada tarde no se desvelaría hasta el último capítulo si ese gesto es de amenaza o de cortejo. Y con las mismas ganas de saberlo se va a quedar.

Rosario hace uno de sus clásicos movimientos: rebusca en su bolso durante un largo transcurso de tiempo, saca un paquetito y se mete un chicle en la boca. No por repetido el movimiento ha perdido interés para ella. Solo que esta vez, al abrir la boca, casi se atraganta.

—Está allí. Mirad, mirad.

Y justo donde señala, junto a la barra del fondo, alejado del juego y con una botella de agua entre las manos, ven a su objetivo. Como tres animales indefensos en el centro de una jauría unen sus

espaldas, alzan la cabeza y se yerguen. Dudan de si será cierto que por fin tienen delante de ellas lo que llevan toda la noche buscando. Son conscientes de que cada vez se confunden más con las caras. Y con los recuerdos.

Su objetivo apenas mide metro setenta, viste un chándal oscuro y luce unos pelillos revoltosos en lo que pretende ser una perilla. Es una pena que Carmen, la que mejor lo conoce, esté pasando la noche en la puerta. Aunque no le dan demasiada importancia. En realidad no piensan interactuar. Por el momento, solo van a observar para intentar descifrar si ahí se esconde lo que buscan. Y lo hacen como tres espías venidas a menos a las que ya les da exactamente igual ser descubiertas.

Se aproximan sin ningún tipo de discreción y se sientan a jugar, por fin, en una máquina situada bastante cerca del joven. No tienen ni idea de si hay que unir estrellas con estrellas, estrellas con nubes o nubes con soles. Les duele echar el primer euro. Su intención no es gastar dinero y, desde luego, no pueden permitirse ir tirando monedas. Aunque sienten que no les queda otra. Han traído bien interiorizado que deben mimetizarse con el ambiente para no llamar la atención. Esta es la teoría, porque en la práctica las cosas no están sucediendo tal y como las habían imaginado.

—Decís ese de ahí, ¿no? —Pili señala al muchacho con descaro. Por suerte él no parece haberse fijado en ellas.

—Sí, yo diría que sí que es. Ay, no sé. Quizá no. —Rosario rebusca de nuevo en el bolso—. Qué fallo, no traje las gafas de lejos.

—¡Si está a cinco metros, Rosario! Pero sí, yo también creo que es él. De hecho me parece que llevaba el mismo chándal el día que lo vimos paseando con Tere. Pensar que ahí nos saludó muy majo…

—¡Objetivo localizado! —chilla Dolo en un arrebato de ilusión.

Se percatan enseguida de que los jóvenes que rodean a su objetivo —misma edad, mismos gestos, mismos atuendos— le están dando codazos. No las señalan, no hace falta. Ven a tres señoras que brillan como una bola de discoteca, apretujadas en torno al sillón fijado al suelo frente a la máquina tragaperras. Deberían estar absortas, como todos los demás habitantes de ese pasillo, entre estrellas, nubes y soles. Sin embargo, ellas no hacen ni caso al juego. Los jóvenes dudan entre la ternura y la sospecha. Al final deciden cambiarse de sitio.

Andan tranquilos hasta que, a los pocos pasos, ya son conscientes de que están siendo perseguidos. Las mujeres mantienen la compostura, creen que están pasando inadvertidas. No consideran que corretear, agarrándose el bolso y casi en formación puede resultar llamativo. Cuando los ven entrar en masa al baño, empiezan a dudar sobre si habrán sido descubiertas.

—Yo creo que no nos han visto —dice Dolo—. Aquí hay mucha gente.

Sus compañeras la miran con esa sonrisa complaciente de quien está acostumbrado a no responder ante lo obvio. Retoman su posición en otra máquina con vistas al baño. Juegan un par de euros y les tocan diez. Lo celebran como si les hubiese tocado un premio gordo. Mezclan la vigilancia a la sala con las risas nerviosas.

«Dolo, de verdad, no te enteras de nada», comenta Rosario mientras se dirige a la máquina que habían ocupado con anterioridad. Recoge del suelo un pastillero de plástico con fondo rojo y cubierta transparente bien cargadito y vuelve a la nueva ubicación para entregárselo a su dueña.

—Ay, gracias, Rosario. Ni me di cuenta de haberlo sacado.

—Si es que te dejas todo por ahí. Eres una mujer a un pastillero pegada.

—Cada día estoy peor…

—Y mira que no darte ninguna medicina para la memoria…, estos médicos.

—Tiempo al tiempo, supongo. —Dolo es consciente de que cada día hay más pastillas en su vida. Lo siente como una victoria frente a la muerte, como una enraizada lucha personal contra la naturaleza.

—Guárdalo, guárdalo. No sea que piensen que las estamos vendiendo —añade Pili a la conversación.

—No seas agorera. Siempre igual. Lo menos sospechoso que alguien puede encontrar a estas alturas es a una señora de setenta años con un pastillero en la mano. Aunque es cierto que no suelen ir tan cargados como el de Dolo. —Rosario sabe que la mujer dedica la tarde del domingo a organizar las pastillas de la semana, cada una en la cajita del día correspondiente y de la comida a la que tiene que acompañar—. Aunque esa camiseta que te has puesto, Dolo, es un poco de pastillera, la verdad.

Las mujeres se ríen. Dolo ya les ha explicado que ese top de lentejuelas que deja a la vista el ombligo y las lorzas, generadas cada vez que levanta los brazos por el ajustado cinturón de polipiel, no es un disfraz de gogó, como la han vacilado en cuanto la han visto, sino que es el uniforme que llevaron para la despedida de soltera de su sobrina. Pili y Rosario rezan para que no repita la historia de cómo acabó esa noche bailando en el centro de la pista entre aplausos y vítores. La han oído demasiadas veces.

—Las pastillas son pastillas y aquí no creo que estén acostumbrados a ver estas. —Rosario está empezando a sentir algo parecido a la vergüenza mezclada con la desconfianza—. Además, seguro que aquí hay cámaras y se fijarán en esas cosas.

—Cámaras hay ya en todas partes —corrobora Pili, que, desde que se enteró en Facebook de que hay peluches con cámaras espía, e incluso cámaras para controlar mascotas, vive un poco acojonada bajo una sensación permanente de control, de hallarse bajo el Gran Hermano. Y eso que ella no ha leído a George Orwell ni nada por el estilo—. Pero los que las miran estarán atentos a las trampas en las mesas, ¿no?

Dolo guarda por fin el pastillero en el bolso, no vaya a ser que piensen mal de ella. Los jóvenes, el foco de su interés, todavía no han salido del baño. Entonces Rosario decide entrar con el objetivo de inspeccionar el terreno. Cuando regresa, informa de que los baños tienen una segunda puerta que da a otra sala del casino.

Rosario se asoma a esa sala, tampoco están allí. Los han perdido. Cuando vuelve a la maquinita donde la esperan sus dos amigas, y les cuenta que la persecución ha finalizado, percibe en sus miradas un ápice de tranquilidad.

¿Se sienten un poco abatidas por no haber interactuado con su objetivo? Sí. ¿Un poco liberadas al poder irse por fin de ese lugar en el que no se han sentido cómodas? También. ¿Motivadas incluso por ver ya cerca el momento de llegar a casa, quitarse esa ropa y ponerse el pijama? Muy probablemente. Aunque nadie les ahorra la insatisfacción de seguir en el punto de partida. La cara de Carmen, cuando la encuentran a la salida y le comunican que no hay novedades, es un poema que no contagia alegría.

Las cuatro mujeres abandonan el casino cansadas, con diez euros ganados (sin restar lo invertido) y con la pesada carga de no haber encontrado lo que habían ido a buscar.

Si alguien las observa con detenimiento mientras retoman el camino a su barrio, se dará cuenta de que no se parecen en nada, aunque sean uña y carne. Carmen destila la energía de una adolescente, incluso en ese momento en el que los fantasmas visitan su mente. Se mueve ágil, con la delgadez del que no puede estar quieto. De hecho, si Pili necesita escaleras hasta para buscar el cargador de su móvil en las baldas superiores, Carmen parece la torre del castillo de naipes que, entre todas, forman. Mientras, Dolo se agarra al brazo de sus compañeras levantando mucho la cabeza a pesar de toda la laca que sigue manteniendo su pelo corto, que perfila un rostro redondo y arrugado, intacto. Rosario camina erguida, con el toque de elegancia que aportan unos brazos finos y una piel cuidada durante años.

Las diferencias entre ellas son tan notables como las de los palos de la baraja, y no les importaría entrar en la discusión de quién representa bastos, oros, copas o espadas. Y es que gracias a sus diferencias son las auténticas, las genuinas Gamers del Cinquillo.

2

Las Gamers del Cinquillo

Suman más de doscientos cincuenta años entre las cuatro, y una cifra superior si se consideran sus pesos, y no están bien. Por primera vez en sus vidas, les han robado su futuro. Un futuro que vino en forma de un papelito y que, con la misma, se ha ido.

Porque no, no han acabado en el casino por casualidad. No ha sido una de esas tardes aburridas en las que no saben qué hacer y las rematan sin premeditación, y sin Carmen, en el bingo. Uy, están en la mesa con varios cartones en una mano y el boli Bic en la otra. Al rato se vuelan veinte euros por barba y se están pidiendo un gin-tonic. Sus conversaciones son antológicas: que si Pili dice «Dolo, deja de jugar al treinta y cinco», y Dolo responde «¿A cuál?»; y que si Rosario asevera «Al treinta y cinco» y Pili cierra la conversación con un «por el culo te la hinco». Las mesas cercanas lloran de risa, pero lo del casino no, no ha sido uno de esos planes espontáneos.

La risa, sin embargo, sí es algo que producen con cierta asiduidad. No les es complicado arrancar carcajadas a su alrededor. Nunca se han molestado en indagar el motivo. Desconocen si es por ser malhabladas, por aparentar a su edad una vida de juventud o por alguna vis cómica que no tienen trabajada. Poco les importa.

En definitiva, no, no ha sido uno de esos días. Y eso que llegaron al casino con un plan muy concreto después de su reunión de la tarde anterior.

El problema surge la mañana del miércoles y, aunque ha dejado su vida patas arriba y ha instaurado en ellas una desazón mucho más profunda que la cancelación de *Sálvame*, dónde iba a parar, han mantenido su tradicional cita del jueves por la tarde. De hecho acuden a ella con más ansiedad que nunca.

Esas tardes la agenda impone partida casera de brisca regada con vino barato y salpimentada con los últimos marujeos del barrio, pero, en esta ocasión, el problema que les acucia se transforma en el elefante en la habitación.

Aunque son conscientes de que nada será como antes, la velada comienza con normalidad. Rosario ejerce de anfitriona y su conejo, de nombre Playboy, está eufórico de recibir invitadas y mimos. Ella hubiese preferido un perro como animal de compañía, pero alguien la convenció de que un conejo de mascota le saldría más económico. A veces le da pena no encontrar ropa para él en ninguna tienda, aunque Pili le insiste en que entre a internet, que ella ahí ha visto muchas opciones. De cualquier forma, adora a Playboy. Nadie ha compartido vivienda con ella desde que salió de casa de sus padres cuando empezó a trabajar. Así que el conejo se ha convertido en el único compañero de piso que ha tenido en su vida. Y ha salido bien, el animalito siempre se ha comportado como un amigo fiel.

Carmen llega la primera, lo que no es raro porque solo tiene que bajar unos cuantos pisos, ya que Rosario y ella viven en el mismo

edificio. Al entrar deposita su habitual tarta en la mesa mientras se enciende un cigarrillo. Con la mano que le queda libre comienza a quitar el papel de aluminio con el que ha envuelto el postre. Al hacerlo queda a la vista que ese día lo ha elaborado sin mucho esmero. Es comprensible. De todas formas se lo van a comer igual, aunque las frutas que lo decoran parezcan recién salidas del estómago de algún rumiante que, tras saborearlas, las ha regurgitado sin ganas.

Enseguida llega Dolo, con su pelo inundado de laca, y al poco aparece Pili, que lo primero que hace es devolver a Rosario unos pendientitos de perlas que le había prestado para un cumpleaños que tuvo el otro día.

La mesa para la partida ya está dispuesta en la terraza minúscula. Apenas caben cuatro sillas plegables y una mesita que, en algún momento, fue de dormitorio. No les importa que sea invierno y que tengan que jugar con el abrigo puesto. En peores se han visto. Les preocupa mucho más la subida del precio de la calefacción, por lo que cualquier opción de ahorro es bienvenida. Además, aún entra un solecito que da gusto.

—Sí, sí, perfecto en la terraza —dice Pili nada más cruzar la puerta —. Yo lo prefiero. Es una tontería encender la calefacción. Es que mira que justo perder el dinero ahora que todo está subiendo…

Ignoran su comentario. Ninguna está preparada aún para hablar de la realidad, para darse de bruces con la desilusión, para asumir lo que les ha pasado a ellas. Quizá más adelante, cuando el vino o la brisca relajen el ambiente…

—Es que la inflamación esa nos va a dejar pobres a todos. Más pobres. —Todas se ahorran corregir la palabra a Dolo; cada vez

dejan pasar sus errores más a menudo. Es demasiado agotador rectificarla a cada rato—. Además, a mí me viene de perlas que me dé el sol. Siempre me dice el médico que necesito más vitamina de esa para los huesos. Igual hasta me ayuda a dejar alguna medicina.

Rosario está volcada en su papel de anfitriona. No suele ofrecer su casa como sede y, aunque siempre reina el orden en ella, mantiene su obsesión por tener todo en su sitio. Es la herencia que le ha quedado de trabajar tantos años como secretaria en la universidad. Le costaba tanto dar la cara cuando se perdía algún papel que sigue esforzándose por rayar la perfección. Sirve un poco de vino en tres vasos chiquitos y ofrece a Carmen una cerveza que ha comprado expresamente para la ocasión. Esta le agradece que haya ido a por sus *lagers* favoritas de marca blanca, da un largo trago mientras toma asiento y se dispone a barajar las cartas.

—Espera un segundo. Antes de repartir, vamos a hacernos un selfi. —Pili alza la cámara en un gesto ensayadísimo y consigue que se agrupen.

Las sonrisas falsas, que han aprendido a poner imitando a las famosas, no les salen muy perfectas en esta ocasión, pero se contiene de pedir una segunda instantánea. No está el horno para bollos.

—Que no falte nunca tu selfi. —Carmen necesita empezar a jugar, distraerse.

—Mujer, ya sabes que me gusta mandarla al grupo de la familia. Que los chavales sepan dónde estoy. Me quedo más tranquila.

—¿No debería ser al revés y que tú sepas dónde están ellos? —pregunta Rosario—. De cualquier forma, siento ser yo quien te lo

diga, pero pasas demasiado tiempo con el móvil. Hay gente joven que tiene el carrete ese, o como lo llamen, con menos fotos que tú.

—Con algo hay que entretenerse…

Carmen asume el rol de repartidora. No se ha molestado en ofrecer cartas para ver a quién le toca la más alta y elegir así quién va a repartir. Comienza a distribuirlas. Se recrea en cada movimiento, en cada giro de muñeca, en cada lanzamiento de naipe, buscando que casi floten en el aire para acabar a escasos milímetros de la mano receptora. Da la vuelta a la última con notoriedad. Pintan bastos. Le gusta. No es que sea una persona supersticiosa, simplemente es uno de los palos que más le salen en las partidas. Para ella es pura estadística y no se lo podría negar ni el más profesional.

Ellas están convencidas de que, si no lo son, es porque no quieren. Quizá nunca han competido a nivel de élite, ni tienen patrocinadores. De hecho el bote más grande en sus partidas ha sido de treinta euros. Fue un día que Pili recibió una propina de la señora para la que a veces limpia, aunque hace bastante que debería estar fuera del mercado laboral, y decidió invertirlo todo al tute. Pero teniendo en cuenta las horas que echan jugando a las cartas, las estrategias que han ido desarrollando y la seriedad con la que se toman cada partida, no deben de estar muy lejos de quienes viven de ello.

Si la facilidad para hacer lo que uno quiere las hubiese pillado más jóvenes, habrían intentado sacar rendimiento a su afición. Pili ya ha propuesto varias veces que jueguen en directo a través de internet, que ella sabe que hay mucho *gamer* que se saca unas perras solo con mostrar cómo juega. ¿Por qué lo de ellas no valdría? No lo

entiende. Sí entiende que sus compañeras de mesa andan algo rezagadas en eso de las tecnologías, pero, si por ella fuera, ya estarían sumando euros mientras miles de personas las visualizan desde su sofá.

—Tenemos que retomar la idea de hacernos un canal en Twitch —comenta esperanzada con que alguna vez recibirá un sí.

—¿Dónde vamos nosotras a estas alturas a rivalizar con la juventud? Lo nuestro es jugar a lo sencillo, con las trampas de Dolo y las intuiciones de Rosario. ¿Quién va a querer vernos? —dice Carmen.

—A ver, seamos realistas. Ya hemos oído varias veces que nos llaman Las Gamers del Cinquillo. El otro día cuando pasamos por la mercería, se lo volví a oír a la dependienta: «Ya van por ahí Las Gamers del Cinquillo», dijo. Nombre y algo de fama ya tenemos. Podríamos aprovecharlo… —Pili sigue con su idea y, mientras habla, cambia el nombre del grupo de WhatsApp que comparten. Ya no será «Brisca y Tute»; ahora el nombre oficial es el mote que les han puesto. A veces hay que agarrarse a cómo nos ven los demás.

—El mote es bueno. Ni Carmen nos hubiese puesto uno más acertado. —La voz de Dolo suena a chiste. Quizá si hubiese esperado a terminar de masticar el trozo de tarta habría resultado más profunda.

—Insisto en que cuando entro en el Twitch hay muchísima gente jugando. Vas cambiando de pantalla y sale uno tras otro. No niego que juegan más a cosas de esas de tiros, pero todo es probar.

—Quizá si traes un plan de negocio… —propone Rosario, más por dejar el tema para más tarde que porque lo considere relevante.

Pili tampoco se ha planteado cómo se gestionaría. Cuando se queda despierta hasta las tantas, porque el maldito dolor de espalda no la deja dormir, zapea hasta encontrar un programa de televisión en el que gente de lo más dispar juega al póquer. Hay muchas cámaras para grabar cada mano por separado y comentaristas; incluso se muestra en pantalla las probabilidades de cada uno. Dará una vuelta a cómo podrían incursionar ellas en ese mundo.

Porque *gamers* son. Aunque no haya videojuegos de por medio ni competiciones internacionales, ellas sienten la misma voracidad y euforia cuando avanzan en las jugadas y consiguen sus metas. Que en vez de sumar pantallas sumen bazas ganadas solo es un pequeño detalle.

Aquí las parejas están establecidas de antemano. No les gusta dejarlo al azar por mucho que las normas de la brisca lo dicten. Carmen y Rosario hacen un tándem un tanto especial, un poco al estilo de cuando las empresas quieren crear grupos de trabajo heterogéneos y unen a los empleados más dispares. Por su parte, Pili y Dolo han aprendido a entenderse sin palabras y se niegan a renunciar a ello.

No pierden tiempo en escoger las parejas y tampoco en debatir cuánto se apostará: un euro por cabeza y el bote se lo lleva la pareja que más puntos sume tras cinco partidas. Son sus normas y no hay discusión. Les salen bastante más económicos los días de brisca que los de chinchón. Especialmente a Dolo, que no puede parar de reengancharse cada vez que se pasa de cien puntos, algo que sucede mucho más a menudo de lo que está dispuesta a reconocer. De cualquier forma, es una economía compartida y el dinero se mueve de mano en mano yéndose y regresando cada

poco. Dolo solo lo recupera los días de brisca o tute; por eso, ni oír hablar del peluquín cuando le proponen, entre risas, un cambio de compañera. En este momento mantener las tradiciones es una forma de atarse a su realidad. Por ello la partida discurre con total normalidad.

—Pili, ¿estás contando los puntos de cabeza? —cuestiona Carmen —. Ya sabes que en las últimas te ha fallado la memoria, por decirlo finamente, y os habéis sumado de más.

—Anda, anda. Un día matas a un perro y para toda la vida te llaman mataperros. Si luego vas a poder hacer el cálculo con lo tuyo.

—Al final la resolución se vuelve más larga que la partida. Ya verás…

La historia de Pili con las cartas se remonta a la primera vez que su abuela le cantó las cuarenta. Literalmente. Y tardó varios años en descubrir que la mujer, digna de toda su confianza, era amiga de sumarse algún tanto de más. La tarde en que jugó por primera vez con unos compañeros del colegio y estos le dijeron que las bazas del tute, sin contar cantes, no podían sumar más de ciento veinte supuso para ella un tremendo shock. Se podría decir que aquella fue la semilla para hacerla dudar de toda la información, y de todas las personas, durante el resto de su vida.

El final era predecible: victoria para Carmen y Rosario. La partida se cierra por tanto con un euro más para cada una en su bolsillo, un pequeño resto de la tarta en la mesa que ahora parece tener mejor pinta que cuando llegó, una botella de vino fundida y tres latas de cerveza finiquitadas. Pero ni siquiera las ganadoras celebran su victoria. Saben que el tiempo de ocio ha acabado, que han evadido

el problema por un rato y que, antes o después, toca hablar de lo serio.

Como siempre que deben tratar un asunto importante, las conversaciones comienzan con banalidades. Con temas repetidos una y mil veces. O hablando del tiempo. Todas saben que, se hable de lo que se hable, estarán pensando en lo mismo.

—Pues ahora el dentista me ha dicho que toca cambiar la dentadura. Aunque yo la veo bien.

Dolo enseña sus dientes cual caballo y recibe como respuesta unánime un gesto afirmativo de cabeza. No le queda muy claro si es porque también la ven bien o porque están de acuerdo con su dentista. Sea lo que sea, carece del dinero que le han pedido para hacerse unas prótesis.

—Si es que todo son gastos. Yo estoy igual. No de la boca, porque sigo teniendo buena mordida. —Cuando Rosario enseña sus dientes, destella entre ellos un enorme chicle verde—. Pero ahora parece que me está saliendo una humedad en la cocina. ¡Y hace dos meses fue la nevera! Esto es un no parar.

El tema del dinero es común en sus reuniones. Solo que esta vez llevaba silenciado toda la tarde. Y, aunque no hablen de ello directamente, el parloteo está virando al conflicto que las corroe.

Por fin Carmen toma las riendas. No puede evitar sentir una culpabilidad acuciante, una de esas que te bloquea la garganta. Hoy no se le pasa ni con el remedio de siempre: empinar varias cervezas.

—Ha tenido que ser el chaval. No hay otra —dice convencida—. Es el único que ha estado por casa. Aunque fuese para dejar la relación con mi Tere. Mira qué jeta, con lo ilusionada que estaba ella con este chico. Y encima de que se acerca para dejarla, que sí, que ya sé

que otros lo hacen con un wasap, pero vamos. Encima de que se acerca…, va y agarra lo que no es suyo. Dos días lleva ya la pobre instalada en el sofá llora que te llora.

—Se le pasará mujer, es muy joven —comenta Dolo.

—Lo que se nos va a pasar a nosotras es la vida si no salimos de esta. —Carmen no deja de pensar en esto—. Si es que no puede ser tan difícil encontrarlo. No sé, quizá tengamos que seguirle. Algo hay que hacer.

Todas tienen claro que, efectivamente, algo hay que hacer. Por lo que no pierden más tiempo en diatribas y sin más la conversación se centra en idear un plan. Carmen lidera la propuesta. Enseguida aceptan que el primer paso ha de ser un seguimiento que las acerque a lo perdido. Ella sabe dónde encontrar al chico y ninguna rechaza su propuesta de ir en su busca. Por mucho que el reto conlleve salirse de su hábitat. Eso no importa, porque lo que está en juego es mucho más relevante. La idea base es sencilla: seguirlo, observar sus movimientos y apartarlo del resto para interrogarle.

Tendrían que desempeñar un papel complicado. Por un lado, les tocaría desarrollar sus habilidades en algo que desempeñan con cierta asiduidad: espiar. Al fin le van a dar utilidad al tiempo dedicado a cotillear sobre medio vecindario. Por otro, el lugar donde va a desarrollarse el plan implica que tendrán que mostrarse como mujeres despreocupadas, que solo buscan diversión y que saben algo de esos juegos con ruletas, monedas y barajas que no son la española.

Entonces Pili escribe a su hijo para que le aconseje algunas aplicaciones de juegos de casino con las que practicar.

—Gato viejo no aprende trucos nuevos —comenta Dolo convencida. De la propia frase y de la dificultad de la propuesta. Si sus interlocutoras no la conociesen tanto, estarían pensando que es puro vacile—. Son demasiadas cosas: aprender a jugar, no llamar la atención, encontrar al chiquillo, hallar lo otro…

Carmen se está empezando a cansar de que Dolo vea complicaciones en lo único que puede cambiarles la vida.

—Mañana en el casino lo arreglamos.

3

Un imán en la nevera

No, no lo arreglan. Tras esa noche de casino están incluso más lejos de su objetivo que la mañana del miércoles en la que aconteció todo.

Pili tiene una rutina perfectamente definida cuando se levanta: mear, hacer el café para ella, su marido y los dos hijos que aún le quedan en casa, retocarse el moño, dedicar veinte o treinta segundos a escoger con qué pinza se lo atará ese día, y preparar las tostadas que cada uno aderezará después a su gusto.

Mientras los suyos se despiertan, ella enciende el móvil. Revisa los memes de buenos días que algunas mandan a los grupos de WhatsApp, los distribuye a placer en otros grupos y, si es miércoles, mira los números premiados en el Euromillones de la noche anterior.

Se frota varias veces los ojos. Nunca le ha pasado lo que se encuentra ese día. El boleto premiado es el 07-20-24-34-48, y las estrellas, el 1 y el 8. «Que la suerte os refresque la vida», se lee en la página web donde lo está consultando.

Vuelve a mirar la pantalla. La refresca un par de veces como ha aprendido de sus nietos: deslizando el dedo desde la cabecera de la página. Aun así, se mantienen la fecha y las cifras. Se concentra y

recuerda que, efectivamente, la semana pasada, como todas, fueron al lotero. No le cuesta rememorar la escena porque era el cumpleaños de su hijo pequeño e iba cargada con las dos tartas que le había hecho Carmen.

Se levanta perdiendo el equilibrio y rebusca por la casa el último décimo que le ha tocado guardar a ella y que corresponde a hace justo un mes. Tienen un calendario perfectamente estructurado que indica quién custodia el décimo cada semana. Pili es consciente de que su manía de guardar papeles puede parecer obsesiva, pero a veces es muy útil. Lo encuentra en el cajón de la cocina entre decenas de tíquets de compra de los supermercados. Sí, las cifras coinciden.

Son las que juegan cada semana.

No sabe cómo actuar. Le falta experiencia en esto de vivir alegrías. Intuye que tendría que saltar, llorar, chillar. Quizá emocionarse. Sin embargo, se queda inmóvil apoyada en la mesa de la cocina. Piensa que a esa hora solo estará despierta Dolo y que era a Carmen a quien le tocaba guardarlo.

El hecho de haberse transformado en millonarias, ¿es suficiente excusa para despertar a las demás? En realidad son las ocho de la mañana, una hora más que decente para estar levantado, sobre todo a su edad, aunque su marido tampoco cumple la premisa. Se acerca a la habitación con la intención de hacer algo de ruido, a ver si lo despierta y la ayuda a revisarlo. Cuando escucha los ronquidos se detiene, ¿y si se está equivocando y es una tontería sacarlo de un sueño tan plácido?

Opta por la opción más conservadora. Sube la captura de pantalla del número premiado al grupo que comparte con Dolo, Carmen y

Rosario. Después espera acomodada en el sofá, sin poner los informativos matinales ni hacer ningún movimiento. Piensa en comerse la tostada, pero lo que hace es apretar muy fuerte el móvil en la mano. Cada pocos segundos, comprueba que este continúa encendido y que el sonido está activado. Cómo sufre hasta que, veinte minutos después, recibe una llamada.

La tensión provocada por la incertidumbre es indomable. Pili recuerda las veces que ha aguardado noticias en las salas de espera de un hospital. Revive los nervios del no saber, como cuando su madre se debatía entre la vida y la muerte. En su fuero interno se castiga por experimentar el mismo pánico que sintió en aquellos atroces momentos. La espera actual no debe ser así de compungida porque todo augura buenas noticias. Entonces ¿por qué la mente se pierde justo ahora por los malos recuerdos?

Por fin suena el teléfono y no se trata de ninguna llamada comercial. Es Carmen, extrañamente madrugadora. Dos golpes de suerte en la misma mañana.

—Pili, cariño, no lo encuentro.

—¿Cómo?

—Que no lo encuentro, el décimo. No está aquí.

—Carmen, recuerdo con claridad que te lo quedaste. No me acordaré de lo que hice de comida ayer, pero de eso…

—Lo sé, lo sé, quizá son los nervios, pero no lo veo.

—Voy a revisar por aquí. —Pili lo dice como un mero trámite porque está bastante segura de que, si el boleto de esta semana no se hallaba junto al décimo de hace un mes, no lo tiene en su casa—. Si no lo veo, te aviso. Me cambio en un segundo y voy para tu casa, que cuatro ojos ven más que dos.

—Gracias, Pili. —La voz de Carmen suena a derrota profunda, de las que tambalean los cimientos personales.

Nada más leer el wasap de Pili, Carmen se dirige a su nevera. Siempre que le toca guardar el décimo, lo coloca en el mismo lugar. No es que sea supersticiosa, no. Simplemente le gusta colgarlo en la nevera con el imán que se trajo de su viaje de novios, en Torrevieja. Qué tiempos aquellos. «Seguro que las cosas buenas atraen otras cosas buenas», piensa a veces.

Entonces el mundo se le cae a los pies. ¡El euromillón no está donde debería! Le da mil vueltas. Puede que entrase atareada y se le pasase colocarlo donde siempre. Que, sin darse cuenta, lo dejase en cualquier otro lugar. Revisa primero debajo de la nevera, en el maldito hueco que quedó cuando se la entregaron con las medidas incorrectas y no hubo opción a cambio. Allí solo encuentra algunos trozos de pan y unos palillos desperdigados.

Sigue rastreando cada rincón de la cocina. Todo está en su lugar. Hace tiempo no habría sido así, pero su casa se ve mucho más ordenada desde que no está el cantamañanas de su marido. ¿Cómo pudo acabar con un tipo así? Con los pretendientes que ella había tenido… Es verdad que Aurelio fue el único que le echaba una mano cuando le tocaba el cierre de madrugada y tenía que recoger el local. Y solía mantenerse en pie a pesar de la cantidad de copas que llevaba encima. Pero, visto en perspectiva, su noviazgo no tuvo ninguna lógica. Quizá si Tere no hubiese llegado al poco de conocerlo…

No es momento para rascar en ese tipo de recuerdos. Lo sabe. Se siente satisfecha de tener la casa a su gusto ahora y confía en que eso contribuirá a que encuentren el décimo pronto. Abre la cartera, saca todas las tarjetas de fidelización, las monedas, los abonos de transporte…, ni rastro.

Vacía cajones y revisa estanterías. Primero de forma metódica, habitación por habitación, balda por balda. A los pocos minutos la casa se ha convertido en un estercolero. Los papeles cubren el parqué. «Casi mejor, hace mucho que no lo abrillanto», piensa. El sofá y las mesas también han quedado ocultos bajo tanto cachivache.

—Mamá, ¿qué pasa? —La voz de Tere suena adormilada. Los ojos, sin embargo, chispean enrojecidos por la falta de sueño.

—El décimo, cariño. ¿Has visto el décimo?

—Juraría que estaba en la nevera, donde siempre.

—Pues no está. ¡No está! —No quiere chillar, pero el pánico se adueña de ella.

—Ayer estaba… Cuando vino Cristian, y saqué Coca-Colas, estaba. Ay, no le habría invitado si hubiese sabido que venía a dejarme…

Y rompe a llorar de nuevo. Carmen la ha oído sollozar toda la noche. Tenía la intención de prepararle un buen desayuno; incluso de darle algún capricho y llevarla al Primark. Ahora las prioridades han cambiado.

—Ayúdame a buscar el décimo, hija. Nos ha… —No quiere decirlo en voz alta, que eso rompe el hechizo—. Puede que nos haya tocado algo.

Tere revisa los papeles que están por el suelo. Mira en sus bolsos, aunque no contienen casi nada de papel. Revuelve sobre lo revuelto.

Con la escoba fuerza que salga todo lo que se oculta bajo los muebles.

—¡No está, mamá!

La casa ha quedado exactamente igual que esas que salen por la tele cuando hablan de okupas. Lo ha conseguido en los veinte minutos que han transcurrido desde que recibió el mensaje de Pili hasta que, por fin, la ha llamado. Confía en que sea cierto que su hija lo vio ayer en la nevera, pero duda de todo. Quizá alguna otra lo guardó y ella es una despistada y no lo recuerda.

Pili está a punto de salir de su casa, tras hacer lo propio revolviendo cada rincón, cuando recibe otro mensaje en su WhatsApp.

Dolo
Son los nuestros, no?
Por fin!
Ya sabía yo que iba a pasar…

Espera, @Carmen_partidas no encuentra el boleto

Dolo
Lo guardó ella!

Sí, eso creemos. Pero no aparece

El «escribiendo…» de Rosario dura más tiempo del habitual. Quizá le retrasa su manía de poner todas las tildes. Carmen no está para leer a sus amigas en ese momento.

Rosario
Buscad como locas

Ante la falta de respuesta de Carmen, Pili prefiere darle aire y no ir a su casa. No quiere ponerla más nerviosa.

Los escuetos mensajes provocan en cada una de ellas un puzle de pensamientos. ¿Dónde vieron el papelito por última vez? ¿Se habrá ido directamente a la basura por error? ¿Por dónde buscan? Todos ellos confluyen mientras se mueven por sus casas como almas que lleva el diablo.

Nadie gana a Dolo en el arte de rebuscar. Ha hecho músculo en las tiendas de segunda mano a lo largo de toda su vida. Si hay un premio gordo en forma de vestido vintage cuidado a la perfección, ella lo encontrará y encima será de su talla. Sin embargo, el verdadero premio gordo se le resiste.

Carmen se enciende su tercer cigarro a las nueve de la mañana y, por fin, se sienta. Espera que darle a la memoria funcione mejor que revolver los cajones. Recuerda perfectamente el día que compraron el último euromillón, al que no quiere denominar «el premiado». Hizo tres tartas antes de quedar con las chicas: dos de manzana y una de merengue. Se comió una porción de la de manzana, que había cocinado para ella básicamente, y salió por la puerta con las que iba a entregar a Pili en mano.

Después de comprar el décimo, pasaron por el quiosco de la plaza, porque en no sé qué revista venía un regalo que a Rosario le interesaba muchísimo. Tras esa parada, se despidieron y regresaron a sus rutinas.

Llegó a casa a eso de la una del mediodía. Sabe la hora porque la corroboró antes de abrirse una cerveza. No es que le importe mucho beber a deshoras, pero se siente más cómoda cuando lo hace en los momentos aceptados socialmente.

Se visualiza abriendo la nevera para sacar su bebida favorita y recordando que no había puesto el décimo en su sitio habitual. Fue a por él al recibidor —por llamar de alguna manera la balda que Aurelio colgó detrás de la puerta de entrada y que está desgastada de tanto chocar contra ella—, buscó su bolso, sacó su cartera, extrajo el boleto, regresó a la cocina y lo colocó bajo el imán.

No hay fisuras. A continuación se sentó a ver una telenovela de las que Nova emite en bucle, aunque no recuerda con exactitud cuál era. A estas alturas de su vida, todas las hermanas cándidas y todas las madrastas que ocultan secretos le parecen la misma. Al rato, se puso a calentar el pisto que había sobrado del día anterior.

Es una tontería negar que los días se parecen mucho unos a otros y que es difícil saber si eso ocurrió la semana pasada, hace un mes o un año, pero tiene fresco el hecho de haber cocinado tres tartas y haber estrenado, para ellas, un molde nuevo. Después de todo son los pequeños detalles los que consiguen que un día se diferencie del anterior.

Desde esa jornada equis hasta hoy han pasado casi cinco días. Y juraría que el décimo había continuado pegado a la nevera. Que Tere lo haya confirmado solo la conduce a una hipótesis: ha tenido

que desaparecer entre la noche anterior y esa misma mañana. ¿Y si el chaval, que durante los últimos meses deambulaba a veces por su casa mientras su hija se arreglaba, se lo ha llevado? Le da vueltas a esa opción, pero toma conciencia de que la tarde anterior aún no habían salido los números premiados. Sin embargo, no logra barajar otra alternativa, a no ser que…

Se levanta acelerada hacia la puerta de entrada e introduce la llave. La abre y cierra un par de veces. Todo funciona con normalidad. Busca alguna marca por si se ha hecho palanca o encuentra cualquier rastro sospechoso de que se haya forzado. No parece. Alguien podría haberse enterado antes que ellas de los números ganadores, fue decisión mutua no comprobarlos hasta la mañana siguiente, algunas se quedan dormidas demasiado pronto y no resultaba práctico. Sin embargo, eso ha provocado que durante unas horas el boleto premiado estuviera desvalido y a la vista de otros que no se andan con tantas sutilezas. Y podrían haber entrado a robarlo. Pero todo lo que ve descarta esa posibilidad.

Empieza a pensar en los malditos números 07-20-24-34-48 y, como estrellas, el 1 y el 8. Llevan más de diez años jugando con la misma combinación y ya no recuerda por qué la escogieron. Le suena que el primer boleto lo jugaron al azar y ya no cambiaron nunca. La pereza es un juego que se les da muy bien, pero poco importa ahora.

¿Quién conoce los dichosos números? Demasiada gente. Los contactos cercanos de las cuatro ya suponen un amplio abanico de personas. La enorme familia de Pili, que abre su casa a cualquiera, ha tenido que verlos infinidad de veces. También es cierto que ella no lo expone en la nevera. Incluso en la casa de Carmen los habrán

visto las amigas de su hija y los amigos que Aurelio invitaba antes de que se largara. Por casa de Dolo pasa menos gente y está convencida de que, cuando comenzaron a jugarlo, ya estaba viuda; aun así, ocasionalmente la visitan sus primas y algunos familiares. Por último, está segura de que el círculo de Rosario es pequeño. De hecho no conoce ningún allegado.

Todo eso sin contar con que nunca se han escondido al comprarlo. Medio barrio a lo largo de tanto tiempo ha podido escucharlas en el lotero. Sin olvidar a Charo, que antes de marcharse al pueblo jugaba con ellas.

¿Alguien podría recordar las cifras? Si has visto un par de veces un décimo pegado a una nevera, ¿recordarías qué números se jugaban? Quizá alguien joven sí podría hacerlo. ¡Quién sabe!

Pero por muchas vueltas que le dé, está convencida de que nadie ha podido entrar en su casa durante la noche. ¡Cómo no se iba a dar cuenta! Entre sollozo y sollozo de Tere algo habría oído. Las dudas sobre Cristian, el último novio de su hija, cada vez parecen más razonables.

La primera vez que echaron juntas el euromillón, simplemente eran unas conocidas que, de vez en cuando, coincidían en El Gran Café y jugaban alguna partida. Fue una pena que lo cerrasen tras la jubilación de los dueños. A todas les gustaban esas paredes recargadas de cuadros, esos azulejos en damero y esas sillas que pedían a gritos ser tapizadas de nuevo. Estar allí les hacía sentir jóvenes, mucho más que en las cafeterías de estilo industrial que ahora copan el barrio.

Aquel día, mientras echaban una partida de chinchón, la televisión anunció que se iba a repartir el bote más grande de la historia del Euromillones. Esa noticia hizo que se animaran…, y hasta hoy. Semana tras semana. Malas, buenas, normales, horrorosas… Que les haya tocado el bote más pequeño es solo una ironía más del destino. «A caballo regalado no le mires en la boca», diría Dolo. Que al final ese premio mínimo sea de diecisiete millones, eso ellas ni lo habían soñado. Que justo hubiese tocado un bote mucho más cuantioso la semana anterior no se debe pensar. Esa es su suerte.

Rosario
Hay novedades?

Qué va…
No sé qué ha podido pasar, de verdad
Juraría que estaba en la nevera

Pili
A ver, no ha podido desaparecer. Seguid buscando

Y lo hacen. Cada una en su casa sigue moviendo muebles, revisando bolsillos, exprimiendo la memoria para revivir cada uno de sus pasos. Hasta revolviendo la basura. A Pili no le satisface hurgar en las bandejas de aluminio de las tartas, aunque lo hace igualmente. Ese día no hay guisos por cocinar ni recados por hacer… ni décimo encontrado.

Nada, no aparece
Vosotras habéis encontrado algo?

Rosario
Nada

Pili
Nada

Dolo
Nada

Seguimos buscando. Dadle tiempo y mañana nos vemos para la brisca

Se abre el chat privado de Carmen y Pili.

Carmen, seguro que no quieres que me acerque a tu casa a ayudarte, verdad?

No te preocupes, sigue buscando por ahí

En realidad lo que Carmen quería escribir era: «Vale, tengo un punto de partida. Luego os cuento». Pero bastante la ha liado como para ilusionarlas con la idea de que lo pueden recuperar. Su forma

de darse un tiempo para pensar es convocar a la partida de brisca del jueves.

Se lanza a la calle. Sabe a ciencia cierta dónde está el chaval a esas horas: apoltronado, como siempre, en un banco del parque. Cuando no tienes oficio ni beneficio, acabas convertido en parte del mobiliario urbano. Lo observa en la distancia. No muestra ninguna actitud de millonario, «pero estos chavales se las saben todas», piensa. Está con otros dos amigos y todos miran sus móviles en silencio. Absortos.

Carmen cree estar perfectamente escondida tras el carrito de los helados hasta que este avanza unos metros. Soluciona el imprevisto mirando al suelo y haciendo como que busca algo, aunque observa de reojo cómo los tres jóvenes se levantan. Comienza a caminar a unos metros de distancia, tampoco es tonta, detrás de ellos.

A ratos no puede evitar avanzar más rápido de lo planeado. No ayuda tener la mente en otra cosa. Cuando ya van a tomar la calle principal, los ve girarse hacia ella.

4

Después del casino

El barrio respira la normalidad propia de una mañana de sábado que anhela ser primaveral. Algunas mangas cortas despuntan entre los repartidores, que ya no paran ni los fines de semana; entre los que andan acelerados para cumplir con los pasos diarios que indica su reloj inteligente, y entre quienes hacen cola frente a la panadería especializada en masa madre. A las cuatro mujeres que atraviesan la calle principal en ese momento, con chaquetas aún invernales, les sorprende que la gente gaste tanto dinero en pan. Un día el marido de Pili se dejó llevar por la moda y compró varias barras de masa madre. Pili guardó un cachito a cada una de sus amigas para que lo probasen. No les disgustó, tampoco les entusiasmó. Continúan convencidas de que su paladar es demasiado tradicional, aunque no por ello renuncian a probar cosas nuevas. No se resisten a curiosear las tendencias. Así tienen algo que criticar, que siempre se agradece.

La florista de la esquina está ensimismada recolocando las plantitas que cada día saca a la acera. Compone un mosaico natural que, hasta hace no demasiado, era el único punto de color de la avenida. Ahora algunas terrazas han implantado unos presuntos

jardines verticales con lucecitas esmaltadas que compiten por atraer a los clientes.

En realidad les gusta la nueva imagen del barrio, aunque no lo reconocerían en voz alta. Les resulta complicado dilucidar si prefieren un barrio bonito, y con una apariencia que han oído tildar de europea, o si predomina el sentimiento de tristeza por esos establecimientos de toda la vida que han ido cerrando sus puertas.

Saludan a la florista con naturalidad. Por muy en tensión que estén, y por muy obnubiladas que las tenga la situación que están viviendo, son personas de costumbres. Nunca van a olvidarse de dar un «buenos días», y menos a una mujer que les ofrece siempre tan buenos consejos. La florista ha conseguido sacarlas de un destino inexorable: el de asesinas por imprudencia de plantas.

Con la misma, se desvían hacia la plaza. No es una de esas plazas históricas con monumentos protegidos y estilo neoclásico; tampoco hace falta. Nada la convierte en un rincón a visitar por turistas motivados, aunque ya han avistado a más de uno despistado. Sin embargo, conserva un aura especial que transmite despreocupación; se trata de un espacio donde las inquietudes se quedan fuera. Si se la mira desde el arco principal, su encanto aumenta. Desde allí puede admirarse el templete que actualmente solo usan las bandas locales durante las fiestas y algunos niños fans de *Got Talent.* La zona porticada esconde la mayor parte de la actividad en forma de bares y restaurantes, aunque aún perviven una pequeña librería y una peluquería de caballeros.

—Anda, otros chicos jóvenes que nos miran. —Dolo señala con el dedo a un grupo. No queda muy claro si los muchachos están comenzando un nuevo día o terminando el anterior.

—No son otros, son los mismos —responde Rosario.

—¿Sí? Para mí todos los que llevan esos tatuajes son iguales.

—Mira, pero está el que no tiene cicatriz —dice Pili como si carecer de algo aportase una información valiosa. Pero ¡es que le pegaría tanto!—. Y nos siguen mirando.

—Nos habrán reconocido. —Dolo levanta el brazo para saludarles.

—¿Esos chicos estaban anoche en el casino? Andan mucho últimamente por aquí. Los he visto más días —asegura Carmen—. Por cierto, hablando de grupos de chavales. No he podido seguir más a Cristian. Ya sabéis que me descubrió el otro día…

En efecto, la tarde del miércoles Cristian se giró y la pilló en plena labor de espionaje. Intentó hacerse la tonta girando la cabeza hacia otro lado, pero esa vez no le salió bien. Y eso que hacerse la tonta está entre sus dones. Al final se dio media vuelta y se marchó sin decirle nada. Se siente en deuda por haberse quedado en la puerta del casino y no haber ayudado a sus amigas en sus pesquisas.

Carmen no acaba la frase. Se separa del grupo para ir directa al quiosco. Al pasar ha recordado la parada del otro día con Rosario. En ella vio que, el próximo mes, una revista de cocina obsequiaría con un maravilloso molde desmontable para tartas. «Mejor encargarla ahora», piensa. Como no sabe en qué desembocarán los acontecimientos los próximos días, más vale ser prevenida.

El paseo continúa por una callejuela repleta de terrazas. El sol ha provocado que todas las mesas se cubran de jarras frías de cerveza y vasos de chupitos. Mientras avanzan, oyen a un grupo de hombres debatir acaloradamente sobre alguna final deportiva, a una familia empecinada en demostrar quién de ellos hace el mejor arroz y a una

pareja discutiendo sobre cómo van a pagar la nueva avería del coche.

—Cuánta razón. ¡Cuánta razón! —lanza Dolo.

—Pobres, las cosas siempre se rompen en el peor momento —asevera Rosario.

—¿Qué?

—Que las cosas siempre se rompen en el peor momento.

—Ya, ya… Te he oído, pero yo decía que cuánta razón tenía el que luchaba en solitario por demostrar que el conejo es el mejor compañero del arroz.

—De verdad, ¿no puedes parar? Es que empiezo a tenerte miedo. Hasta Playboy se está dando cuenta.

—Cualquier día lo cojo y lo apreto con fuerza —ironiza Dolo.

—Aprieto, Dolo.

—No, no. Del estómago estoy bien.

Cuando por fin se aproximan a la administración de loterías, comparten el mismo sentimiento de desubicación. Y no porque desconozcan el terreno, sino porque tendrían que estar ahí para cobrar su premio, o al menos para preguntar a Daniel, el lotero, cómo hacerlo. Deberían ir rebosantes de alegría, intentando esconder las sonrisas para no llamar la atención. Deberían abrazarlo, mantearlo incluso. Sin embargo, la situación es otra. Aun así, han decidido acudir para jugar con sus números de siempre para la siguiente semana. Su acción no tiene ninguna lógica, pero a algo hay que agarrarse. Se paran a unos metros de la entrada.

—¿Cómo se lo vamos a contar? Será una decepción para él —comenta Rosario.

—A ver, a pesar de lo ocurrido, él ha vendido el boleto premiado. Puede colgarse el cartelito ese igualmente. De hecho, ahora que lo pienso —Pili mira el resto de los carteles del escaparate—, menos mal que no ha sido con un décimo de lotería de Navidad y con toda la prensa y los vecinos agolpándose en la puerta. A ver quién explica eso.

—Quizá en ese caso nos hubiese resultado más sencillo todo. Seguro que era más fácil seguir la pista de quién lo cobraba… —Rosario mira a Carmen—. Y otra cosa te digo: imagina que hubieses ido tú a cobrarlo, sin recordar que estabas apuntada al Registro General de Acceso al Juego. Igual hasta nos hubiesen bloqueado el premio…

—No te pongas así, habríamos ido a cobrarlo juntas —Carmen excusa su olvido como puede—, y ya me haríais una transferencia. Además, no creo que sea el momento de dar vueltas a lo que podría haber pasado. Ha pasado lo que ha pasado. Y punto.

—Por esta situación no es recomendable ir a la policía. A saber si podrías cobrar tu parte. Sería un jaleo.

—¡De ninguna manera íbamos a ir a la policía! No se arreglan las cosas así. Se enteraría todo el mundo y sería aún peor. Esto toca resolverlo por nuestra parte.

—Pues tú dirás… —insiste Rosario.

—Sigo opinando lo mismo. Cristian parece ser el único que pudo habérselo llevado de mi cocina. Pero todas deberíais pensar más opciones. Seguro que hay algo que se nos está escapando.

—El chaval no parecía lo que se dice rico en el casino, la verdad… —concluye Pili—. De cualquier forma, ya nos daremos una vuelta por

si lo encontramos. A mí no se me ocurre nada más. He buscado en Alexa cómo saber quién te ha robado y no me ha dicho nada útil.

Cuando se quieren dar cuenta, Dolo ya está dentro de la administración y solloza delante de Daniel. El hombre, que las ha recibido cada semana durante años, ya se olía algo porque no era normal que no lo hubiesen visitado aún. Corrobora sus sospechas porque no le abrazan, ni siquiera le sonríen y, desde luego, no tienen actitud de millonarias.

—¿Qué ha pasado, chicas? —interroga con su habitual tono jovial.

—Lo hemos perdido. No tenemos el boleto —responde Carmen sin ocultar la decepción.

—¿Cómo?

—No lo encontramos. Hemos revisado nuestras casas mil veces… —dice Pili.

—¿Tú no sabrás algo? —interrumpe Rosario.

—¡Qué va! De hecho os estaba esperando. Ahí tengo el cartel preparado. —Señala una esquina tras la cristalera—. Llamaron de la prensa, pero les informé de que no tenía claro quién era el ganador. Ellos ya saben que con premios grandes no suelen aparecer. Por otro lado, que yo sepa, no se ha cobrado, o eso me ha dicho el delegado de loterías. Debéis tenerlo por algún sitio.

—Que no, que no. Lo hemos revisado todito todo. Yo lo siento por ti —dice Pili—, pero si lo hubiéramos comprado online esto no habría pasado. Ahí te guardan el décimo y hasta te avisan de si has ganado.

—No creo que a estas alturas estemos para cambiar nuestros métodos —atajó Carmen.

—Lo sé, como también sé que estamos aquí para comprar de nuevo los mismos números, aunque nunca volverán a salir.

De repente oyen el sonido eléctrico que indica que ha entrado un nuevo cliente —a Daniel le gusta conservar las tradiciones comerciales de la vieja escuela— y se callan. Carmen y Rosario se miran al reconocer a la nueva invitada a la partida. Es Puri, su vecina del tercero. Justo la que vive en el piso que separa sus viviendas.

—Anoche otra vez escuchando a Julio Iglesias a las tantas… —susurra Carmen.

—Y de las nuevas… —responde Rosario.

—Es una maleducada…, y lo sabes. —Carmen se ríe por lo bajini de su propia broma.

Dejan pasar a Puri hasta el mostrador sin mediar palabra con ella. No quieren verse en otra como la de hace un par de semanas, cuando montó un pollo tremendo en la carnicería porque no tenían preparada su carne picada a la hora a la que la recoge siempre. No desean volver a oír la perorata de «siempre vengo a la misma hora, normal que el comercio local se quede vacío; yo aquí no vuelvo, con la de nuevas cadenas que están poniendo», ni tener que intervenir y sentirse culpables luego porque Daniel pierda un cliente.

Ellas son de sitios fijos. No van a cambiar de costumbres por mucho que hayan abierto un estanco muy mono que también vende lotería, y hasta joyas, y que incluso se jacta de haber dado unos cuantos premios. Que preferirían no encontrarse a Puri y su enorme verruga en la mejilla en los lugares que frecuentan, por supuesto. Que entrarían en conflicto con ella si esto implicara dejar sin un cliente a un amigo, ni de coña. Eso sí que no.

Puri se apoya en el mostrador, hace su compra y se marcha sin rechistar. Tras esa interrupción, charlan un poco más con Daniel, compran un nuevo euromillón y salen del establecimiento deshaciendo el camino andado.

—Parece que al menos no lo han cobrado —comenta Rosario.

—Yo creo que en realidad no hay cómo enterarse de eso. Si alguien se ha quedado con nuestro décimo no va a venir justo a esta administración a comprobarlo. —Pili zarandea la cabeza mientras habla—. Tenemos que pensar más y hallar una lógica. Es cierto que Cristian parece el ladrón más probable, pero lo que es dinero, no parece tener. En el casino no jugaba, Carmen dice que lo vio en el parque sin hacer nada especial…

—Aun así —interviene la aludida—, es nuestra única baza. Mirad, el lunes nos íbamos a reunir por la mañana para andar, ¿no? ¿Os parece si cambiamos el plan y seguimos al chaval un poco? No perdemos nada…

—¿Una persecución? Qué emocionante. ¿Y qué nos ponemos? Creo que tengo una gabardina que aún me vale.

—Nada de gabardinas, Dolo. Ropa de calle, normal. —Carmen pone énfasis en la última palabra.

Pese a la advertencia, Dolo regresa a su casa pensando qué ponerse. No se puede seguir a alguien por ahí de cualquier manera, pero ¡qué se creen! Ella sabe adaptarse a las circunstancias. Es más, le apasiona hacerlo. Escoger modelito es uno de sus momentos favoritos del día y ha invertido mucho tiempo y dinero en mantener

su armario perfecto. «Ojalá logre hacerme con un vestidor algún día», se dice cada vez que lo abre.

Tiene separadas las zonas de su armario según las ocasiones: para ir a la compra, para quedar con las amigas, para salir a andar, para los eventos más comunes, como cumpleaños y comidas de domingo, y para los eventos familiares más arreglados (aunque de esos ya casi no hay). En cada apartado acumula una notoria variedad de camisas y vestidos de hace décadas. Sabe de sobra que no todos le seguirán valiendo, pero tampoco se atreve a probárselos. No niega que ha cogido algunos kilitos y que precisamente esos kilos no acaban de sentarle bien. No tiene más remedio que confesar que el peso se le ha ido de las manos.

En otra zona guarda los pantalones. Aquí el surtido es menos variado. Pero no encuentra nada para seguir a alguien por la calle, con pinta de espía camuflado. Valora si le servirá la ropa de andar o quizá una mezcla de prendas de diferentes categorías.

Después de darle vueltas al asunto, abre el armario y empieza a mover perchas, a levantar pequeñas pilas de ropa y a desperdigar por la cama posibles opciones. Por un instante piensa que tal vez el décimo se ha colado entre sus prendas, aunque haga meses que no las ordena porque en realidad siempre están colocadas. Piensa especialmente en el área de las prendas para eventos, que apenas registran actividad. Rebusca con ímpetu, pero, como era lógico, no hay nada. No habría ninguna lógica para ello.

Selecciona un vestido azul de corte camisero, se lo coloca sobre los hombros y abre un minúsculo joyero que en realidad custodia muy pocas joyas. En algún momento decidió mezclarlas con la

bisutería. Escoge unos pendientes dorados pequeños y recuerda que tiene un cinturón que les pega muchísimo.

Abre el cajón de los cinturones. Lo primero que se encuentra allí es su pastillero. Juraría que cuando ha tomado las pastillas de la mañana lo había dejado en la cocina, pero no importa, ahí se queda, no vaya a ser que se le olvide lo que está buscando ahora. Localiza el cinturón, y… ¡eureka, perfecto! Lo coloca todo en una silla junto a la cómoda y sale de la habitación con un subidón de ánimo.

Lo que se encuentra Carmen al llegar a casa dista mucho de la emoción experimentada por Dolo. Su hija Tere sigue anidada en el sofá. La escena se mantiene casi impertérrita desde el miércoles. Solo el ojo más acostumbrado a buscar las siete diferencias podría descubrir un cambio en la marca de pañuelos o en la de patatas fritas consumidas de forma compulsiva. Quizá la cabeza de la muchacha está ladeada con más ímpetu sobre el cojín de flores y, a veces, reposa sobre el de calaveras. Puede que los ojos no presenten todo el rato la misma hinchazón, pero solo una mirada muy experta advertiría estos cambios.

Carmen conoce a Tere lo suficiente como para no molestarse en animarla ni en proponerle ninguna conversación o actividad. Sabe que será cuestión de días, igual que ocurría con las rabietas de cuando era pequeña, y que, una vez superado el duelo, será ella misma la que se lamente de haber perdido tanto tiempo llorando y se ponga a disparar su veneno sobre Cristian.

Se trata de una espera paciente.

5

Café con hielo

Más memes de buenos días para comenzar la mañana de lunes. Carmen ya no puede más. ¿De verdad que a alguien le entretiene o le alegra la jornada recibir un osito dentro de un corazón junto a la frase de «Ten un día amoroso»? Lo peor es que, si se para a pensarlo, cree que sí. Que muchas de esas personas con las que comparte grupos de lo más variopintos, entre los que se incluyen antiguos compañeros de trabajo, madres de algunas amigas de Tere o vecinos con los que ha realizado algunas actividades en el barrio, sonreirán al ver esa imagen empalagosa. Intuye que importa bastante poco la imagen en sí, que da igual si es un perrito que te desea los buenos días o una flor que diga que hoy te pasará algo lindo. No sabe con exactitud quiénes serán los que sonrían, ni quiere hacerlo. Nada de poner nombres, así en general, como actitud en la vida. Sospecha que la gente necesita saber que existen otros seres humanos al otro lado de su rutina; que al menos al teléfono pueden mantener conversaciones eternas. El azar no la ha puesto del lado de aquellos que reciben la visita frecuente de la soledad. No, no la ha puesto del lado de la gente que mira un meme mañanero, sonríe y se dice: «Voy a mandarles algo yo también», cuando el

sentimiento oculto es el de «qué tranquilidad que alguien sepa de mi existencia».

¿Que le han faltado muchas cosas en la vida? Por supuesto, pero ninguna de ellas ha sido la compañía. Más bien le ha faltado cumplir sueños, o simples caprichos. Por eso, tiene claro que si encuentran el maldito boleto lo primero que hará será ir a la agencia de viajes para reservar un paquete de esos que tantas veces ha visto anunciar con todo incluido por el Caribe, pero nada de un paquete para varias personas, lo quiere solo para ella. No sabe muy bien el sitio exacto, poco importa. Y aunque es consciente de que hay otros gastos prioritarios, muchos, no devolverá el crédito que pidió para poner el aparato dental a Tere hasta su regreso de esas playas de arena blanca, cuando sienta la sangre de color mojito y después de un largo tiempo invertido exclusivamente en otear el horizonte desde una buena hamaca.

El teléfono vuelve a sonar. «Que no sea otro meme, por favor, es demasiado pronto para aguantarlo». Si es un dibujito solo aceptaría el *sticker* que un día les hizo Pili con una foto de las cuatro en la que todas salían con los ojos cerrados y los morros torcidos. Tampoco es eso.

Dolo

Entonces quedamos para "desayunar"? 😉 😉

Pili

Sí, sí. Donde siempre

En media hora?

Rosario
Llego un poco tarde, que Playboy ha hecho un estropicio. Me lo llevaré porque no está hoy para quedarse solo

Dolo
Mmm, claro. Qué rico!

Rosario
De verdad, Dolo. Das miedo

OK, ahí nos vemos
@Rosario-vecina, toca mi puerta a la que bajes

Para Carmen pasan muy lentos los minutos que tarda Rosario en tocar a la puerta. Desde hace días evita el salón porque observar el mismo paisaje con Tere varada en el sofá solo la lleva a un pensamiento: «¿Cómo no pudo darse cuenta del robo?». Podría emplear la palabra «desaparición», pero es más amiga del lenguaje directo.

Espera con un cigarrillo en la mano y mientras aspira el humo se dice que algún día dejará de fumar. O reducirá el consumo. Sí, mejor eso. No puede evitar enumerar los «algún día» que se agolpan en su interior: algún día viajaré al Caribe, algún día me permitiré cenar en

un restaurante de esos con estrella, algún día financiaré a Tere en lo que quiera emprender…

Sabe que todas sus amigas también tienen el «algún día» en la cabeza. Y sabe que algunos son sencillos. Ha oído a Pili decir que algún día irá a una feria de tecnología, y a Dolo, que algún día reservará un balneario de esos en Budapest. Los sueños, como las buenas galletas, son surtidos.

Han rozado con las manos, y en su caso con un imán de nevera, esos momentos, esas fantasías que se exponen como pequeñas metas en la vida y que hacen el día a día más llevadero. Son ideas expuestas en conversaciones trasnochadas y que deciden borrar de sus cabezas durante semanas, incluso meses. De alguna forma, el cerebro se les ha autorregulado para no dar vueltas a lo que no está a su alcance.

Está apagando el pitillo cuando Rosario llama a la puerta. Bajan en un silencio que solo rompe el ronroneo de Playboy. Una vez en la calle, se encaminan hacia la cafetería Estrella. No hay ningún hecho sentimental para que se haya transformado en uno de los lugares que más frecuentan. Simplemente les quedaba a todas cerca. Es una elección realizada bajo el poderoso argumento de la comodidad y, al funcionar, no le dan más vueltas al asunto. Además, en Estrella se organizan torneos de cartas, un buen punto a su favor.

Pili está en la barra, no es su lugar habitual. Ella es señora de mesa. Solo que se encuentra un poco perdida, sabe que va a ser una mañana movida y necesita energía para enfrentarla. Las tres piden sus cafés. Grande y con leche para Pili; con bebida de soja y en vaso de cristal para Rosario, y cortado con vaso de hielo para Carmen, quien, una vez más, demuestra su maravilloso juego de

muñecas al echar el café al vaso en ese gesto tan patrio, como si estuviera escanciando una sidra: mantiene el vaso de cristal en el aire por debajo de su cintura, estirando mucho el brazo y vertiendo el café sobre él sin desperdiciar ni una sola gota.

Cuando Dolo llega tarde, se convierte en el foco de todas las miradas. Unas miradas que sabe de sobra qué significan: «¿Dónde diablos te has metido con lo importante que es esto?».

—Estaban los cruasancitos de la panadería de abajo a cincuenta céntimos. ¿Qué iba a hacer? —explica antes de recibir un aluvión de reproches de sus amigas.

—¿Cuánto has estado en la cola, Dolo? —responde Rosario.

—¡Eso no importa! Estaban riquísimos.

—Ya sabes que son tácticas para que compres más cosas.

—¿No lo voy a saber? Me lo repites cada día. Pero no he comprado nada más. —Intenta cerrar la conversación dirigiéndose al camarero—. Un té verde con dos azucarillos, por favor.

—Claro que sí, no sea que pases un día sin un subidón de azúcar —espeta Carmen mientras da vueltas a su café con hielo.

—¡Qué va! Creo que unas de las pastillas que tomo se encargan de equilibrar eso. No tengo muy claro cómo van, pero esas son de las pocas que funcionan.

Permanecen en la barra. No se encuentran del todo cómodas. Hay algo que no está como siempre aunque ninguna podría concretar de qué se trata. Sienten como si fuesen el centro de todas las conversaciones, como si los demás habitantes de ese microentorno supiesen lo que han perdido y que harán lo que sea para recuperarlo.

Pili se mira la ropa y observa a sus compañeras por descartar algo en ellas que llame la atención. No distingue nada. Dolo viste un vestido de flores moradas y las otras llevan camisas muy bien abotonadas a juego con pantalones vaqueros. En realidad son de los que aspiran a ser vaqueros. Es decir, quieren aparentar ser unos jeans modernos, pero no son más que unos elásticos teñidos uniformemente de azul.

—El chaval va a un curso del paro en el centro de estudios. —Carmen se lanza a organizar la mañana.

—¿El de al lado de la panadería? —A Dolo se le iluminan los ojos.

—Sí, ese. Pero no vas a comerte otro cruasancito. Vamos a lo que vamos.

—¿Por su salud o por la pérdida de tiempo? —ironiza Rosario.

—Por lo que sea. El chico sale en media hora y después siempre va al parque a…, básicamente a mirar el móvil. Yo qué sé. Luego suele pasar por el súper. Por lo visto es lo único en lo que ayuda en su casa.

—Perfecto, tengo la ruta. —Pili enseña la aplicación de mapas de su teléfono móvil en la que puede verse una línea que recorre todos los lugares que se acaban de citar, menos la panadería.

—¡Como si fuésemos a perdernos! —Carmen se apoya en la barra. De repente todo le pesa. Sobre todo saber lo que se están jugando, pero también ejercer de cabecilla. Le agarrota la responsabilidad de trazar planes y no sentirse apoyada—. A ver, tan solo es seguirle, ver cómo se comporta. Si hace algo diferente, si está con gente distinta, sobre qué conversa… No sé, detectar cambios en su manera de vivir para bien o para mal.

Se dirigen a la salida al mismo ritmo y en una única fila que encabeza Carmen, concentrada en ponerse unas enormes gafas de sol para pasar desapercibida. Desde luego no se va a repetir lo del otro día. Cualquier observador externo puede notar su urgencia. Incluso el hombre joven que les sostiene la puerta para que salgan antes que él y su grupo de amigos.

Llegan a la academia en la que Cristian está asistiendo al curso cinco minutos antes de que acabe su clase. Los dedican a debatir si realmente esos cursos ayudan de verdad a las personas sin empleo. Quieren confiar en que sí. ¿Por qué se invertiría dinero público en una educación que no estuviese enfocada al mundo laboral? Rosario discrepa, aunque no tiene tiempo de exponer su punto de vista.

El chaval es el tercero en salir y lo hace solo, con una desgana innata que no permite deducir su causa. Quizá la clase ha sido agotadora, quizá le importa un bledo lo que está aprendiendo, o quizá él es así, y punto. Lleva un corte de pelo que marca dos líneas al ras por encima de la oreja izquierda. A las cuatro amigas no les encanta, pero se han acostumbrado a esa tendencia. Complementa su look con la camiseta de algún equipo de fútbol que no reconocen. Los otros dos jóvenes que salieron primero de la clase se quedan charlando y poco a poco se les van uniendo algunos de los rezagados.

Aún es media mañana y la calle está tranquila. Un par de chicas fuman sin esmero a la puerta de la peluquería; un grupo de hombres mira el escaparate de la tienda de videojuegos a la que Pili insiste en entrar cada vez que pasan por ahí —en esta ocasión especial se ha tragado las ganas de proponerlo—; una mujer camina acelerada con un carrito de bebé…

—¿Habrá carritos para llevar a Playboy? El otro día en el Zara vi a una señorona que llevaba ahí a su caniche. Sé que no hay que humanizar a los animales, pero el pobre no puede estarse quieto —dice Rosario con la mano acalambrada de tanto tranquilizar a su mascota.

Recibe la callada por respuesta y una breve mirada del conejo, que está sentado en el suelo a tal distancia que provoca que se tense la correa. Parece que prefiere mantener unos metros de espacio con las cuatro mujeres, que continúan de pie en la esquina de enfrente de la academia.

Lo de ocultarse no está entre los propósitos de Las Gamers del Cinquillo, y ni falta que hace. Cualquiera que las vea deducirá que acaban de encontrarse y que están de cháchara. Es una escena demasiado común en esas calles. De hecho están concentradísimas en su conversación, que ahora gira en torno a las tácticas de los nuevos comercios para captar clientes a raíz de la mirada que Dolo le ha echado a la panadería. Están tan absortas que por poco se les escapa su objetivo.

Si conociesen los movimientos de Cristian, notarían que este ha acelerado ligeramente su paso al ver a sus dos amigos, pero el movimiento es demasiado sutil, porque sigue andando como si llevase una mochila cargada de piedras. Carmen identifica a los dos jóvenes: son los mismos que el otro día le acompañaban en el parque. Y hoy le esperan en el banco contiguo a la academia.

Tan pronto como se levantan del banco y comienzan a andar, las mujeres caminan en su dirección. Pili y Carmen van un par de metros por delante de las demás, aunque Playboy avanza a su altura

con intrépidos saltitos. De vez en cuando para en seco y sacude la cabeza con brusquedad.

—¿Se puede tener manía persecutoria cuando eres tú el que persigue?

—Coño, Pili, sin paranoias. Lo que nos faltaba…

—No sé. Será paranoia, será… Pero siento como cuando crees que te miran en el bus y, al girar la cabeza, efectivamente te están mirando.

Carmen observa el horizonte y después se gira para examinar qué ocurre a su espalda; no hay nada que llame su atención en esa anodina imagen que le devuelve el barrio. Las caras con las que se van cruzando tampoco detectan nada especial. Incluso la presencia de Playboy se ha vuelto monótona. Solo cuando lo pasean a las horas extraescolares genera cierto alboroto y los niños se detienen e intentan acariciarlo, mientras el pobre Playboy se rebela a tanta caricia.

Pero a media mañana nadie se molesta en hacerle carantoñas. Y menos a ellas, que ya no recorren la ruta que Pili había marcado en su móvil, aunque hasta ese momento seguían el camino preestablecido. La dirección que han tomado los tres jóvenes solo puede tener como meta el parque. Les sorprende el primer giro que hacen a la derecha cambiando el itinerario.

—Estos no van para el parque —comenta Dolo a Rosario.

—Quizá van a encontrarse con alguien. O vete a saber. Carmen dice que a esta hora van al parque, pero nunca les habíamos seguido. No tenemos ni idea de sus rutinas habituales. Mírate a ti, que dices que vienes y te paras ochenta veces por el camino.

—Pero estos chiquillos no tendrán mis costumbres. Mi nieto siempre dice que viene a cenar un día y esa misma tarde lo cambia por otro. —Se percibe un poco de melancolía en esas palabras, porque las visitas familiares son mucho menos frecuentes de lo que Dolo desearía—. Eso sí, guardo el táper y se lo cena el día que viene.

Han girado tras los tres jóvenes, aunque saben que en esa calle no hay nada relevante. Reina el gris propio de los bloques de edificios hechos sin ganas, solo porque en algún sitio había que meter a toda esa gente y, total, desde sus casas no apreciarían esas infames fachadas. Ni siquiera hay balcones y la calle es tan estrecha que mejor no tener la necesidad de ocultar nada, y, de hacerlo, confiar en que el vecino de enfrente no sea un chivato.

Los chicos entran a uno de los edificios, idéntico a tantos otros. Las espías buscan dónde esconderse o dónde pasar el rato sin interrumpir el ritmo de la acera que ocupan, estrecha y con algún adoquín deteriorado.

—Qué calle más fea, por favor. —A Dolo lo de ser moderada no le funciona.

—No es bonita, no. Toda la finca era del que tenía los terrenos del parque y la malvendió, cuando no era urbanizable —responde Pili.

—Pues para como la han dejado ya podía seguir siéndolo. —Dolo se ríe.

—En algún sitio hay que meter a la gente. Y esto se encuentra cerca de todo. Al final, si lo tienes bonito por dentro, ¿qué más te da cómo sea por fuera? —opina Rosario—. Todo está en los detalles y…

No puede acabar la frase porque unas carcajadas infantiles reverberan sobre sus cabezas. Al levantar la vista, se encuentran a

tres niños bastante pequeños agolpados frente a una ventana señalando a Playboy. Al instante la cabeza de un adulto se asoma a su lado.

—¿Es vuestro? —pregunta a las mujeres.

Asienten por inercia, aunque la pregunta sobra. Si llevan al conejo atado junto a ellas, ¿de quién va a ser?

—Igual aquí son de robar —dice Dolo por lo bajini intuyendo lo que todas las demás están pensando.

—¿Pueden bajar los niños a jugar con él?

Vuelven a asentir. No tienen otro plan en el que invertir el tiempo, y aunque Rosario no sea demasiado amiga de que desconocidos toqueteen a su Playboy, no le queda más remedio que aceptarlo. Hay decisiones que la vida toma por ti a raíz de que tú tomes otras. Y no se puede escapar de ellas.

Los niños tardan unos minutos en bajar y abren el portal con un torbellino de risas y cuatro zanahorias en las manos. «Al menos traen algo a cambio», piensa Rosario. Playboy los recibe esperanzado, se está aburriendo con tanto paseo urbano. Si le dieran a elegir, solo saldría a la calle cuando le garantizasen césped.

Playboy está relamiendo la mitad de la primera zanahoria cuando nota un tirón en el cuello. Se resiste, pero Rosario lo arrastra. Está pagando la consecuencia de que Cristian y sus dos amigos estén saliendo ya del edificio. En este caso, las cuatro gamers no pueden permitirse ninguna distracción.

—Que habéis hecho bajar a los chiquillos. ¡Dejadles jugar! —grita la mujer desde la ventana.

—Tú no nos dices qué hacer con nuestro conejo —responde a gritos Dolo.

Avanzan en la dirección opuesta a la que habían tomado para entrar. Solo cambia una pequeña cosa: Cristian y sus amigos han mirado hacia atrás alertados por los berridos. Y sí, son jóvenes, pero no tontos. Deducen que no es la primera vez que ven a esas mujeres durante la mañana y que eso quizá no sea fruto de la casualidad. Aunque a Cristian, esa mujer de gafas enormes que anda a la zaga de las demás le resulta familiar.

Ellas, sin embargo, no dirigen sus miradas hacia atrás.

Los chicos aceleran el paso y, cuando parece que van a salir de esa calle angosta, giran a la izquierda hacia un callejón aún más oscuro. Tan pronto como las mujeres y el conejo llegan a ese punto solo vislumbran una hilera de garajes abandonados y una pierna entrando a uno de los más lejanos.

6

Pellizcando piel ajena

Han llegado hasta la puerta por la que han entrado los chicos con la respiración entrecortada y un tacón de Dolo medio roto.

A punto han estado de llamar a la ambulancia cuando Pili ha brincado sobre unas cajas olvidadas en mitad del callejón, creyéndose John Wick, y ha acabado por los suelos sin ninguna voltereta épica.

La entrada del garaje en el que perdieron de vista a los jóvenes no se diferencia de las demás: suciedad, pintura desconchada, cagadas de paloma… Solo que esta, además del portón cerrado, tiene abierta la pequeña puerta peatonal. Playboy entra huyendo del asfalto, busca un suelo más amigable.

Esto provoca que Rosario se asome un poquito con la mera intención de tirar de él.

Al segundo, gira la cara hacia sus amigas, asombrada. La boca se le queda abierta y deja ver una mancha verde dentro de ella. En ese momento no le importa que su chicle se muestre al desnudo.

—He visto a Cristian —dice nerviosa—. Está ahí solo. Parado. De pie. Parece que detrás hay otra puerta, pero en este primer habitáculo no hay nadie más.

Es su oportunidad. No lo han consensuado, pero esconderse ya no es una opción. Su presencia no va a pasar inadvertida, si es que en algún momento de la mañana lo ha hecho, y tienen mucho más por ganar que por perder. No les parecen muy altas las probabilidades de encontrar su décimo en un local como este, pero tampoco las había de dar con los números premiados.

Flash. Una linterna ilumina el espacio. Primero enfoca la zona izquierda creando un haz de luz perturbador que obliga a las que acaban de entrar a cerrar momentáneamente los ojos; luego, al techo, y por fin, al fondo, directa a la cara de Cristian: blanca, sorprendida y con varias sombras cruzándola.

Todas observan a Pili, que se está viniendo demasiado arriba con lo de creerse un personaje salido de una película de acción. O un inspector a punto de la jubilación con ganas de cerrar el caso de su vida. Al segundo de sentir tantos ojos sobre ella apaga la linterna y guarda el móvil en su bolso.

—A ver, Cristian. Te sorprenderá vernos.

Carmen lanza la frase con un tono de colegas. Es el mismo tono que usaba cuando su hija no le contaba todas las cosas, o al menos todas las que ella quería saber. No estaba en sus planes ser eso que tachan de «una madre amiga», solo era una madre cotilla, pero una cosa la llevó a la otra.

El asunto es que ese tono lo tiene trabajado a la perfección. Su habitual forma de hablar, cargada de altibajos en el volumen y de palabras malsonantes, se transforma de un segundo para otro en un cálido murmullo capaz de ejercer las mismas funciones que el suero de la verdad.

El chaval se queda inmóvil. Podría echar a correr hacia la puerta y perderlas de vista en un par de manzanas, «incluso en diez metros», piensa al ver a las cuatro mujeres que podrán ser muchas cosas, pero desde luego que no atléticas. Sin embargo, algo le retiene.

—Carmen, no es para ponerse así. Son cosas que pasan…

—¿Cosas que pasan? ¡¿Cosas que pasan?! —Pone en off el modo colegueo—. No, a nosotras no nos pasan estas cosas. Y no ya el robo, que sí, eso nos ha pasado alguna vez, a Dolo ya le han quitado la cartera como tres veces… —Mira a sus compañeras y retoma la conversación. Están expectantes y lo último que esperan es oír batallitas—. Pero el dinero… No, hijo, no. Eso no son cosas que pasan.

—¿Qué dinero? ¿Qué robo? ¿Qué dices, Carmen?

Cristian está francamente desconcertado. Siempre ha intentado ser educado con ella. Coquetea con la idea de ser el yerno que toda suegra querría tener, o al menos uno que no pongan a caer del burro cuando se aleja. Sin darse cuenta, está hablando más alto de lo que considera decoroso.

—No vayas por ahí, Cristian. Que nos conocemos. Te has llevado nuestro euromillón y andas por ahí como si no hubiese pasado nada.

—¿Qué euromillón? —Se toca la cabeza por donde lleva las dos rayas rasuradas intentando pensar más allá—. Espera, ¿el que colgabas en la nevera? Yo no me he llevado nada. —Ante las caras de desconcierto de su público, siente la obligación de explicarse—. Pensé que me seguías por Tere. Me han dicho que está mal y creí que ibas a echarme la peta por dejarla… A pedirme que volviese, o yo qué sé.

—No, no. Lo de Tere es otro tema. No es por lo que estamos aquí —interviene Pili—. Fuiste el último en ver con vida nuestro boleto, así que ya nos estás diciendo dónde lo escondes.

—O qué has hecho con él —añade Dolo.

—Que no, joder. Que no sé nada de vuestro euromillón… ¿Os ha tocado dinero?

—Ahora se hace el tonto el chaval. —Pili se va acercando a él mientras habla. Sabe cuál será el siguiente paso; de algo le tiene que servir haber criado a tantos hijos y nietos—. Aquí no vengas con el «yo no sé nada, yo no sé nada».

Y le lanza al brazo su pellizco de la muerte. Ensayadísimo, con saña, justo en la carne blandita sobre el codo. Sabe que no le dejará ninguna marca. Sonríe moderadamente mientras lo ve retorcerse de dolor.

El tiempo parece detenerse en el garaje. Las mujeres intentan valorar en décimas de segundo si están de acuerdo con lo que acaba de hacer Pili. Creen que sí. Playboy hace ademán de correr hacia la víctima. Es demasiado perro para ser un conejo. Le frena un nuevo tirón de correa. Cristian, sin embargo, tiene sentimientos mucho más contradictorios. El instinto le dice que se defienda, que pelee, que entre al ring. No obstante, que estas mujeres luzcan como una réplica casi exacta de sus abuelas, con sus pelos cortos, su ropa barata que pretende ser moderna y su gran muestrario de recursos para sacarte la verdad, lo detiene.

—Estáis locas. Se os ha ido la pinza. —«Bueno, un poco», piensan ellas—. No tengo vuestro jodido euromillón. Aquí iba a estar…

—¿Con quién hablas? —Una voz llega a través de la puerta de la parte trasera del garaje, que continúa cerrada.

—Nada. —Cristian las mira apretándose los labios—. Una amiga que pasaba por aquí.

—Vale, ya bajamos.

Al oír esto, Las Gamers del Cinquillo salen del garaje sin mediar palabra. La conversación había entrado en bucle y, además, Pili está desentrenada como para repartir pellizcos a tres objetivos, si es que los que bajan son solo los dos que le acompañaban antes.

El angosto callejón continúa deshabitado. Les cuesta adaptarse a la luz, pero se dirigen por inercia a la calle principal. No hay ningún otro punto de orientación en su mapa mental ni en el virtual. Mientras aceleran para llegar a la calle principal, en la que esperan encontrarse de nuevo con el ritmo arrebatador de las zonas céntricas, encuentran un primer indicio de vida: hay un joven que cruza la transversal veloz sin quitarles la vista de encima. Playboy vuelve a intentar correr. Ya no recibe ningún tirón ni reprimenda.

Caminan abatidas. Es difícil dilucidar si su zozobra se debe a la tensión acumulada durante el interrogatorio o a la falta de resultados.

—El chaval parece buenón —lanza Dolo.

—Parecerá lo que parezca, pero ese seguro que sabía algo. —Pili sigue enrabietada—. Si le hubiésemos apretado más…

—¿Más? ¿No le has apretado lo suficiente? —Rosario todavía luce un poco anonadada por lo que ha presenciado—. Sin entrar en el cómo lo has hecho… Que vaya metodología la tuya. Yo creo que algo habríamos notado si realmente se hubiese llevado el boleto. Algo más de tensión en su voz, un intento de huir… No sé, me encantaría pensar que es él quien lo tiene. Sería más fácil conseguirlo, pero algo me dice que no. Parecía asustado.

—No sé qué pensar. Me ha dejado a la Tere destrozada, así que solo por eso se merecía el susto.

La tarde arranca anodina. La falta de respuestas y de caminos alternativos las desmotiva. Sus vidas continúan como si nada hubiese ocurrido. Porque nada ha ocurrido. No hay dinero extra en sus cuentas bancarias, siguen sin poder permitirse los «algún día» que tenían en la cabeza, la monotonía no deja de devorarlas. Y lo hace con un runrún mental constante que siempre conduce a la misma pregunta: «¿Por qué a nosotras?».

Entrar en un bucle que intente dar respuesta a esta duda, más existencial que metódica, solo acarrea más incertidumbre y más bajona. De alguna forma, sus cerebros se autorregulan y pasan rápidamente a la fase del «¿Qué podemos hacer?». Por desgracia, ahí tampoco encuentran respuestas factibles.

También es innegable que la inercia destila valentía. Están haciendo cosas sin pensar y continúan sin dar demasiadas vueltas a lo sucedido porque, de lo contrario, caerían en un estado de ansiedad que bloquearía cada uno de sus actos. Y de sus posibilidades.

Por inercia Dolo y Carmen se encaminan como cada tarde de lunes a la clase de aquagym. Dolo pasea por la calle con serenidad. Si no fuera porque lleva puesto el gorro de piscina, transmitiría incluso calma. Ella insiste en que si no se lo coloca en casa se le cae el cardado. Para más señas, el dichoso gorro es de un fucsia tan intenso que, basta con echarle un vistazo, para que el ojo humano deje el resto de la escena en blanco y negro.

Carmen se ha acostumbrado a base de constancia y ya ni lo percibe. Tampoco los vecinos que se van encontrando. Cada vez la gente se fija menos en lo dispar, y a quienes no pueden evitar la miradita desaprobatoria habría que preguntarles muy en serio qué ocultan, qué les puede estar ocurriendo internamente para que les moleste que otra persona vista como le dé la realísima gana.

Además del gorro, que, por supuesto, pasa por la ducha antes de entrar a la piscina, aunque los ejercicios que les proponen no suelen incluir sumergir la cabeza, Dolo lleva bajo el brazo su churro de flotación. Y no solo porque no le guste usar los comunitarios, sino porque está convencida de que una deportista debe contar con su propio material. Y bueno, también porque se lo regaló su nieto. Al pasar tan poco tiempo con ella, no tenía ni idea de qué regalo le haría más ilusión.

—Yo no sé si voy a desapuntarme. No noto ninguna mejoría e ir por la calle con el rulo este de no ahogarse me da hasta vergüenza.

—¿Vergüenza? No la has visto en tu vida.

—Cierto, no es lo que quería decir. Quería decir que me cansa llevarlo, enfundarme el bañador, escuchar todo el rato durante la clase cómo tengo que respirar… Y es que no noto nada de nada. Ni más resistencia ni elasticidad ni nada. Quizá debería pasarme al yoga, como Charo.

—Por cierto, ¿qué es de ella? Alguna vez veo algún meme suyo de buenos días en el grupo antiguo. Mira que si siguiese jugando con nosotras…

—Pues continúa en el pueblo. Estuvo por aquí la semana pasada y Rosario quedó con ella. Ahí le contó lo del yoga. Dice que es una persona nueva. Aunque Rosario insistió en que la encontró como

siempre. —Dolo se detiene un segundo para reflexionar si de verdad un deporte puede cambiarte por fuera a estas alturas. Sospecha que no—. No quiero ni pensar qué habría pasado si siguiese jugando al Euromillones con nosotras. Es una pesetera, habría salido puerta por puerta a ver quién lo tenía.

Carmen se ríe mientras se aproximan al gimnasio. A la entrada, un grupo de cuatro hombres que rondarán los treinta las contemplan descaradamente. Puede que solo a Dolo, que ni lo percibe porque ha entrado acelerada a preguntar por los horarios de la sesión de yoga. Ya está convencida de que su vida necesita un giro.

La clase transcurre entre chasquidos de huesos y gritos de ánimo de la monitora. Estos solo logran que se les quiten las ganas de esforzarse. A la salida, Dolo sigue luciendo su pelo corto cardado en perfecta armonía.

Se dirigen de nuevo hacia la cafetería Estrella porque hoy toca partida. No estaba establecida en el calendario, que determina claramente que los martes es el día de la partida en el café y los jueves el de la partida casera, pero después de tantas emociones necesitan verse.

Solo estando juntas consiguen calmar su anhelo por lo perdido. Además, tienen que analizar otros caminos, concluir si creen la versión de Cristian y, si lo hacen, poner sobre la mesa qué otras opciones tienen ante ellas.

Al llegar, todo sigue tal cual lo habían dejado al irse hace unas horas. No ha cambiado ni el camarero, que les pregunta si desean tomar lo mismo, retándose a sí mismo a hacer un esfuerzo nemotécnico para no olvidarse de nada. Le dicen que sí y toman asiento.

—Por cierto, Rosario, que esta mañana vi un meme de Charo y Dolo me ha dicho que habías quedado con ella. ¿Qué tal le va todo?

Dolo mira a Carmen sabiendo que ya se lo había contado.

—Pues bien, todo como siempre. Está en una actitud muy zen, inmersa en unas acciones para digitalizar el mundo rural. Dice que han recibido un gran número de teletrabajadores en el pueblo y que es el momento de emprender.

—Si es que ya os lo digo yo. Hay que pasar al mundo virtual. Que sepáis que yo continúo con mi propuesta de hacernos un canal en el Twitch ese. Ya estoy registrada y el otro día vi a una chica jugar durante horas con un personaje monísimo que bailaba cada dos por tres. —Espera unos segundos a ver si hay suerte y recibe por fin alguna respuesta afirmativa—. Cambiando de tema, ¿qué tal vuestra clase? —Pili lleva años diciendo que el siguiente mes se apuntará.

—La clase bien, como siempre, vamos. Eso sí, cualquier día ahogo a la monitora cuando diga: «Vosotras podéis con esto y más». El show es ir con esta por la calle, con su gorro y su churro. Unos chicos nos han mirado fatal a la entrada del gimnasio.

—¡Ya se verán ellos a nuestra edad! Qué osada es la juventud —critica Rosario a la par que se introduce un chicle en la boca.

A Pili se le han engrandecido los ojos. Incluso parecen un poco más claros que su color castaño habitual. Se mira el brazo y corrobora que ha sentido un pequeño escalofrío.

—¿Cómo eran? —dice sin pestañear.

—Pues, como todos, con gorras y playeras… —responde Carmen mientras se está echando el café al vaso con hielo de su manera habitual. De repente unas gotas salpican el suelo.

Todas la miran. No es propio de ella, nunca falla. Nunca. Solo tienen que levantar la mirada para comprobar el motivo de su despiste: Aurelio.

7

Barritas energéticas

Eran pocos y parió la abuela. Si las cosas buenas vienen de dos en dos, o de tres en tres como ha dicho Dolo alguna vez, parece que las malas también.

Aurelio ha entrado al Estrella con su gesto habitual, ese moderado tambaleo que no proviene de ningún tipo de lesión. Al menos de ninguna muscular, porque el hígado ha de tenerlo fino.

Carmen posa el vaso y la taza en la mesa, y deja caer los párpados muy lentamente. Lleva varios meses sin verlo y, hasta este instante, no había caído en qué tranquilidad le ha supuesto su ausencia. Ha bastado con sentir su presencia para tener una sensación de ahogo. Sus pulmones aceptan menos aire a cada respiración y la vista se le termina nublando.

Logra recomponerse un poco ante las palabras de sus amigas: «Ignóralo», «Ni puto caso le hagas», «Vaya ser del inframundo». Tan pronto como sus pulmones vuelven a llenarse de aire, lo ve acercarse.

El hombre, al que han tenido que apartar alguna silla en su camino hacia la mesa de Las Gamers del Cinquillo, debido a los golpes que iba dando con su enorme barriga a todo lo que hallaba a

su paso, toma la última que han apartado y sin preguntar si está libre o si puede acompañarlas la coloca junto a las mujeres.

—Tranquilas, tranquilas. Que ya os veo las caras. Solo vengo a preguntar qué tal está la Tere. Que ya sé que la dejó el novio. —Al acabar la frase, se recoloca echando la espalda hacia atrás. La camisa se le levanta y deja al aire los pelos de su triponcio.

Ellas dudan qué hacer. Sospechan que, si inician una conversación amable, podrían acabarla entre gritos y recriminaciones, como están acostumbradas. Pero, en el fondo, nunca se sabe cómo tratar a esta gente y la raza humana tiende a aferrarse a un ápice de esperanza. Es complicado deshacerse de ese pálpito que te lleva a pensar que las personas pueden cambiar.

—Pues en casa está. Es joven, se le pasará.

Rosario ha tomado la iniciativa. La pone especialmente nerviosa este hombre que tantas veces ha estado a punto de echarle la puerta abajo para averiguar si Carmen estaba en su casa. Solo con estar frente a él su capacidad de contención queda anulada. Le provoca una especie de verborrea, como si al mantenerse hablando se librara de tan incómoda situación.

—Igual me la llevo a Port Aventura. Para animarla un poco —dice Aurelio mientras se rasca la oreja con el meñique.

Es ahí cuando Carmen empieza a rechinar los dientes. Él ha hecho a su hija mil promesas que nunca ha cumplido, pero ella sabe que podría hacer cualquier cosa que estuviera en su mano para herirla. Nunca ha tenido dinero para Tere, ni para nada que no venga en un vaso de tubo y con Coca-Cola. Pero le ve perfectamente capaz de intentar ganársela aprovechando que la joven está en un mal momento.

Ir a ese parque de atracciones es uno de los grandes deseos de Tere. Perdió su oportunidad en el viaje de fin de curso del instituto porque se había roto la pierna; aquella jugada del destino permitió a Carmen respirar un poco más holgada, porque pagar la escapada hubiese supuesto apretarse demasiado el cinturón. Sin embargo, aunque nunca lo diga, se siente culpable de que su hija no haya disfrutado de esa experiencia. Él lo sabe.

—Ya concretaré fechas con ella, porque no veo que tú vayas a hacer mucho por animarla.

Hasta Aurelio se da cuenta de la fuerza con la que Carmen está agarrando el vaso de café con hielo y cambia de tema.

—Bueno, qué, ¿hay partida? Ahora no le decía yo que no a un chinchón.

Carmen se ahorra el preguntar si a la bebida o al juego. No es momento para decirlo en voz alta y generar otro seísmo.

Ya asumen todas que se van a quedar sin partida esa tarde. Se levantan de la mesa y dejan a Aurelio con las ganas.

Carmen continúa sintiendo una gran satisfacción al plantarle ahí, deseando algo que no obtendrá. Cuántas veces no ha podido jugar esa carta…, y hacerlo ahora le sienta bien. Tanto que cuando después salga a la calle ni siquiera encenderá un pitillo.

Mientras recogen sus bolsos, apuran los cafés y se dirigen hacia la puerta, Aurelio las sigue. Ninguna se ha girado para comprobarlo.

—No os vayáis tan modositas, que sé que estáis yendo a más. ¡Que el otro día os vieron en el casino!

¿Quieren contestarle? Quieren. Solo por defenderse, por no parecer lo que no son. Y bueno, también por averiguar cómo se ha

enterado. Pero son conscientes de que darle pie solo producirá más jaleo.

Cuando atraviesan la puerta del Estrella hacia la calle, ya lo tienen pegado atrás. Para moverse como un oso que acaba de despertarse de la hibernación lleva buen ritmo. Y continúa haciéndolo calle abajo.

Notan que va tras ellas, pero se aguantan las ganas de girar la cabeza y protagonizar alguna interacción. Carmen desea gritarle; Dolo, enchufarle con la laca a los ojos, pero están aprendiendo a ignorarlo. Da igual que esté chillando un «me llevaré a la niña, se lo va a pasar en grande, tú no sabes ayudarla» o un «no es de buena educación no responder, idiotas».

Si el barrio está acostumbrado a los atuendos de Dolo y a los paseos de Playboy, también lo está a las salidas de tiesto de Aurelio. Aun así, perciben cómo la gente les pasa revista, aunque nadie interviene.

Cuando ya está tan encima de ellas que alcanza con su brazo el hombro de Carmen, las cuatro echan a correr. No es la opción más valiente ni seguramente la más útil, pero es la que surge sin pensar. Ya se han enfrentado en suficientes ocasiones y saben cómo acaba eso. A empujones e incluso con la policía de por medio.

En su breve huida han girado hacia la calle que conduce a la panadería y temen por lo que pueda pasar si Dolo ve alguna oferta. Sin embargo, hay algo mucho más llamativo. Decenas de personas están reunidas frente a la puerta de un establecimiento que parece celebrar su fiesta de inauguración. Y, tal como haces cuando sales de un avión y vas cruzando el aeropuerto en busca de la salida

siguiendo simplemente a la gente, sin molestarte en mirar los carteles, ellas comienzan a imitar a la marabunta.

Nada más entrar, descubren que no son clientas potenciales del local. Tienen unas cuantas décadas más que todos los allí presentes. Y muchísimos músculos menos. Vale, sí, tienen el mismo número de músculos, pero en ellas ocupan bastante menos espacio.

No saben cómo se llaman estas tiendas, aunque han oído hablar de ellas. Venden productos de alimentación para deportistas, suplementos para marcar camiseta y tonificarse. Según indican los carteles, no se puede extraer todo lo que el cuerpo necesita solo de los alimentos. Según qué cuerpos, claro. Los suyos han resistido más de seis décadas y el único suplemento que han conocido es el vitamínico que anuncian por televisión cada primavera.

El local recuerda a un gimnasio, con un pavimento de losetas negras y una música demasiado alta. Incluso a un lateral hay una espaldera, más por decoración que por utilidad. Las estanterías son de estilo industrial y hay pocos objetos sobre ellas. Distinguen botes con cápsulas, sobres que les recuerdan a los del café instantáneo y algunos bidones pequeños. En el centro han plantado una mesa de picoteo para celebrar la inauguración. Se aproximan a ella.

—Igual estas cosas me pueden venir bien. Pone ahí que te ayudan a sentirte mejor con tu cuerpo —dice Dolo mientras señala un cartel pequeño.

—¿No crees que ya tomas bastantes cosas? —responde Carmen.

—Sí, sí, y que lo digas. Últimamente ni sé dónde dejo el pastillero. El otro día estaba en un cajón, y a los cinco minutos apareció solo en el comedor. Pero una cosa no quita la otra.

—¡Ni sé qué es esta comida! Esto parecen cereales, ¿no? —pregunta Rosario, que ya ha avanzado hasta la mesa y mueve la nariz intentando identificar el producto.

—Son barritas energéticas o algo así —responde Pili—. Supongo que no nos vendrá mal comer algo después de lo que acabamos de vivir. No se cansa nunca el muy cabrón.

—Y encima el muy caradura recriminándome cosas de Tere…

Carmen se sirve en un vasito de plástico la única bebida que ve sobre la mesa. La hay en varios colores, opta por el rojo sin fijarse demasiado. En ese momento hubiese bebido hasta agua.

—Es kombucha, lo dice ahí —aclara Pili ante el gesto de desagrado que pone su amiga.

A Dolo la han perdido. Anda toqueteando todos los productos de las estanterías y leyendo con atención las cualidades de cada uno. Está valorando muy seriamente el incorporarlos a su rutina. Ya toma demasiados medicamentos, así que, si hay algo que la ayude a estar mejor sin pasar por la farmacia, no lo va a descartar de primeras.

Echa un vistazo en busca de alguna foto que refleje cómo serían los resultados al usarlos. Espera alguna figura de cartón con una chica rubia y joven en biquini mostrando una escasez absoluta de grasa. No encuentra ninguna. Pero se la imagina y, de paso, se imagina volviendo a entrar en los vestidos olvidados mientras su Paco exclama un «pero ¡qué tipazo!» o un «¡qué guapa estás!». Alguna vez ha pensado en abrirse de nuevo al amor, pero ha decidido que no, que prefiere vivir con un recuerdo bonito, y recrearse en el hecho de que al menos tuvo un amor verdadero.

No le queda nada claro cuál de todos los productos le haría perder la barriga y tersar los brazos. Se dirige a un hombre, con la misma

forma física de todos los que ocupan el lugar, que parece el dependiente.

Nada más verla, este se tensa. Se muestra aturdido sin dejar de mirar a los lados, como si buscara qué hacer. Supone que no ha tenido muchas clientas como ella.

—Perdona, majo, ¿qué me vendría a mí bien para tonificarme un poco?

Jaime, así se llama el dependiente, vuelve a mirar insistentemente a los lados y, al no encontrar apoyo visual, decide ir por libre.

—Hay muchas opciones. Mira, si quieres vente conmigo al despacho y ahí podré contarte mejor un plan personalizado.

Dolo le acompaña sin dudarlo. Por fin cabe la posibilidad de sentirse mejor, aunque solo sea por fuera. Y encima con productos de moda a tenor de la cantidad de gente que está ahí reunida.

Por otra parte la kombucha no funciona como Carmen esperaba. No siente nada, ningún tipo de subidón de vitaminas que la pongan a tono. Al girarse para dejar el vasito en la mesa, sorprende a Dolo siguiendo al mazado hacia un despacho.

—Juraría que es uno de los que estaba en la plaza el otro día —pronuncia en voz alta.

Las otras dos se vuelven hacia la escena. Apenas ven cómo un brazo tatuado empuja a Dolo con suavidad a través de una puerta.

—Y también es uno de los del casino, el de menos tatuajes. Estoy segura de que iba en el grupito que nos miraba, estaba con el que le pega tener una cicatriz —añade Rosario.

—Nos están siguiendo. Si es que van tras nosotras… Para mí, que ellos tienen nuestro décimo —dice Pili. En ese momento gira sobre sus talones y se encamina endemoniada hacia la puertecita que

acaban de atravesar. Anda exageradamente rápido, con la boca apretada y farfullando: «¿Dónde lo tenéis, cabrones?, ¿dónde?».

Al entrar se topa con más estanterías cargadas de productos, aunque en estas impera el desorden. En el centro se halla una mesa medio desconchada que para nada encaja con el aspecto del exterior de la tienda y, tras ella, frente a las estanterías, se sitúa Jaime. En concreto detrás de Dolo. Apoya las manos en los hombros de la mujer, que se mantiene rígida, dándole la espalda.

Rosario y Carmen la han seguido con naturalidad, no sin antes guardarse un par de barritas energéticas en el bolso. Al entrar en la sala descubren lo último que se esperaban.

Pili saca de su bolso una pequeña pistola y apunta al hombre con el brazo derecho extendido y rígido. No les da tiempo a reaccionar, a gritarle a Pili que qué coño hace, que pare, que se le está yendo de las manos. En ese instante oyen la detonación.

El estallido provoca que Jaime se gire hacia ellas. Durante unos segundos se enfrentan a un rostro fantasmal, blanco como los polvos que esconden esos botes y con unos ojos inyectados en sangre. Al mirar unos centímetros más adelante, donde se encuentra Dolo apoyada sobre una estantería sin entender nada, descubren que ha estallado un bote de proteína de unos cinco kilos.

Tras el susto inicial, respiran aliviadas. El polvo solo ha salpicado la cara del chico, pero nadie está herido.

Jaime parece que va a lanzarse sobre ellas. Crece por segundos, como si se estuviera transformando en un monstruo de pantalla final de videojuego.

La siguiente reacción las sorprende. Jaime comienza a dar unos gritos agudos que no se corresponden con la anchura de su caja

torácica. Suena como Playboy cuando pide comida, desconcertado y desprotegido. Se está quitando el polvo de la cara dándose pequeños manotazos histriónicos.

Rosario y Carmen continúan cerca de la puerta y desandan sus pasos para salir de allí sigilosamente. Lo hacen con la mirada clavada en el joven, que no deja de propinarse golpes a sí mismo por toda la cara para quitarse el polvo mientras grita: «Joder, joder, joder, que me va a dar algo».

Pili y Dolo las siguen hacia la estancia principal, y de ahí salen juntas hacia la calle.

—Pero ¿de dónde coño has sacado eso? —pregunta Carmen a Pili mientras la coge de los brazos y la medio zarandea.

—Del armario del niño, de Eduardito. Pero es de balines.

—Pero ¡si ha atravesado todo! De balines mis cojones.

—Que sí, que se la compramos hace mucho en una feria.

—Que no, por Dios —dice Carmen mientras observa cómo Pili hace un rápido movimiento de manos.

¡Pum! Acaba de lanzar otro disparo. Este al aire.

Lo que recibe como respuesta no son chillidos ni críticas, sino una paloma muerta sobre su cabeza.

—Vaya, me debe estar funcionando lo de jugar al Metal Slug en el móvil. ¡Mirad qué puntería!

—¿Estás tonta? ¡Que no es de balines! Pero ¿no te das cuenta de que la paloma está muerta y sangrando? —Carmen ya no sabe por dónde salir de esta situación tan esperpéntica.

—Estos bichos están medio poseídos ya. Sangran por cualquier cosa.

Pili no se baja de sus trece, pero las demás no se atreven a intervenir. Tiene un arma en las manos y, por lo que parece, la cabeza algo trastocada.

Miran hacia atrás para comprobar que nadie las hostiga. Mientras salían se cruzaron con el hombre sin cicatriz. Acudía raudo a la sala en la que su amigo continuaba dando grititos. Por el momento no parece seguirlas.

La situación las supera, no tienen palabras y acaban por disuadirse. Se separan y cada una toma la dirección a su casa. En el camino hacia su edificio, Rosario y Carmen casi no intercambian palabra alguna, pero no dejan de pensar que a Pili se le está yendo la pelota. No lo entienden, de verdad que no. Ella no es así.

8

Momento para los encurtidos de mercadillo

La noche no ha sido placentera para Dolo. Donde normalmente habitan sueños blancos y bucólicos, en los que recorre inmensas praderas con vestidos fluidos y en los que de vez en cuando algún actor de telenovelas hace un cameo, hoy sus sueños están cubiertos de niebla.

Andaba sola por un lugar irreconocible en el que no había ninguna señal de hacia dónde dirigirse. La acompañaba el presentimiento de que necesitaba llegar pronto al destino, fuera el que fuese. Sin embargo, a cada paso que daba la oscuridad traía más humo denso, gris, cegador.

En algún momento de la madrugada se ha despertado atosigada y se ha obligado a respirar profundamente: el aire le entraba en los pulmones y lo iba soltando con suavidad, como si el exhalar todo de golpe pudiera generar un huracán. Después de hacer respiración consciente, una expresión que si tuviese que explicar con sus palabras diría «respirar dándose cuenta de ello», se levanta y va al baño. Más por moverse un poco, y alejarse de esa cama que la está llevando a un territorio desconocido, que por necesidad, lo cual no

es habitual en ella, que se despierta tranquilamente tres veces cada noche para hacer pis.

Mientras se dirige adormilada hacia el baño, no sin tropezar una vez más con el mismo pomo con el que se engancha cada noche, empieza a darle vueltas y más vueltas a la cabeza. ¿Y si los polvos esos de proteína también cayeron sobre ella y le están sentando mal? Menos mal que no se había decidido a comprar ninguno.

Hace un esfuerzo por acordarse de la composición que leyó en la etiqueta, pero solo se le viene a la cabeza que debería hacer más fotos de las cosas, como Pili. Recordaría mejor las cosas. Se plantea regresar a la tienda de nutrición deportiva para saber con exactitud qué ha podido caer sobre ella. Al segundo, tiembla rememorando los disparos del altercado y se disuade de hacerlo.

Los hechos de la tarde anterior se la entremezclan un poco cuando se tumba en la cama tras mullir la almohada y extender las sábanas revueltas por su pesadilla. «Ya mañana las cambio y pongo las de franela con los lunares rosas», cavila antes de intentar dilucidar por qué sus vidas están ahora patas arriba. No consigue aferrarse a ninguna línea de pensamiento. Tras un largo rato dando vueltas y contando conejitos, la neblina impuesta por Morfeo continúa instalada en su mente, así que decide tomarse algo que la ayude a dormir, por qué no.

Abre los cajones de la mesilla de noche, después los de la cómoda y por último los del armario hasta encontrar el pastillero. «Vaya jueguito se trae este, cada día se esconde donde le da la gana», piensa mientras ingiere una cápsula blanca de las que, según recuerda, prometen hacerte dormir como un bebé.

Ahora todo se torna en colores vibrantes, enormes cubículos cerrados de un azul intenso, carreteras en zigzag de un rojo apasionado que hacen vericuetos ante ella, triángulos voladores de un nítido amarillo que fluyen bajo el cielo color oliva… Todas estas imágenes no dejan de ser aterradoras, por mucho colorín que tengan. No está soñando y lo sabe, porque Dolo no ha tenido sueños lúcidos en su vida.

Cuando el primer rayo de sol se cuela en la habitación por uno de los agujeritos de la persiana, se desconcierta por completo. Se levanta con dificultad. Parece una de esas mañanas en las que las piernas no quieren responderle, aunque no es como en otras ocasiones. Nada más pisar el suelo siente unas ligeras palpitaciones. Hacía mucho que no se le presentaba esa sensación de agobio.

Le cuesta llegar a la cocina y mucho más prepararse el té que suele tener listo en dos minutos: calentar la leche, poner una bolsita en el agua humeante, dejar reposar, echar dos sobrecitos de azúcar, o tres si el día se presenta ajetreado, y remover. Apenas ha desayunado cuando ve que es la hora de partir.

Mientras Dolo está poniéndose a toda prisa un vestido anchote, algo más oscuro de lo habitual, Carmen sale por la puerta de su casa sintiéndose tremendamente culpable. Por todo.

Entre otras muchas cosas, por dejar a Tere llorando en el sofá. Le ha dicho que la acompañase, incluso ha jugado la carta de que, si salía con ella, le compraba algo. Pero nada, la chiquilla aún no da muestras de olvidar su ruptura. Carmen hasta le ha propuesto hacerse de Tinder, que Pili le ha comentado que su sobrina conoció

allí al que ahora es su marido y son muy felices; tampoco está Tere por la labor, y mira que le ha insistido. Al menos viéndola ahí tirada, constata que no tiene ninguna pinta de irse a Port Aventura y por el momento prefiere no preguntar si Aurelio ha hablado con ella. Piensa también en llamar a alguna de las amigas de su hija para que le hagan compañía, pero opta por no inmiscuirse. Tere ya tiene una edad como para resolver las cosas por sí misma. Además, una rupturilla juvenil no es un problema; lo suyo sí que es grave.

Decenas de millones ahora mismo flotan en el aire. A ratos, los imagina como uno de esos globos de feria que se escapan entre lágrimas de las manos de un niño, que lo contempla elevarse y elevarse, y aún no es consciente de que no regresará a sus manos, de que está de camino al cielo de los globos eternos, de que sus padres podrán sustituirlo con otro, pero nunca será el mismo.

Carmen visualiza cómo sus sueños alzan el vuelo sin rumbo y, a pesar de haber visto muchos globos perdidos y saber cómo acaba esa historia, desea fervientemente que estos aterricen de nuevo junto a ella. Que más bien sea un bumerán y no un globo, por qué no; no quiere que todo esto se convierta en otra historia triste para contar. Que de esas ya está sobrada.

Pili tampoco sale de casa sintiéndose a gusto del todo. En parte por la extraña sensación que está experimentando los últimos días cuando va por la calle con sus amigas. Continuamente nota pasos tras ellas y se sabe observada. Y en parte por la impresión un poco rara que le ha dejado la reciente conversación con Eduardito, su hijo pequeño, el único que permanece en casa junto a Manuel júnior.

Nunca le ha gustado que su hijo mediano se haya quedado con ese mote para diferenciarlo del padre, como si no hubiera diminutivos para ese nombre, pero por mucho que insistió a su familia y sus amigos nadie le hizo caso.

Le ha preguntado a Eduardito que por qué guardaba una pistola real donde debería estar la que compraron en la feria. La conversación ha sido bastante similar a la que ella misma sostuvo la tarde anterior con Carmen. Solo que aquí se han intercambiado los roles: el hijo jurando que era de balines y ella asegurando que era muy de verdad. Han acabado en YouTube buscando información y, después de varios intentos, han conseguido abrir el cargador y comprobado que contenía pequeñas balas. En realidad tampoco sabe si son pequeñas, ya lo mirará con más calma cuando tenga un rato. Las han sacado en silencio. La cara de Eduardito parecía ser sincera: ojos extremadamente abiertos y explicaciones convincentes. Quizá idéntica a la de ella la tarde anterior, cuando sus amigas la confrontaron.

Sale con premura de casa, pero cuando está bajando las escaleras se da cuenta de que se ha dejado el móvil. «Estoy boba, nunca me dejo nada», piensa. Vuelve a subir para cogerlo y ya en la puerta se percata de que tampoco lleva las llaves. Llama, le abre su hijo, recoge lo olvidado sin mediar palabra y vuelve a salir.

El runrún de la conversación sigue en su cabeza. No piensa que menos mal que no ha pasado nada con la pistola, porque hay otros pensamientos mucho más fuertes que orillan ese hasta un rincón intransitable de su mente.

Todas se dirigen al mismo sitio. Aunque no hayan quedado en un punto fijo, ya se encontrarán. Desde que el mercadillo se ubicó en la explanada de detrás de las vías, no les hace falta concretar un punto exacto; está dispuesto de tal manera que, quieras o no, si te mueves por la zona de puestos vas a toparte con todo el que esté allí. El resto de la semana no es una zona demasiado frecuentada, ya que no tiene una función concreta y el par de túneles de acceso desde el parque no son demasiado acogedores.

En día de mercadillo, nada más salir de cualquiera de los túneles, se despliega el colorido paisaje de los toldos de plástico, los carteles de TODO A 2 € (o lo que corresponda), la ropa revuelta en tablones provisionales y los bolsos perfectamente colocados sobre sábanas en el suelo.

Es ahí donde se encuentran. Dolo ha llegado la primera y ya está toqueteando uno de los nuevos modelos de Carolino Herrero. Le gusta. Es un bolso de hombro en rosa palo y al tacto parece piel, muy diferente de la bolsa gris tipo *shopping* que ahora lleva colgada. Nunca se ha parado a pensar en las repercusiones de sus compras, simplemente si algo le gusta, y entra en su presupuesto, se lo coge.

Esta vez casi no lleva dinero en la cartera. Le recuerda a Mamadou que es una clienta fiel, que quizá en un par de semanas finiquita sus deudas. Dolo mantiene eso que llaman «pensamiento de pobre». No cae en que quizá, con suerte, en un par de semanas podrá comprarse uno auténtico, aunque lo más probable es que, aun contando con el dinero, siga viendo innecesario pagar mil euros por un bolso que va a hacer la misma función que cualquier otro. Sí, puede que te dure toda la vida, pero a su edad esa promesa no es demasiado atractiva.

Dolo se ha pasado a inspeccionar las carteras y cuando está abriendo y cerrando las cremalleras de una de ellas, para cerciorarse de que todo funciona correctamente, nota cómo sus amigas se aproximan.

—¿No viene Rosario? —pregunta Pili al ver a Carmen. Da pequeños giros sobre sí misma, como buscando a alguien que sabe esconderse.

—No, ya sabes que no le gusta el mercadillo. Nos pide que, si hay avances de lo otro, le hagamos un resumen.

Carmen se interrumpe en seco. Quiere decirle muchas más cosas, pero no se decide por dónde empezar. Gira la cabeza hacia la derecha y desvía la mirada hacia el mismo lado, en busca de las palabras correctas.

—Sí, a ver si avanzamos, porque ayer nos quedamos en las mismas. —Pili elude el tema de su gatillo fácil—. Bueno, ya lo hablaremos.

Dolo se une a ellas y se encaminan hacia el puesto de encurtidos. Es una parada obligatoria: intuyen que nadie va a un mercadillo solo por las gangas, el vinagre es igual de importante. Jamás se fiarían de los vecinos a los que no han visto pidiendo un cacillo de aceitunas y su jugo. Da igual qué tipo de aceituna o qué encurtido, pero solo los que sucumben a esos manjares son dignos de su confianza.

Avanzan entre puestos con montañas de ropa en las que los clientes revuelven, sacan prendas, se las ponen por encima y las vuelven a tirar mientras seleccionan la siguiente de forma ininterrumpida. Saludan a un par de las habituales que les aconsejan ir al puesto de calcetines, que hoy hay género de calidad. «De los

que no se rompen, niña. Cien por cien algodón». Lo apuntan mentalmente para acercarse más tarde, tras saciarse de pepinillos y cebolletas.

Ninguna necesita calcetines. Normalmente usan minimedias de compresión y, en cuanto sale el primer rayo de sol, se pasan a las sandalias. Cuando llega ese esperado momento, se animan unas a las otras a hacer el cambio. Carmen suele ser la primera y Rosario la más rezagada; aun así, están seguras de que son las promotoras del cambio de armario zapatil en el barrio. Sin embargo, nunca hay que hacer un feo a unos calcetines buenos.

Dolo camina ensimismada pensando en la banderilla de piparra, queso y boquerones que va a embutirse. La voz de Puri la saca de sus elevados pensamientos.

—Chiquillas, ¿qué tal? —Nadie responde—. Me han dicho que está muy bien hoy el puesto de calcetines. ¿Vais para allá?

El «no» con el que le contesta Carmen suena rotundo. ¡Lo que le faltaba! Tener que cargar con Puri y aguantar que la vaya liando de puesto en puesto. Bastante tienen ellas. Si siempre ha asumido a su vecina como un daño colateral en su vida, por cómo incordia apareciendo en el momento más inoportuno, ahora mismo la percibe como una condena. Como si ella fuese Hércules y su vecina simbolizara uno de los doce trabajos que debe realizar para expiar algún tipo de pecado. A lo largo de su vida, le han tocado unos cuantos trabajos; quizá perder el boleto del euromillón es el duodécimo y ya solo le resta un merecido descanso.

—Bueno, si os pasáis, me decís. —Espera alguna respuesta, que no llega—. Por cierto, qué fuerte lo del tiroteo de ayer. Andabais por ahí, ¿no? —De nuevo, sin respuesta—. He oído que sí, ¿qué pasó?

—Ni idea. Lo escuchamos y nos marchamos de allí —responde Pili por fin.

—Es muy fuerte que estas cosas ocurran en nuestro barrio. Es que no hay seguridad ni hay nada. Unos chavales intentando montar un nuevo negocio y… más jaleo. Si es que…

—Tengo hambre. Adiós.

Dolo tira de sus compañeras mientras lanza la frase. Carmen agradece el gesto, aunque intuye que ha sido una reacción natural y no una forma premeditada de escapar de su vecina. Dolo siempre tiene hambre; además, hoy está más rara que de costumbre. Cuando la ha visto cerrando y abriendo esa cremallera cientos de veces en unos segundos, ha pensado que estaría nerviosa, quizá dándole vueltas a lo del décimo. Ahora que las empuja sin fuerzas, sospecha que acaso esté inmersa en algún tipo de trance, o en una especie de duelo. Nadie sabe cómo reaccionará una persona ante una situación como la que ellas están viviendo.

—¡Vaya con esta! Para cotillear sí que se muestra maja —suelta Carmen—. ¿Chiquillas nos ha llamado? Qué gilipollas.

—Le encanta demostrar que se entera la primera de todo. Seguro que las otras vecinas también habían oído lo de los disparos y ellas no han dicho ni mu —comenta Pili.

—Tal vez las otras desconocían el dato de que estábamos allí. ¡Uno del de siempre, cariño! —chilla Dolo sin importarle cambiar tan rápido de interlocutor—. Mejor que sean dos, que me siento hoy un poco desasosegada.

Pili saca el móvil y enfoca a Dolo para captarla comiéndose la primera banderilla y chorreando vinagre por la comisura del labio. Le

divierte retratar los momentos más vergonzosos de los demás; tal vez, cuando tenga ánimo, haga un *sticker* con esa imagen.

Aprovecha que tiene el móvil en la mano para estirar el brazo derecho y sacar un selfi de las tres. Cuando está mostrando la foto a las demás, lo ve.

En primer plano está ella aparentando alegría, con sus pendientes falsos de perlitas y su sonrisa de foto; a su izquierda, Dolo con su pelo cardado y los morros llenos; y a la izquierda de esta, Carmen, con el mismo gesto de cansancio que pone en cada foto. Es en el rincón posterior, en el espacio que la foto deja en el extremo derecho, donde los ve.

Amplía la imagen con los dedos para cerciorarse. Sí, las están mirando, incluso parece que uno de ellos las señala. Levanta la vista hacia esa esquina, pero ya no hay nadie.

—Chicas, chicas. Los Cristianos nos están siguiendo —grita Pili acelerada.

—¿Quiénes son Los Cristianos? —Se sobrentiende que pregunta Dolo. Las palabras no han salido nítidas de su boca, en parte por su cansancio y en parte porque el encurtido aún está haciendo de las suyas en su paladar.

—El Cristian y sus amigos. Estaban ahí. Mirad. —Pili les extiende el móvil mientras habla—. Estaban observándonos. ¡Ya había sentido yo que nos seguían!

—A ver, te estás obsesionando con eso de que nos vigilan. No sé qué te pasa, de verdad. —Carmen se acerca el teléfono—. Ah, pues sí. Son ellos. A ver, a ver. —Le quita el dispositivo de las manos—. Sí, sí. Pues sí que parece que nos espían. ¿Qué querrán? ¿Buscará el chaval devolverte el pedazo pellizco que le diste?

Durante unos segundos se mantienen en silencio y valoran opciones. Ninguna tiene claro por qué las estarán siguiendo, si se corrobora que van detrás de ellas y no se trata, simplemente, de que se encontraban allí por casualidad y, al reconocerlas, Cristian les estaba contando a sus inseparables amigos que ellas eran las señoras del otro día. Aun siendo así, no les conviene ser vistas. Aunque no lo digan en alto, no se extingue la sospecha de que ellos sean los que se han apropiado de su futuro.

—¡A por ellos! —grita Pili.

Carmen la coge del brazo antes de empezar a avanzar y acerca la boca al oído de su amiga. Baja el tono de voz, pero habla con contundencia.

—Ni se te ocurra hacer ninguna de tus jugadas. Contrólate. No sé qué mierda te pasa, pero te la guardas. Lo único que queremos es encontrar el décimo.

Se ponen en marcha un poco despistadas, llevadas por la inercia del momento. Se alejan del pasillo del puesto de encurtidos para no caer en la tentación del de embutidos. Se quedan paradas en la vía principal mientras otean no solo el ritmo del mercadillo, sino el rincón donde podrían esconderse Cristian y sus secuaces.

Pili se sube a un banco de cemento para ampliar la perspectiva. Sin resultados. Distingue a lo lejos el renombrado puesto de calcetines, que tan buen material tiene hoy; vislumbra a Puri enzarzada en una discusión con el vendedor de zapatillas de estar por casa, y a un niño que corre con un helado en la mano. El resto es una marabunta de gente que pasea con calma o que mueve los brazos de forma acelerada buscando tesoros entre las montañas de prendas.

Baja del banco, empuja a sus compañeras al tantear torpemente el suelo, y con ese movimiento las encamina en dirección al puesto de Mamadou. Cuando llegan, este está relatando a una joven las múltiples bondades de un modelo clásico de Chenal. La clienta parece bastante interesada mientras le pregunta si no tendrá alguno en el que aparezca el nombre de la marca de verdad. Él se ahorra decirle que compre uno y le ponga las letras a su gusto, que él aprendió a venderlos así a golpe de multas. Cuando empieza a sacarle ese modelo en todos los colores, le cortan en seco.

—¿Has visto a Cristian? —le pregunta Pili. No da más detalles porque sabe que el vendedor conoce más del barrio que muchos de los vecinos que llevan toda la vida allí. No hace falta aclararle que está hablando del que era novio de la hija de Carmen ni darle ningún otro dato del chaval.

—Sí, ha ido hacia la salida.

—Gracias, amigo.

Mamadou contempla a Pili caminar acelerada a través de la riada de gente secundada por sus dos amigas. Quizá el próximo día se animen a comprarle algo.

9

Una propuesta decente

Todo el tiempo están corriendo. Desde que ese imán se quedó solito y abandonado sin el décimo que llevaba días acompañándolo, Las Gamers del Cinquillo sienten que, aparte de corretear, hacen muy pocas cosas. Corren detrás de unos y delante de otros, corren para escapar y para perseguir, corren retando al tiempo, buscando vencerlo, intentando aplazarlo antes de que sea demasiado tarde.

Vale, quizá correr, en el sentido estricto de la palabra, no es el término más adecuado si se observa cómo cruzan el mercadillo. Lo suyo podría definirse, como mucho, muchísimo, de trote ligero. Trotan mirando el suelo para no tropezarse; trotan sudorosas a un ritmo al que un bebé a gatas podría adelantarlas. De hecho está a punto de ocurrirles cuando atraviesan una zona de parquecito con suelo de goma para niños. Si bien sus cuerpos van a su aire, mentalmente sí corren, vuelan. Dolo bastante menos. Están aceleradas. Se mueven y piensan a un ritmo al que no están acostumbradas y que solo uno de cada diez médicos se lo recomendaría a su edad.

No es una buena aliada esa velocidad mental que se ha instalado en ellas. Es el tipo de euforia momentánea que se produce cuando

llevas una buena mano en el chinchón y olvidas las cartas que tus contrincantes han recogido del mazo. Un error de principiante.

No las ayuda ignorar de cuánto tiempo disponen; tampoco saben si el décimo ha sido canjeado o ha acabado en una papelera y está completamente perdido. En general, en la vida, se agradece contar con una cuenta atrás, ya sea para dar comienzo a una fiesta sorpresa o para que se lance un cohete; genera cierto bienestar poner en el punto de mira el momento exacto en el que puedes ganar o darlo todo por perdido. En esos instantes sientes que aún conservas el control. Pero no es su caso. Y no es que las prisas eviten que se paren a reflexionar las diferentes opciones que tienen ante ellas, es la adrenalina la que bloquea su posibilidad de razonamiento. Son tres almas con la misma meta y sin mucha capacidad analítica. No porque carezcan de ella; más bien porque la situación les viene grande; es demasiado desconocida como para saber gestionarla.

Cuando te enfrentas a un nuevo problema en la vida, siempre es necesario, o al menos aconsejable, un tiempo de análisis y adaptación. Un periodo en el que sopesar y valorar opciones con independencia del cariz del asunto. Se agradece un lapso para absorber los nuevos sentimientos generados, o en el que elaborar una profusa lista de pros y contras antes de actuar. Sin embargo, tiempo es precisamente de lo que ellas carecen. Cada minuto que pasa incrementa la posibilidad de que alguien se dé a la buena vida con su dinero.

Si Dolo se parase a ver la escena actual, si tuviese la capacidad de sacar su mente un segundito de su cuerpo y volara en un ente semitransparente como hacen en las películas, algo plausible

teniendo en cuenta la mezcla de pastillas que lleva encima, diría algo así como «mira a esas, van como polla sin cabeza detrás de unos jóvenes a los que sacan casi cincuenta años». Y no estaría muy alejada de la realidad.

Se mueven sobre la marcha, sin premeditación y, por supuesto, sin alevosía. Cada pocos pasos levantan la cabeza entre el tumulto para no llevarse a nadie por delante, pero lo hacen por costumbre; no están en condiciones de prestarle demasiada atención al civismo. Sin embargo, ellas pasan inadvertidas entre el bullicio que emana de los puestos, los gritos que no cesan anunciando «todo a cinco euros», o a dos, o a uno, y la música a todo volumen como banda sonora flamenca de la situación.

Nadie se fija en tres mujeres que van como alma que lleva el diablo, solo Los Cristianos, que, cuando toman conciencia de que van tras ellos, o al menos que trotan en su dirección, se giran y se transforman en los perseguidores. Van directos hacia las trotadoras que tiran de instinto y dan la vuelta sobre sí mismas en una especie de huida en la dirección contraria a la que habían tomado.

Los chicos no tardan en alcanzarlas. Se enfocan en ello con toda la calma. No necesitan acelerar el paso para no perderlas de vista; ni siquiera requieren prestar mucha atención de hacia dónde se dirigen y, cuando en un nuevo alarde de improvisación por parte de Las Gamers del Cinquillo estas se cuelan por un pasillo del mercadillo que desemboca en una calle poco transitada, ven su oportunidad.

Ahora mismo ellas se parecen a esos muñecos de los videojuegos noventeros, los que más entretienen a Pili: cuando llegan a un callejón sin salida continúan moviendo los pies sin avanzar y levantan las piernas sobre el muro. Inmóviles, sin salida, esperan

que de repente les salga el as que han suplicado a lo largo de la partida. Es Cristian quien toma la iniciativa y toca la espalda de la primera que encuentra, la más rezagada, Dolo.

La mujer se gira mientras trata de sacar algo de su enorme bolso. Su intención es clara: usar su laca como arma de autodefensa e intentar huir. Se siente atemorizada sin una razón objetiva: en ningún momento esos chavales han hecho ademán de agredirlas, ni parece que lo vayan a hacer ahora a tenor de sus gestos. Los dos que acompañan a Cristian están de nuevo ensimismados frente a la pantalla de sus respectivos móviles. Sin embargo, el movimiento de Dolo falla cuando, al sacar el bote de laca, este se le traba con el asa del bolso, medio enrollada en el vestido de grandes topos azules que ha escogido hoy sin pensar demasiado en los años que le suma. Murmura un «mierda», da un tirón para recuperarla y al final el bolso y todo su contenido caen al suelo. El objeto, que pretendía transformar en arma, rueda por el asfalto hasta que Cristian lo para con el pie.

Al joven le sorprenden las descomunales ojeras moradas de la mujer. En el otro encuentro no se había percatado de esa mancha oscura bajo sus ojos. Si la hubiese visto en más ocasiones, también detectaría que el pelo está algo descuidado. «Pobres, son tan mayores que haber perdido el décimo las ha trastornado», piensa. Por ello recoge el objeto y se lo entrega. Mientras lo hace, se plantea decirle: «Tranquila, venimos en son de paz», pero se corrige a tiempo.

Carmen ha captado el propósito de Dolo. Han sido muchos años detrás de una barra y tiene muy bien entrenado el olfato para saber qué esconde cada movimiento. Cree firmemente que no hace falta

conocer demasiado a la gente para descubrir sus intenciones; basta una mirada atenta, un pequeño análisis enfocado en averiguar de qué habla, cómo lo hace o hacia dónde mira para formarse un perfil.

Aún recuerda aquella vez que unos tipos entraron en plena noche al bar donde trabajaba para darle el palo. Con solo una mirada, indicó a uno de los parroquianos que cerrase la puerta por dentro. No hizo falta más. En cuanto los ladrones supieron que estaban atrapados, se hicieron los confundidos y se tomaron algo como si nada. En cinco segundos había captado las intenciones de tres delincuentes que, incluso, se habían vestido para la ocasión, pero la sensación que la invade ahora no se parece ni de lejos a aquella.

En este caso, saber lo que Dolo guarda en el bolso le ayuda a vaticinar una acción que al final no se ha llevado a cabo. Carmen sigue sin dar crédito. «¿Qué les está pasando?», es la única pregunta que resuena en su cabeza. ¿Dónde quedó el grupo de encantadoras señoras que se juntaba para echar una partida? ¿Dónde esas damas que comentaban las novedades del barrio y del mundo posicionándose siempre en contra de la violencia? Se han esfumado. Quizá el dinero es más fuerte que cualquier idea, quizá están cansadas, quizá ella es la desubicada. En este momento daría incluso una parte de su inexistente premio por una cerveza fría.

—Tranquilas, vengo en son de paz. —«Mierda, justo lo que no quería decir», piensa Cristian. No importa demasiado, porque las mujeres continúan extasiadas. Es el momento—. Tenemos algo que contaros.

Pili y Carmen se intercambian una mueca con curiosidad. La primera pensando que el mensaje está sonando un poco robótico. La segunda decidiendo si debería encenderse un cigarro.

Definitivamente no está para ir pensando qué momentos son buenos, le apetece uno y punto. Se saca un pitillo de la cajetilla y lo enciende aspirando con toda la capacidad de sus pulmones que, tras el trote, ha quedado muy mermada.

—A raíz de lo que me contasteis el otro día sobre el premio perdido, he estado hablando con Marcos y Raúl… —Señala a sus amigos, aunque ninguna sabe quién es quién. Les seguirán llamando Los Cristianos—. Y hemos caído en una cosa.

Cristian espera alguna demostración de interés por parte de sus interlocutoras, un gesto de incertidumbre al menos. Pero solo percibe cómo sus miradas se le van clavando en la cara mientras escrutan cada uno de sus gestos y de sus palabras. Endereza la espalda y hace un pequeño juego con los pies. Nadie le pregunta nada. Aunque queda claro: para conseguir lo que anda buscando, tiene que continuar.

—Cuando estábamos el otro día en el Pillo Bocadillo, aquí el Raúl que es un yonqui del pollo que preparan ahí, Los de Arriba se sentaron a nuestro lado. —No le hizo falta explicar que se refería a vecinos de la zona alta del barrio—. No hablamos mucho con ellos, porque van muy a lo suyo.

—Y tanto, solo saben hablar de los fiestones que se pegan y vacilar a to'l que pasa. —Por fin descubren la voz de Raúl, aguda y cortante—. Y no soy yonqui de na, solo que le echan unas *especies* que me molan. Si vais, pedid ese bocata, el Boca Tambor; es su especialidad. Brutal.

Cristian trata de recuperar el hilo de su discurso sin caer en enumerar los ingredientes del famoso bocadillo. Este parece ser el único tema de conversación con sus amigos en los últimos días.

—El caso es que se sentaron a la mesa de al lado y pudimos escuchar algunas cosillas muy interesantes de su conversación.

En ese momento ya tiene a su público engatusado. Dolo ha dado un par de pasos hacia él para escucharle mejor y parece muy interesada; de hecho está realizando un esfuerzo titánico para atenderle y no dejarse llevar por Morfeo. Por el momento, el interés que el joven cree captar en ella no tiene que ver con su observación. En realidad Dolo piensa en el mencionado bocadillo y en todo el universo culinario de sabores que se esconde ante sus ojos. Flipa con la idea de que los bocadillos lleven algo que no sea embutido, filetes empanados, tortilla o calamares.

—Los oímos preguntarse cuándo iban a canjearlo y otro respondía que debían esperar un poco porque no estaba el horno para bollos. Así, tal cual. Esto último, lo de «que no estaba el horno para bollos» lo dijeron con esas mismas palabras, que me lo apunté en el móvil.

—¿Sabéis seguro que hablaban de nuestro décimo? —interviene Carmen.

—No, no lo dijeron así tan claro. Pero hemos sumado dos más dos.

—Esos chicos… ¿no serán los que han abierto la tienda para deportistas? —interroga mientras da una profunda calada a su pitillo.

—Para *gymbros* —corrige Pili.

—No, no son esos —contesta Cristian tras navegar en su memoria —. Estos no se dedican a nada. Bueno, a algo sí, pero nada de tiendas y eso. Igual ni los conocéis.

—Seguro que los conocen —interviene Raúl—. Joder, ¿quién no conoce a…?

Se traga el nombre a la fuerza cuando Marcos le aplasta la boca con la mano. Cristian le dirige una mirada resignada. Está harto de que Raúl nunca se centre en lo poco que tiene que hacer. Sin saberlo, tiene una especie de Dolo en su grupo.

—A ver, sospecháis que esos chicos tienen nuestro décimo, ¿no? —Carmen recibe por respuesta un gesto afirmativo—. ¿Cómo podemos estar seguras?

—Pues de eso queríamos hablaros. Nos prestamos a averiguarlo. La idea es movernos más por sus ambientes, ir algún día, como quien no quiere la cosa, a los bares de Arriba, acercarnos al partido que organizan este finde con unos colegas… Es decir, estaremos atentos para conseguir toda la información que os pueda servir de ayuda. —Se congratula de lo profesional que ha sonado esto último —. Es lo que podemos ofreceros por nuestra parte.

Cristian espera a que la negociación comience; a que alguna proponga algo aunque sea descabellado. Como no abren la boca, decide seguir a lo suyo.

—Por vuestra parte, os pediríamos que nos dieseis una parte del premio, si tienen ellos el décimo. Sería una retribución por nuestro trabajo de investigación.

—Ah, y que nos paguéis las consumiciones mientras investigamos. Al final es parte del trabajo —lanza Raúl cargado de razones.

Cristian está orgulloso de cómo ha presentado la propuesta. Les ha llevado varias horas de debate hallar el modo de planteárselo y, más especialmente, el determinar qué iban a pedir a cambio. Raúl se conforma con muy poco. Hubieran preferido explicárselo en otro lugar más seguro, pero ha surgido así.

Las Gamers del Cinquillo que ahora tienen delante son mucho más expertas en negociaciones de lo que ellos podían haberse imaginado. Básicamente, como tienen hijos, han debatido durante años sobre las horas de llegada a casa, la compra de caprichos y algún que otro delirio más. Se cierran sobre sí mismas y les basta una palabra para posicionarse: «Tiempo».

—Déjanos pensarlo —dice Pili—. Dame tu WhatsApp y, en cuanto tengamos lista nuestra contraoferta, os decimos algo.

—Cristi, qué curiosas, ¿verdad? ¿No se te hace raro que no te pidan el Instagram? —Rompe el hielo Marcos, el graciosillo del grupo.

Cristian le echa una mirada que claramente quiere decir: «Cállate». Quieras que no, está delante de la madre de su ex y no es plan de sacar acá sus trapos sucios ni de airear su fama de ligón. Se acerca a Pili y le da su número. Cuando están a punto de marcharse, Raúl siente una mano en la espalda que lo retiene. Es Dolo.

—Y el sitio de los bocadillos, ¿dónde está? ¿Son caros?

—Es un sitio nuevo, al lado de la empresa de mensajería. De la que sales, en la calle que cruza a la izquierda. ¡Y son baratísimos! —responde el chaval—. Diles que vas de mi parte, que a mí me lo preparan muy bueno.

—Ya os paso la ubicación por WhatsApp —concluye Cristian consciente de que una buena acción podría posicionar a las mujeres de su lado.

Las tres avanzan ahora con más calma; ya no trotan. El bullicio del mercadillo persiste, pero lo ignoran. Se ha transformado en una banda sonora original en un idioma desconocido. Mientras caminan hacia la salida, Pili se aguanta las ganas de preguntar si les apetecería acercarse al puesto de calcetines. Justo cuando se decide a proponerlo, interviene Carmen.

—¿Qué… coño… os… pasa?

Lo dice así, separando las palabras de la frase, pronunciándolas de forma independiente, y haciendo énfasis en cada una, porque todas importan. No es que espere una respuesta convincente porque, visto lo visto, la lógica ya se alejó de ellas.

—¿Lo dices por la laca, cariño? —responde Dolo—. Ya veo que sí. No sé explicártelo. Me sentí atacada. Llevo toda la noche y todo el día un poco, no sé, como mercadoactiva y, a la vez, agotadísima.

Carmen se aguanta la risa que le produce escuchar mezcladas las palabras hipermercado e hiperactiva, pero no es momento para carcajadas. Además, la cara de Dolo transmite angustia. Está pálida, las ojeras crecen y sus labios están extremadamente resecos. Está cansada, muy cansada. Como si hubiese pasado toda la noche de juerga, aunque nunca haya vivido algo así. Bueno, una noche se quedó en una boda hasta las cinco de la mañana y se tomó dos anises, pero no sintió nada diferente a cualquier otro día.

—Y mira que me tomé lo de dormir y demás, pero nada, no he descansado. El corazón me hace pum-pum muy rápido.

—Pero ¿estás bien?

—Sí, espero que durmiendo se me pase…

En la trastienda del local de nutrición deportiva la conversación es otra. La lógica diría que gira en torno a su nuevo negocio, a cómo está funcionando y a los proyectos que tienen en marcha para forrarse con ello. Sin embargo, va por otros derroteros. Acaban de dejar bien limpito el desastre de la tarde anterior y continúan atónitos.

—Joder, como no se han llevado lo suficiente, nos hacen perder lo de estos botes —dice el hombre al que le pega mucho tener una cicatriz en la cara.

—De verdad, yo solo quería preguntarle por lo otro. Vi la oportunidad porque la vieja parecía interesada. No sé qué se piensa que es esto, pero estaba leyendo las etiquetas, como si aún le quedase algún músculo en el cuerpo. —Jaime lanza una carcajada y la ahoga al momento—. Solo pensaba preguntar sutilmente, sin las demás merodeando.

—Ahí entra Carlos. Veremos si hoy por fin ha descubierto dónde lo tienen.

10

Pintan bastos

«La cucaracha, la cucaracha… ya no puede caminar. Porque no tiene, porque le faltan, las…». Ahí se corta el sonido procedente del teléfono de Pili. No es ningún tono de llamada, y mira que le gusta jugar con ellos, sino la canción que asignó para cuando suena una alarma de la agenda de su móvil. ¿Que si se ha planteado cambiarla? Alguna vez. Pero cuando se pone a ello (y mucho se tiene que aburrir para llegar a esto), no encuentra otra mejor.

En realidad es efectiva. Solo suele anotar en su agenda virtual las citas importantes: médicos, banco, grandes eventos… Oír la susodicha canción la pone automáticamente en alerta. Incluso mueve un poquito las caderas a su ritmo.

Coge el teléfono con la mano izquierda, porque la derecha está ocupada removiendo un estofado de ternera con el que rellenará una enorme lasaña. Al ver el mensaje de la agenda hace un movimiento extraño con las manos. A punto está de derramarse la salsa sobre la pantalla del móvil. ¡Lo que le faltaba! Derrochar un bocado de ese guiso que huele a gloria bendita, y encima echar a perder el móvil en el peor momento.

El mensaje la sorprende. Lo había olvidado por completo. Recapacita mientras continúa dando vueltas a la salsa. Primero, piensa en si ya le ha echado sal. Está al noventa y cinco por ciento segura de que sí; después prueba un poco para corroborarlo y, por último, intenta rescatar de su memoria el día que puso esa nota. No hará ni dos semanas, aunque le pesan como dos años. Quizá tres.

Pili está acostumbrada a que el tiempo pase rápido, y los años, despacio. Los días se le van como en un suspiro, porque siempre está ocupada con algo, siempre anda pendiente de qué hora es porque seguro que tiene cosas que hacer: la cena, la partida, probar una nueva app de la que ha oído hablar o llamar por teléfono a cualquier familiar. Ella obliga a los minutos a vivir deprisa. Sin embargo, en los pocos instantes en los que se para a pensar en el tiempo como algo más profundo e innato a la vida, algo de lo que no se puede huir, siente que este no corre para ella. Lo que pasó hace un año, juraría que ocurrió hace cinco. Lo único que pone orden a la línea temporal es relacionar los acontecimientos con los años que tenían sus hijos cuando estos sucedieron. Aun así, siente que el tiempo como concepto global e inabarcable discurre lentamente.

El hecho de haber perdido varios millones de euros no ayuda. Muchas veces ha tenido la tentación de abrir la calculadora del móvil y estimar cuánto tendrían que pagar de impuestos para saber con exactitud de qué cantidad está hablando. Su vida ahora se centra en perseguir y ser perseguida. Le encantaría encontrar un momento para reflexionar con calma, valorar opciones, pensar en cuánto se le está complicando la existencia. A veces confía en que, al llegar a casa, se producirá el milagro que solucione sus problemas

personales. Y el décimo aparecerá como por obra de magia delante de sus narices. Sin embargo, van pasando los días y esto no ocurre.

Deja el cazo sobre la tabla de madera donde ha picado con esmero (y un poco de rabia) las verduras. Se sienta en la silla de la cocina, a la que descubre un nuevo desconchón en la polipiel trasera del respaldo. Se concentra en el mensaje de su agenda y abre el grupo de WhatsApp de Las Gamers del Cinquillo.

Chicas, que nos habíamos apuntado al torneo de hoy

Durante varios minutos espera alguna respuesta. Invierte ese tiempo en entrar a Instagram y perderse en reels, la mayoría de ellos son recetas con alimentos saludables cero apetecibles y bastante difíciles de conseguir. También ve algún que otro vídeo de gente que aborda a transeúntes en plena calle, micrófono en mano, y tras la frase «perdona, ¿te puedo hacer una pregunta?», les sonsacan dónde viven, cuánto ganan, si conocen al último youtuber de turno o qué es lo que acaban de comprar. No entiende la finalidad de esos supuestos asaltos y los va deslizando con velocidad. Se detiene en la imagen de un joven, que no habrá cumplido ni veinte años, que asegura tener en su cuenta varios millones que ha conseguido invirtiendo en criptomonedas. «Puedes ser millonario con solo unos clics», afirma. Pili lo guarda para informarse más tarde, aunque no debería volver a caer.

Los minutos pasan rápido.

Dolo

Esta tarde? Pues justo me iba a pasar a pedir hora al médico, pero qué remedio, habrá que jugar. Llamaré al ambulatorio a ver si hay suerte…

Las prioridades primero, Dolo. Pero vamos, seguro que agradecen no verte un día por ahí. Tú llama

Dolo
Sí, a ver si me dan cita pronto, que ando algo rara, creo que alguna pastilla ha dejado de funcionar

Oye, ¿no te dan puntos por cada visita? Ya tendrías un pase Premium. Pregunta a ver 

Carmen
Dejaos de historias, a qué hora es?

Rosario
Siempre es a las seis

Sí, a las seis

Carmen
Ahí nos vemos.

Sin concretar nada más, a las seis menos cuarto están todas en una mesa del Estrella, cada una con el café a su gusto. Conforman una escena bastante cotidiana con sus chaquetillas de punto, sus gafas para que no se les escape ningún número de las cartas y un suave velo del humo que sale de sus bebidas calientes. Ninguna había recordado que tocaba torneo. Se sienten un poco desentrenadas. Los últimos días, con tantas emociones, no le han dado demasiado a su vicio.

La zona de mesas de la cafetería hace un gran rectángulo desde el ventanal hasta el fondo del local. Son tres las mesas que están perfectamente vestidas para la ocasión, con sus tapetes verdes, salpicados por algunas manchas inidentificables, y su baraja de cartas sin estrenar en el centro.

No hay mayor placer para las jugadoras que estrenar baraja. Adoran tener entre las manos esas pequeñas cartulinas que aún brillan y provocan que se resbalen un poco los dedos, de forma sutil, obligando a apretar un poquito más que de costumbre las cartas. Y qué bien se barajean, nada que ver con las que tienen en casa en cuyas cajas hay publicidad de variadas marcas de embutidos; incluso siguen jugando con una baraja promocional de un banco que hace décadas que quebró.

Los pequeños placeres nos mantienen vivos. Si a alguna le hubiesen preguntado hace unas semanas con cuál sería feliz, probablemente habría citado, entre las tres primeras opciones, el roce de una baraja a estrenar, por delante del roce de un taco de

billetes o de un décimo premiado. Después de todo, se desea lo que se conoce.

Carmen se levanta para revisar el cartel colgado tras la barra. Está escrito a mano con más faltas de ortografía de las deseables. Marca el horario y los participantes de cada partida del torneo. Ayer jugaron tres mesas, con dos parejas en cada una, y hoy otras tantas. Las siguientes eliminatorias están en blanco. Hasta que no salgan los ganadores de hoy, no se sortean los próximos enfrentamientos.

No le alegra ver que les toca competir entre ellas. Siempre hay más posibilidades de llegar a la final si juegan en mesas distintas, porque tienen la regla no escrita (ni siquiera hablada) de compartir los premios. En esta situación da un poco igual quién gane hoy. Aunque, visto por otro lado, al menos dos de ellas pasarán a la siguiente ronda. A veces hay que conformarse con poco. Carmen prefiere no pensar en la única vez que ganó el premio. Fue un día demasiado bonito y elige relegar la melancolía. No es momento para sentimentalismos.

Se arrima más a la barra y se detiene en los jugadores de ayer; más concretamente, en una de las parejas: «Puri y Aurelio». Se le ha quedado tal cara de asombro que Manolo, el camarero, se acerca a ella. Este tipo siempre está dispuesto a un poco de conversación.

—Tranquila, perdieron… Se apuntaron juntos porque ya no les quedaba con quién hacerlo. Les dije que deberían inscribirse con el nombre de Los Restos. —Manolo se ríe para sí mismo.

—Los Restos…, sí —murmura Carmen—. Espero que al menos no montara mucho jaleo.

—¿Aurelio? Lo de siempre. Salió de aquí casi a gatas gritando que así no iba a poder ir nunca al Dragon Khan. No se había enterado de que el premio no era económico. —La cara de Carmen denota que ella tampoco—. Esta vez es una cesta de alimentos. Nos la han cedido los del súper gourmet. Lleva de lo mejorcito: jamón del bueno, un queso grande, aceite con denominación o algo así…, ¡hasta un trozo de foie!

—Nunca se entera de nada. Menos mal que han perdido, a ver quién los aguanta si no. En fin, ponme una caña, porfa, que esto va a empezar.

En ese momento suena la campanilla de inicio de partida. Las Gamers del Cinquillo abandonan los cafés vacíos de su mesa y se dirigen a la de juego.

Van con la cabeza recta, la mirada al frente y dan grandes pasos. Casi como un equipo que sale al campo concentrado para no escuchar el rugir de la grada. Solo que aquí ni hay grada ni nadie las observa.

Es un gesto aprendido, no hay nervios al inicio de la competición. Llevan varios años participando en casi todos los torneos del Estrella, se juegue a lo que se juegue. En esta ocasión toca tute. Les viene bastante bien que la partida sea de este juego y no de mus; es cierto que escogieron esta opción porque las plazas de mus ya estaban cubiertas, pero menos mal: el mus es demasiado exigente. Y ahora no tienen la cabeza para muchos alardes.

Comienzan pintando bastos. Buen augurio para Carmen que no, que no es que sea supersticiosa, solo que suele ganar cuando pintan bastos. No tiene datos, pero tampoco dudas. Se anima bastante al ver su mano. Las primeras veinte que va a cantar en la partida están

en forma de un caballito y un rey de copas. El hecho de ganar la primera jugada la imbuye de esperanza. El premio no es lo importante, al menos en este momento. Sin embargo, el sentirse a buen nivel la anima. Pide otra cerveza, que el camarero lleva a la mesa. «Como en las grandes partidas», piensa, aunque solo tiene referencias de esas partidas a través de lo que ha visto en la televisión. Quizá si le diese a la baraja francesa, y si tramita la anulación de la autorregulación al juego, podría jugar en un casino algún día. Sabe que las cervezas son más baratas, aunque duda de que estén mejor tiradas. «Seguro que solo sirven botellines», piensa mientras intenta retener en su mente la suma de tantos.

No les cuesta ir ganando las partidas. A decir verdad, las rivales que tienen delante tampoco hacen mucho por evitarlo. Dolo y Pili están despistadas por completo. Tanto que Dolo tira un caballo a la mesa y al momento, por su gesto, detectan que lo tenía casado. Se han enfrentado a ellas en multitud de ocasiones y jamás las habían visto tan descoordinadas: tiran los ases muy rápido y se miran demasiado tiempo para entender qué quiere decirles su pareja.

Como era de esperar desde la primera baza, la partida finaliza con la victoria de Carmen y Rosario: han cantado las veinte una media de una vez por jugada; las cuarenta, un par de veces en toda la partida, y se han levantado a abrazarse cuando Rosario ha dispuesto un tute de caballos.

Al levantar la cabeza toman conciencia de que varios parroquianos ubicados tras ellas siguen la partida. Son un grupo grande. Unos diez hombres con diferente aspecto: desde el señor que vive en la barra y siempre va con una camisa a cuadros que se le sale por la delantera del pantalón, a un par de chicos más jóvenes que parecen

realmente interesados en todas las partidas y enseguida se giran hacia la mesa de al lado que aún no tiene ganador.

Los aficionados invaden el campo, es decir, los aledaños de la mesa, para felicitar a las ganadoras. Les suenan algunas caras de los habituales del local, aunque en persona solo conocen a un par de vecinos. «¿Alguien sabrá en lo que andan metidas?», piensan las perdedoras que, aún sentadas, se dedican a observar cómo sus amigas reciben felicitaciones.

Carmen y Rosario se dejan halagar con los comentarios sobre la gran partida que han jugado. La gente es así. Nadie va a decirles, al menos a la cara, que sus contrincantes han sido un desastre y que eso, quieras que no, les garantizaba la victoria. Dolo y Pili parecía que era la primera vez que jugaban; a duras penas sabían identificar qué carta tirar. Pero no tienen por qué quitarse méritos; en realidad ellas lo han hecho bien, ¡qué coño!

—Hacía mucho que no me sentía tan vitoreada en un garito. Que yo recuerde desde que cambiaba el barril de cerveza en menos de diez segundos en el bar donde trabajaba —rememora Carmen mientras se aleja del grupo de fans seguida por Rosario.

—Era fácil contra estas. ¡Estaban en Babia! —responde Rosario—. Normalmente en todas las partidas que echamos, ya sean en competición o no, la cosa está bastante reñida, al menos existe rivalidad. Pero lo de hoy ha sido muy diferente. Ni rastro de interés por su parte.

—¡No sé qué les pasa! Ya viste el otro día a Pili. Ayer Dolo en el mercadillo también estaba superrara. A ratos parecía cansadísima, a ratos aceleradísima… Incluso cuando Los Cristianos nos acorralaron

lo primero que intentó fue sacar su laca para echársela a los ojos. ¡Están de un agresivo! Las veo fuera de sí.

—Cada persona somatiza el estrés de un modo muy diferente. Las está superando la situación y por eso tienen comportamientos insólitos, pero no debemos tener en cuenta sus actos ahora. No son ellas, son las circunstancias, que nos están volviendo medio locas.

—Sí, pero ya me asusta cada paso que damos… O mejor sería decir cada giro, que hacia delante no parece que vayamos.

Las ganadoras se dirigen hacia la barra con la intención de tomarse un trago, pero Daniel, el lotero, las detiene y las lleva de vuelta a la mesa donde Dolo y Pili siguen sentadas: la primera, totalmente absorta con la mirada fija en el tapete; y la segunda, enredando con su móvil. Cuando al fin están las cuatro reunidas, el hombre comienza a hablar.

—¿Qué tal? Me alegra ver que al menos seguís con vuestras rutinas. He cerrado pronto y me he acercado a ver las partidas. Ya sabéis que el juego es lo mío. —Daniel sonríe con cierta timidez.

—¿Alguna noticia? —Pili lo pregunta exaltada, como si saliese de un estado de trance.

—Importante no. Solo os quería comentar que, por lo que he podido averiguar, el premio sigue sin cobrarse. Tampoco ha salido nada en prensa, aunque os recuerdo que no siempre se hacen eco cuando se trata de premios grandes.

—Bueno, nos tenemos que conformar con que no se haya cobrado. Seguimos en la casilla de salida. Todo tiene su lógica; si yo robo un décimo, espero un tiempo a cobrarlo, la verdad —comenta Carmen.

—¿Tenéis alguna novedad?

—Nada relevante. Contamos con gente que está poniendo el oído por ahí, pero aún no sabemos nada.

—¡Pues mucha suerte! Seguimos en contacto. —Daniel se despide de cada una con un apretón de manos.

Las cuatro se quedan sentadas en las mismas posiciones que durante la partida. Carmen está a punto de proponer jugar otra para ocupar el tiempo, pero sabe que tienen una conversación pendiente y no deja perder la oportunidad de hablar de ella.

—¿Qué vamos a hacer con la propuesta de Los Cristianos?

11

Vodka o ginebra

Todas, a excepción de Rosario, que se había enterado de la propuesta de Los Cristianos justo antes de empezar el torneo de tute, tienen sus dudas, que no difieren mucho de las de cualquier mortal: ¿aceptan la propuesta y les dan un porcentaje a los chavales si encuentran el décimo? ¿O no ceden a chantajes?

Si les hubiesen preguntado tiempo atrás, antes de que la buena suerte les trajese una mala racha, antes de acariciar con los dedos la posibilidad de un futuro descansado, seguro que la balanza se habría inclinado hacia la segunda opción. Nunca hay que claudicar ante quienes quieren abusar de una situación comprometida. Sin embargo, ahora lo ven desde otro prisma. Se trata de una ayudita para encontrar lo perdido, una mera transacción en la que das una comisión al empleado que ha cumplido con los objetivos.

—No sé si lo sabéis, pero la ley dice que, si alguien encuentra un dinero perdido, y se da con el dueño de ese dinero, la persona que lo devolvió tiene derecho a una recompensa del diez por ciento sobre el valor total del dinero entregado. —Rosario no puede evitar la racionalidad ni el jactarse de sus conocimientos—. Por tanto, si lo

encontrasen por su cuenta y nos lo devolvieran, tendríamos que pagarlo igual.

—Pues yo una vez encontré una bici tirada en la avenida, avisé a la policía, y no me dieron ni las gracias —sentencia Dolo.

—Esa bici no estaba desaparecida. ¡Menuda liaste! El dueño solo la había dejado ahí para ir a comprar y se había caído —corrige Pili —. No me parece mal aceptar el trato, aunque no tengo claro que esos chiquillos, que se pasan todo el tiempo mirando el móvil, hagan algo productivo.

Ignora las miradas que le dicen que ella es aún peor que esos chiquillos. Entiende sin explicación qué se esconde tras el gesto de sus compañeras. Por eso reprime sus ganas de proponer por enésima vez hacerse un Twitch o cualquier otra actividad que pueda generarlas «ingresos pasivos», como dicen los influencers, que cada vez le salen con más frecuencia en sus redes sociales.

—Pienso que hay bastantes posibilidades de que lo tengan ellos, Los Cristianos. Así los llamáis, ¿no? No me parece acertado teniendo en cuenta que nos intentan chantajear, pero me amoldaré —sentencia Rosario—. Quizá sí que lo cogió Cristian, pero al darse cuenta de que les seguimos la pista, lo han repensado y se les ha ocurrido esta estratagema para llevarse una parte.

—Los Cristianos es un buen mote. Tenemos que pensar alguno más. Nos estamos rodeando de distintos grupos de jóvenes y hay que saber diferenciarlos. Supongo que Los de Arriba se van a quedar así. Sí, los denominaremos Los de Arriba —se autoconvence Carmen —. Lo que no tengo claro es cómo definir a los del establecimiento de nutrición deportiva.

—Esos son Los sin Cicatriz —propone Dolo.

—Mmm, no me gusta mucho. Los sin Cicatriz suena a recién operados. —Carmen se queda pensativa intentando dar con un mote más directo, más acertado—. De cualquier forma, parece que esos no se han molestado demasiado por nuestro despliegue en su tienda. Algo ocultan. Cada vez sospecho menos de Cristian, la verdad.

—Entonces ¿le escribo? —apura Pili.

Cuando escucha el «dale» de sus compañeras, ya tiene abierto en WhatsApp el contacto y se encuentra frente a una foto de Cristian con una chica de espaldas. Ahora no está para hacer de detective del amor ni para decir nada que pueda sacar de quicio a Carmen. Mejor, chitón. Hace clic en el micrófono y graba el siguiente mensaje: «Estamos dispuestas a hablar con vosotros sobre lo del porcentaje. ¿Cómo nos vemos?».

—No deberíamos ceñirnos solo a lo que nos puedan ofrecer estos. Necesitamos abrir nuestra línea de investigación —comenta Pili levantando la cabeza hacia sus amigas.

—¿Y qué propones? ¿Hacerlo público? Nos podría servir. Cuando le robaron la furgoneta al pizzero de las masas finas, la encontró gracias a las redes sociales y al boca a boca. No sé si nos podría servir —responde Carmen—. Otra opción sería avisar a Daniel para que hable con la prensa. O ir a la policía…, aunque eso no creo que nos sirva de nada después de tus ¡pum, pum!

—¡No! ¡Nada de eso! ¡A la policía sí que no! —grita Pili tan alto que hasta el camarero se gira—. Tú eras la primera que no querías eso. No estamos ya para ninguna de esas opciones. O actuamos por nuestra cuenta o nos quedamos como estamos. Lo segundo no es una opción; al menos para mí.

Está demasiado exaltada. Intenta cambiar de actitud simulando que está pendiente del móvil por si Cristian ha respondido. Pero su nerviosismo extremo no ha pasado desapercibido. Carmen la mira como cuando los perros no entienden la orden recibida de su amo. Dolo la contempla con los ojos llameantes y una botella de agua en la mano. Al final, Pili comienza a sollozar.

Eso sí que no se lo esperaban. Tampoco es para tanto, solo han propuesto otras opciones.

—Necesito el dinero —confiesa Pili mientras aspira el sabor salado que le ha llegado a la boca.

—Ya, todas lo necesitamos. Es normal que estés agobiada, respira, tranquila. Es un momento complicado —intenta animarla Rosario.

—Pero para mí es diferente que para vosotras. Necesito el dinero de verdad.

Por un instante parece que recupera un ritmo de respiración normal. Sus hombros aflojan el movimiento de muelle espasmódico que habían adquirido y las manos le tiemblan un poco menos, solo un poco.

Dolo le ofrece su botella de agua, pero las lágrimas vuelven a invadir los ojos de Pili, amontonándose como si se tratara de una puerta de grandes almacenes minutos antes de inaugurar las rebajas.

La luz es tenue, pero no se han percatado ni del cambio lumínico ni de que son las únicas habitantes del Estrella. El camarero ya las espera junto a la puerta, vestido de calle. No ha tenido la osadía de interrumpirlas por muchísima curiosidad que le genere saber qué maquinan unas mujeres que suelen entrar, pedir, jugar y marcharse. Desconoce el porqué de esas lágrimas, porque perder un trozo de

foie y un buen queso no le parece razón suficiente. Aunque, después de diez horas tras la barra, tampoco tiene energía para interesarse por la situación. Ya les preguntará otro día con calma.

Las Gamers del Cinquillo se dan cuenta de que está deseando que se vayan. Carmen propina un codazo a Dolo, que se ha quedado dormida dejando caer un poco de babilla por la comisura de los labios, y salen del local en silencio. Ni siquiera miran quiénes han sido los ganadores de las otras partidas y, por tanto, quiénes entran al bombo de sus próximos rivales. Pili tampoco apunta en su agenda la siguiente fecha del torneo. Está para el arrastre. Ahora mismo ni movería las caderas al ritmo de «La cucaracha».

Las farolas les dan la bienvenida al mundo exterior, donde la noche aún no ha iniciado su mutismo. Dolo revuelve en su estratosférico bolso, extrae la laca, inunda su pelo del espray y deja un olor químico en el ambiente. Al guardarla, saca unas gafas de sol y se las pone. Continúa andando con el bolso en una mano y una botella de agua en la otra. Si esta imagen se diese a altas horas de la madrugada, y con la protagonista teniendo unas décadas menos, sería el vivo retrato de alguien volviendo a casa tras elevadas dosis de discoteca.

Carmen se percata de la imagen de Dolo y le entran ganas de buscar algún pub para tomarse una copa y menear el esqueleto. No lleva bien que sus compañeras de vida de los últimos años no sean amigas de la fiesta. Al menos no de la nocturna, de la que implica música a todo volumen, lugares oscuros y bebidas de dudosa reputación. A «Paquito el Chocolatero» no les gana nadie, eso sí que les va. Cuando estaba Charo en el grupo, era más fácil porque a ella

le daba igual un pasodoble que el reguetón. Carmen se enciende un cigarrillo en señal de que da la noche por perdida.

—¡Ha contestado! —avisa Pili. La mujer tiene aún la cara roja como un tomate, pero al menos ya no lloriquea.

Las demás se acercan a ella y se esfuerzan por leer la respuesta en el móvil. Solo pone: «Mejor lo hablamos por aquí». Están leyendo por tercera vez el mensaje, como si contuviera algún código secreto o estuviera escrito en un lenguaje cifrado, se nota que no conocen a Cristian. Entonces cae la primera gota sobre las gafas de Dolo.

—Mierda, ¿tiene que llover justo ahora? A este tenemos que responderle con calma. —La cara de Pili se moja mientras dice esto, pero la lluvia le devuelve cierta vivacidad a su tez.

—Sí, tenemos que pensar bien la respuesta. Estamos dando palos de ciego, nos movemos sin estrategia, y eso nos aleja de nuestro objetivo —responde Rosario.

Carmen ve su oportunidad, ya está saboreando su ginebra con limón. «¿Tendrán de esas ginebras light que ahora anuncian en todos los sitios?», se pregunta. Más por curiosidad que porque le suene apetecible, pero no olvida su premisa de que la noche es para probar cosas nuevas.

—Hace un par de años, abrieron un pub que va de coctelería fina justo aquí, a la vuelta de la esquina. Podemos entrar y hablarlo con tranquilidad —suelta a toda velocidad, deseando ganar esta partida.

Extrañamente ninguna se niega y, cuando se quiere dar cuenta, están las cuatro sentadas a una mesa, solo que esta vez en sillas altas de pelo suavecito, escuchando algún tipo de rock melódico que no conocen ni lo pretenden. Embelesadas, miran a una camarera que escurre el hielo con tamiz en una mano y gira con la otra el

dosificador de botellas sobre un vaso con forma de piña y que parece de hojalata. Ni Carmen tiene tan buen giro de muñeca.

Ante ellas, unas cartas les proponen un mundo de posibilidades entre las que apenas les suenan el margarita y el dry martini. Tardan en decidirse, como era de esperar para unas novatas en la mixología. Además, les distrae ver cómo sale humo de algunas de las copas que están preparando en ese instante.

Al final Carmen recoge las comandas y se acerca a la barra. Pide su copa con ginebra light sin entender por qué el hielo que la envuelve es del mismo alto que el vaso. ¿Tanto lleva sin frecuentar el ambiente nocturno que los hielos se han hecho adultos?, se plantea. Dolo continúa con las gafas de sol puestas, aunque ha abandonado la botella de agua; Rosario está concentradísima releyendo todas las opciones de la carta, esa mujer no pierde la oportunidad de adquirir nuevos conocimientos, y Pili mira el móvil. Por el gesto Carmen imagina que sigue leyendo en bucle las dos líneas de su conversación con Cristian.

Paga la ronda y hace dos viajes para llevar las cuatro consumiciones a la mesa. Le habría dolido en el alma derramar una sola gota. Le irrita que no haya servicio de mesa con el precio desorbitado de cada copita. Por otro lado ninguna de sus acompañantes se ha ofrecido a ayudarla.

—¡Está tremendo! —dice Pili tras el primer trago—. ¿Qué lleva?

—Vodka, triple seco, zumo de limón y zumo de arándanos —responde Rosario que se ha aprendido las mezclas del menú como si poseyese memoria fotográfica.

—¿Y esto lo podemos hacer en casa?

—Por poder, podemos. No me importaría intentarlo —comenta Carmen, que ya está fantaseando con recuperar sus antiguas dotes —. Estaría bien hacer un día de cócteles, quizá podríamos probar con los mojitos. A esos les tengo bien pillado el punto.

—Bueno, a lo importante, ¿qué respondemos al chaval? —Pili lo suelta aún concentrada en la pantalla, como si en ella fuese a aparecer mágicamente la solución.

—Decidimos sobre la marcha, deberíamos plantear alguna estrategia a largo plazo.

Rosario lo dice convencida. Es de las que tienen su vida programada a un mes vista, como mínimo. Algunos lo llaman ansiedad.

—Negociemos primero esto, que a ti negociar se te da bien, Rosario. Mira qué precio más bueno sacaste cuando reformaste el baño.

—O el día que fuimos a hacernos las uñas al local nuevo — mientras lo dice, Carmen se mira las suyas, que lucen descuidadas.

—O cuando sacaste aquel móvil tan barato en la tienda de segunda mano —insiste Pili.

—Seguro que también sacas el mejor precio el día que vendas los jamoncitos de Playboy. —Dolo se despierta de repente en medio de la conversación, pero por las caras de las demás casi mejor que hubiese seguido dormida—. Vale, eso no.

—Es una pena que no te guste ir al mercadillo, porque nadie como tú para el regateo —cierra Carmen.

—Como os comentaba antes, si la ley establece una recompensa del diez por ciento, yo tiraría por algo menos. El diez por ciento debería ser nuestro máximo. Podríamos llegar a más, pero tampoco

creo que el trabajo que vayan a hacer, si es que van a realizar alguno, lo valga. Y en este caso no podemos pagarles por horas, solo por objetivos.

Pili se pone a teclear sin esperar más. Descubre que Cristian está en línea y quiere resolver esto cuanto antes.

Nuestra propuesta es un ocho por ciento del premio una vez que nos lo entreguéis y lo cobremos

No sé si podremos conseguir el décimo en sí. Eso ya es robar. La idea es confirmaros si lo tienen ellos

Pues si no conseguís el décimo, pero al final lo tienen ellos, os lo dejamos en un cuatro por ciento, una vez que lo cobremos

OK, por el momento lo aceptamos. Si conseguimos nosotros mismos el décimo sería ese ocho por ciento?

Sí, claro. Pero id indicándonos vuestros pasos

Bueno, ya os iremos informando de la opción según vayamos viendo. Mis amigos dicen que

es mejor no daros ninguna pista… Ya sabes, os tienen un poco de miedo

A nosotras? Ja, ja, ja, ja

Y ahí se corta la conversación, Cristian deja de estar en línea. ¿Miedo a esas cuatro mujeres que ahora mismo beben sus cócteles con una pajita como unas niñas buenas en un cumpleaños? ¿A esas que mordisquean las frutas que acompañan su bebida y las vuelven a poner en su sitio como si no hubiesen hecho nada? Bueno, desde el prisma de un joven al que han dado un buen pellizco en el brazo, y al que han intentado agredir con un espray de laca, ese miedo tiene lógica.

Las compañeras de Pili han seguido la conversación y le han dejado hacer a su antojo, no sabe si porque están demasiado cansadas para replicarle o porque su negociación ha sido intachable. Sea como sea, ella confía en este camino. Qué remedio.

Apuran las copas en silencio y con pensamientos de lo más dispares. Dolo se pregunta si esa copa la condenará a una noche de ardores de estómago; Rosario repasa hasta la última coma de la conversación; Pili se autoconvence de lo bien que lo está haciendo, y Carmen…

—Otra ronda, ¿no?

—Qué va, qué va. ¿Tú has visto los precios de esto? —Pili ya se está levantando mientras rebusca monedas en su cartera, en realidad es difícil encontrarlas entre tanto tíquet y tanta foto de sus hijos, para dejar la propina sobre la mesa. Se le vuelven a empañar los ojos al sacar la calderilla.

—Venga, yo invito a la segunda —se anima Rosario.

—Que no, que no. Dolo, que te vas cayendo por las esquinas, venga. Y nos avisas al llegar a casa, que lo mismo te encuentran mañana dormida en un banco. —Pili avanza hacia la puerta tirando de Dolo, que ya no tiene en su sitio ni un pelo.

—Yo sí te acepto la invitación, pero esta vez con una ginebra normal. Esta light no sube —comenta Carmen cuando se queda a solas con su compañera de partida.

Esta segunda copa le sabe a gloria bendita. Da un trago largo, muy largo, y se levanta del taburete con ella en la mano. Empieza a mover un poco la cadera, con disimulo, sin seguir ningún ritmo, porque la música no parece escogida para transformar el local en una pista de baile. Por primera vez se fija en la gente de alrededor: bien peinada, muy arreglada con ropa de noche y moviéndose de esa forma distendida que solo provoca la calma de quien tiene muchas horas por delante para dormir. Hay varios grupos que hablan entre risas, un par de parejas que de vez en cuando brindan, y unos jóvenes acodados en la barra muy concentrados en leer la carta de cócteles.

La coctelería está decorada con mimo: unas finas líneas de luces de neón recorren el techo y, aunque podría parecer que ese detalle restaría elegancia al conjunto, encaja a la perfección con la barra, de un minimalista azulejo color crema y que combina con las sillas forradas en piel en colores neutros, con los cuadros que cuelgan de las paredes —que no sumarán ni cuatro colores diferentes entre todos— y con las plantas artificiales, que se extienden tras algunas mesas pasando por verdaderas.

—¡Hacía tanto que no estaba en un pub! —Carmen da otro trago a su ginebra—. Me gusta este ambiente, qué le voy a hacer, lo llevo en la sangre. ¿Te he contado alguna vez que mis padres regentaban un bar que abría de desayunos a copas?

—Sí. Alguna vez lo has comentado…

—Te agradezco mucho la invitación. Al final, el dinero coarta los buenos momentos. Les da palo que invites.

—En realidad creo que no se sienten muy cómodas en este ambiente. Es como si hubiesen asumido que a su edad solo pueden divertirse con una baraja. O con los nietos. Pero tienes parte de razón: no hace falta mucho dinero para disfrutar de buenos momentos, como este, pero sí hace falta algo. Cómo fastidia no disponer de lo que nos satisface.

—Justo es eso. No se trata de lujos. Joder, si recuperamos el décimo yo no voy a darme a la vida padre. No sé, un viajecito, y vuelta a la rutina. Pero con la tranquilidad de vivir sin preocupaciones. Cuántas veces he oído eso y cuánto valor toma ahora. ¿Tú qué harías?

—Ni se me notaría.

Es la primera vez que hablan de ese dinero que las persigue cual fantasma desde hace una semana. Quizá no pensar en él como algo propio ayuda a no tirar la toalla. Se sentirían culpables si se paran mucho rato a valorar qué harían con el dinero. De pequeñas, les habían leído demasiados cuentos que demostraban lo malo que era soñar con lo que no tenían.

Por el momento, contaban con una copa entre las manos y unos instantes para no pensar. Rosario revela que se compraría una casita en un pueblo costero del que Carmen ni ha oído hablar. En realidad

no importa el objeto concreto ni el modo en que lo gastarían, son solo fantasías alcohólicas, disparos al aire, sueños encerrados en la cárcel de las ilusiones.

Dolo
Zoy uno cass
Eszoy n asa

Si es lo que creo, yo también

Rosario
Seguimos en el bar. Descansad

12

Droga sin receta

La consulta del médico está abarrotada de personas que, como ella, pasan de los setenta años. Dolo intuye que circula algún tipo de virus. No puede ser que tanta gente no tenga nada más que hacer. El médico sale a la sala de espera y llama a una mujer con el pelo cano, bien cardado y un vestido camisero rosa. Dolo se adueña inmediatamente de la silla que la señora ha dejado libre. Nadie se va a dar cuenta de que la persona que ocupa ahora esa butaca ha cambiado.

Se queda sentada leyendo carteles sobre donación de sangre, lo mismo que hace cada vez que va. Está leyéndolos cuando se le acerca una chica joven junto a un hombre que tiene el brazo en cabestrillo. Quizá esta joven es la única que se ha dado cuenta de que la silla del final de la sala ha cambiado de dueña.

—Disculpe, no quiero molestarla. Quizá lo lleva así por gusto…, el pelo…, muy original.

—Gracias, niña. ¡Qué atenta, qué atenta!

—¡Muy almodovariano dejarse los rulos puestos!

Dolo se pone lívida. Se toca la cabeza. Efectivamente, ahí están los cuatro rulos rosas de espuma que le vendió la peluquera

asegurándola que eran mil veces mejores que los de calor, aunque pocos años antes le había vendido los de calor como la panacea.

«Qué vergüenza —piensa—, he recorrido medio barrio así y nadie ha dicho ni mu». Por un momento se plantea simular que los lleva así adrede. Está segura de que existe alguna tendencia moderna que lo avala. Al final se traga el orgullo, da las gracias a la joven y saca el espejito del bolso para quitárselos allí mismo. Cuando el médico pronuncia en voz alta y clara «Dolores García, adelante», su pelo parece como si acabase de meter dos dedos en la corriente eléctrica.

—¿Qué tal, Dolores? ¿Cómo se encuentra?

A Dolo le harta tanto formalismo. Siempre le dice lo mismo, siempre la mira con esa benevolencia y esa preocupación moderada. Coño, se encuentra mal, si no, no estaría frente a ese señor que ya sabe más de su vida que su propia familia.

—Lo habitual, ya sabe. Vengo a por los resultados de la analítica.

—Sí, los tengo aquí. He de decirle que hemos detectado algo extraño. —La cara de Dolo es un poema; siempre hay algo extraño, pero suele comentarlo con un tono más distendido—. Además de los resultados normales, azúcar alto, anemia, etcétera, en esta ocasión hemos detectado otra cosa. Pidieron unos análisis muy completos, incluyendo toxicología… —El médico espera a que reaccione a esta palabra, pero ella no lo hace—. Hay evidencias del consumo de algún tipo de… —¿cómo decirlo para no crear confusión en esta mujer tan alterada? Pues de frente y al toro— droga. No tengo los datos de cuál es. Por otro lado la dosis no es demasiado elevada, pero sí relevante en un perfil como el suyo.

—No, no, no. ¡Eso no puede ser! —Se detiene un segundo a pensar—. ¿No podría tratarse de un polvo de esos que toman los

deportistas?

El doctor observa sutilmente la parte de su brazo que permanece al descubierto. Es consciente de que eso es demasiado para una anciana que bastante tiene con lo suyo, pero el hombre ha visto de todo. Incluso setenteros que se aficionan al gimnasio y a los suplementos deportivos sin haber practicado deporte en toda su vida.

—No he cambiado de dieta, intento seguir la que me puso, pero el otro día me cayó en la cara. —El médico no sabe dónde mirar—. El polvo ese, quiero decir. Ni sé lo que es.

—No, Dolores, no es por ningún suplemento deportivo. Si es algo que no ha tomado de forma voluntaria, piense bien dónde puede haberlo ingerido.

Después de renovar varias recetas, y de escuchar al médico que su estado no se debía a ninguna de ellas, Dolo sale de la consulta pensando que el doctor se ha vuelto completamente loco. Después de unos metros, modifica su teoría. ¿Y si el médico no está loco y lo que ocurre es que le han entregado los resultados de otra persona? Sería mucha casualidad que la otra persona tuviese los mismos achaques que ella y, a decir verdad, no se encuentra bien.

Carmen tiene otro asunto entre manos: una tarta red velvet que nunca le queda como en las fotos de las recetas que sigue al pie de la letra. Por algún motivo es absolutamente incapaz de cortar el bizcocho en tres láminas del mismo grosor. En cualquier otra ocasión en la que cocina bizcocho, y tiene que meter algún corte a esa esponjosidad, le sale perfecto. Sin embargo, los días en que se

propone hacer esta tarta, con sus tres capas perfectas, se convierte en una niña que usa por vez primera unas tijeras y sus recortables se llenan de zigzags.

Mejor dejarla reposar un rato. Se dirige hacia la ventana del salón con la cajetilla en la mano y, al atravesarlo, algo llama su atención. Tere, sentada en el sillón y de frente a la ventana, tiene el móvil en la mano.

Carmen casi da un salto del susto al no encontrarla en el sofá, como los últimos días. La cuesta un poco adaptarse a la nueva escena. ¿No parece el salón algo más grande sin ese bulto eternamente recostado?

—Anda, ¿estás mejor?

—Estoy poniéndome al día. —Carmen duda de esa afirmación porque ya la ha visto con el móvil en algún otro momento, no metiendo las horas habituales, pero sí echando algún vistazo—. Y me acaba de llegar algo que me sorprende bastante.

El tono de Tere es duro, más de incertidumbre que de seriedad. No es plan de preocuparse porque su hija ha dado el primer paso hacia la normalidad. Carmen se alegra hasta que oye la siguiente frase:

—Me están diciendo que te han visto con Cristian. ¡Es muy fuerte que no me lo hayas dicho! ¡Seguro que has ido a darle la chapa por dejarme! Y yo ahora quiero estar sola, ¿sabes? Tengo que reencontrarme.

Carmen no acaba de comprender si haber estado más de una semana tendida en el sofá implica estar perdida. De cualquier forma, duda si contarle la verdad. Si no le ha dicho nada, por tópico que suene, ha sido para no preocuparla. Parecía mucho más irritada por

su ruptura que por haber perdido la posibilidad de vivir una vida tranquila. Bueno, más preciso sería decir una vida con dinero.

—Entiéndeme, era el único que pasó por casa antes de que el décimo desapareciera. Teníamos que hablar con él.

—Ya, ya me han dicho que no estabas sola. Que parecéis las cuatro amazonas del Apocalipsis. Y ¿no vas a decirme qué te ha dicho?

—Pues parece que van a ayudarnos.

—¿Ayudaros? ¿Cristian y los otros dos pringados?

—Bueno, nosotras los llamamos Los Cristianos.

—Les encantaría el apodo. Son muy de Cristiano Ronaldo. Pero ¿ayudaros? Ese no ayuda ni a un invidente a cruzar la calle a no ser que le dé unos euros, claro.

—Nos han pedido un porcentaje del premio a cambio. Por lo visto, escucharon a unos del barrio de Arriba hablar en la bocatería sobre cuándo canjear algo, que era mejor esperar o algo así. Quizá no se referían a lo nuestro, pero es la única pista sólida que tenemos. No tengo ni la más remota idea de cómo se harían con el décimo, ninguna conocemos a nadie de ahí, pero no estamos para desaprovechar soplos, ¿sabes?

—¿Los de Arriba? Vaya panda. Me puedo imaginar quiénes son, porque hay unos que no salen de la bocatería esa. Normal, con la jama que tienen a todas horas.

Carmen se sienta en el sofá, aunque desde ahí no ve la cara de su hija. Busca un cenicero en la balda de la mesa. Tere termina por levantarse y sentarse a su lado.

—Yo también os puedo dar algo de información sobre ellos. ¿Habría también un porcentaje para mí?

—¿Eres boba? Para ti va a ser casi todo lo mío. Podrás montar una tienda como querías, o lo que te apetezca. Por cierto, hace mucho que no te llaman para ir de dependienta a la de moda infantil.

—Ya…, dicen que ahora está floja la cosa…

—En fin. Todo eso si lo encontramos… Porque, la verdad, ya no sabemos por dónde tirar. Está siendo bastante complicado. Y no dejo de sentirme culpable, porque desapareció aquí, en nuestra casa. ¡Cada vez que lo pienso…!

Cada vez que lo hace empiezan a pesarle los brazos, la espalda, los hombros, como si cargase una mochila con el peso del premio, pero en monedas. Continúa estremeciéndose al imaginar que alguien entró a su hogar estando las dos solas y, lo que es peor, que ni siquiera se enteraron.

—Vale, a ver. Son un grupo grande, no siempre van los mismos. Pero hay tres o cuatro que casi siempre están. El que parece el cabecilla suele ir con gorra; bueno, casi todos llevan gorra, ropa ancha deportiva de marca… más falsa que Judas. Por lo que me ha llegado, no son un grupo que se mueva mucho por la legalidad. Es fácil reconocerlos porque tienen cero estilo, ¿me sigues?

—Creo que me hago una idea. Me parece que los vi en la puerta del gimnasio el otro día cuando íbamos a aquagym. ¿Vosotras cómo los llamáis?

—Pues Los de Arriba. —Carmen asiente convencida al oírlo—. No sé si son mucho de gimnasio, la verdad. El cabecilla es el hijo de la dueña de la imprenta de Arriba. Alguna vez nos han hecho fotocopias ahí para…, para…

—Para chuletas, ya lo supongo.

—Bueno, para lo que sea. Es fácil reconocerlos, van como de chulos.

Esa misma tarde, Las Gamers del Cinquillo ponen rumbo a la zona de Arriba. A echar una ojeada, a otear el ambiente, como si tanta observación les estuviese sirviendo de algo. Mientras caminan lentamente, porque el paseo es largo y empinado (si no, ¿de qué se iba a llamar Arriba?), Dolo está pensativa. Cuando alza la voz, hace una confesión insospechada.

—Soy una drogota.

El «¡¿qué?!» que sueltan las otras tres resuena tan alto que notan cómo un conductor que pasaba a su altura desvía la atención hacia ellas.

—Sí, una yonqui de esas. De las que se quedan tiradas en el suelo pidiendo su dosis.

Carmen ya no sabe qué más puede esperar de esta mujer.

—Punto A, no estás en el suelo. Aunque cada vez andes más cerca de él. Punto B, tus dosis te las receta el médico, no tienes que ir pidiendo nada por ahí.

—¡Si es el médico el que me lo ha dicho!

—Seguro que no has entendido bien —interviene Pili—. Que desde hace un tiempo estás medio dormida todo el rato.

—¡Sí, por eso fui!

—A ver, explícate con claridad —intercede Rosario.

—Llevo días en un estado febril, pero sin fiebre. Como cansada, me cuesta moverme y me duermo sin darme cuenta, pero en otros momentos estoy tan activa que me comería la tierra.

—Se dice el mundo —la corrige Rosario.

—Lo que sea. Ya está la sabelotodo. Pedí una analítica y el médico me ha pedido que deje las drogas. No las que él me da, que esas tengo que seguir tomándolas. Él no sabe, y yo menos, cuáles son las que salen en mi analítica. Las malas, digo. No sé qué pensar. A ver si en un rato os pasáis por mi casa y me ayudáis a mirarlo todo. Vete a saber si no me estarán inyectando algo en la comida. Que la del súper me mira raro.

—Te mira raro porque preguntas cosas sin sentido, pero nos pasaremos por tu casa, no te preocupes. Esta hipótesis de las drogas podría explicar muchas cosas. —Carmen ahoga una risotada. La situación no puede ser más rocambolesca.

Por fin, el pavimento rojo que marca la ruta peatonal da paso a un entorno que les resulta más familiar. Su primera visión de la zona de Arriba está formada por aceras, tiendas de barrio con carteles inamovibles desde hace décadas y algún bar con terraza. No han ido casi nunca porque no lo han necesitado, ya lo tienen todo en su entorno, ¿para qué ir más allá? Rosario había acudido una vez a un podólogo porque se lo habían recomendado, y Carmen recordaba que, cuando era joven, había una buena discoteca por la zona.

No tienen más señas. Esas son todas sus nociones del territorio al que se enfrentan.

Quizá si Cristian les hubiera respondido a los últimos mensajes con una contestación más contundente que el «estamos en ello», habrían esperado un poco más antes de aproximarse a esa zona. Pero Carmen está segura de que podría reconocerlos, si son los que las miraban en el gimnasio.

Avanzan por la calle principal más atentas a hallar las diferencias con su barrio que a encontrar a unos chavales como los descritos por Tere. Perciben que esta zona también está invadida de locales de comida rápida con estilo industrial y de modernos establecimientos de cosmética, café y tecnología reacondicionada. Tampoco faltan las casas de apuestas y las tiendas de CBD. Detienen a Dolo cuando esta ve su promoción favorita de cruasanes en una sucursal de su panadería.

Carmen intenta descubrir alguna imprenta para hacerse una idea de la legalidad del local. No cree que encuentre allí al sujeto, pero no estaría de más tener ubicada a la madre del tipo. Inspirada por las películas, asocia la idea de controlar a los familiares de alguien con lograr su propósito.

Por fin llegan a una plaza donde el ambiente es más juvenil.

El único problema es que están frente a varios grupos con las mismas pintas. Tienen la impresión de que alguna tienda del barrio ha estado liquidando sudaderas, pero solo las vendía si comprabas un par de tallas más de la que te corresponde. Las gorras, sin embargo, las debían vender pequeñas, porque todos las llevan encasquetadas rozando la posibilidad de perder alguna neurona. O sea, alguna neurona más.

Por centrar la atención en alguno, eligen el grupo que está en el centro de la plaza, el más numeroso. Seis gorras en total. Están ahí paradas unos cinco minutos hasta que el grupo se levanta.

Las mujeres se miran y deciden rápidamente. Dolo y Carmen irán tras ellos. Tal vez si Carmen los ve de cerca pueda reconocerlos. Mientras, Rosario y Pili continuarán en la plaza observando cualquier movimiento sospechoso.

Los seis chavales se convierten en siete un par de calles más abajo cuando se sientan en una terraza. Carmen cree que pueden sonarle, pero no quiere confirmarlo al cien por cien. Mierda, se debería haber fijado más en ellos la otra vez. Estaba bastante segura de tener una imagen clara de sus caras, pero ahora se entremezclan todas sus facciones.

—¿Habéis visto a esas viejas que nos siguen? ¿Qué coño querrán? —comenta el más bajito mientras coge una silla de otra mesa para acoplarse al grupo en la terraza.

—He leído que ahora a la gente mayor no les recetan tantos tranquilizantes y se compran droga. —Esto lo dice al que llaman El Harvard. Le gusta su mote, se siente identificado, incluso alguna vez lo ha dejado plasmado con espray (y orgullo) en algún muro. «Jarbar», firma—. La del cardado parece to yonqui.

—Pues fijo. Y seguro que tienen dinero.

—La mayoría de nuestros clientes no tiene dinero, pero podemos preguntarles —comparte otro mientras recuesta su espalda en la pared.

—Dejaos de historias. Creo que una vive en el edificio de tu tía, ¿no, Curro? Y allí, para qué vamos a mentirnos, la gente no tiene pasta.

—Igual no quieren droga y buscan pistas del palo del otro día —argumenta ante la estupefacción de Curro. Cómo pueden ser tan bocazas. El Jarbar no acaba de entender que hay cosas de las que no tiene que hablar.

—¡Basta! —suelta por fin Curro, que se comporta como un cabecilla al uso; todos siguen sus propuestas, nadie duda de sus argumentos—. Ni caso a esas mujeres, ¿vale? Como si no estuvieran.

Si Carmen hubiese tenido que ir a una rueda de reconocimiento, habría apostado por la cara de este último. Pero tampoco lo tiene claro.

El tiempo pasa, Dolo empieza a sentir hambre y no tienen ninguna certeza de que sean los que buscan. Regresan a la plaza con paso lento, han recorrido un largo camino para llegar allí y no están disfrutando del paseo. Las calles se han vuelto anodinas, y toda la esperanza con la que llegaron se ha disuelto.

Rosario y Pili ya no están donde las habían dejado.

Tras dar algunas vueltas sin alejarse demasiado, por fin las encuentran sentadas en un banco, dando forma al tópico: en cualquier plaza que se precie la tercera edad ocupa el mismo espacio que la juventud. Rosario tiene el brazo por encima del hombro de su compañera, como si estuviese infundiéndole ánimos.

—Pili no se encuentra muy bien. Dice que ha visto a un hombre que le ha dado miedo. Un mazado, en sus palabras.

—No iba vestido como los de aquí. Llevaba vaqueros y camisa —indica Pili.

—Eso. Y que nos señalaba y que se ha largado corriendo cuando otro chaval se ha acercado a él. Yo no he visto nada. Creo que está afectada por lo que hizo en la tienda… —termina por explicar Rosario.

—No, no es eso. O sea, lo que he visto sí. Pero no estoy mal por eso.

Y otra vez comienzan a correr lágrimas en sus ojos. Lagrimones, de hecho. Las recién llegadas hacen un pequeño círculo a su alrededor para que se sienta acogida y, de paso, para que no se fijen demasiado en ellas.

—Hay algo que no os he dicho —confiesa Pili entre sollozos—. Cuando os confesé el otro día en la partida que necesitaba el dinero… No era por lo de siempre, todas vivimos ahogadas, es que hay algo más.

Le dan su tiempo para que piense cómo contar lo que quiere contar, lo que le está carcomiendo. Aprovechan para echar otra ojeada, pero el ambiente ha cambiado: ahora hay familias paseando y perros olisqueándose.

—Han estafado a los niños. ¡Por mi culpa! El Manuel júnior ha tenido que volver a casa y todo.

—Pero ¿qué dices? ¿Qué ha pasado? —pregunta Carmen mientras empieza a explicarse muchas cosas, como ese salvajismo, esa actitud tan impropia de su amiga.

—Vi un negocio en internet en el que solo tenías que conseguir que otros se suscribiesen a una página web, era de algo de apartamentos vacacionales. No sonaba raro porque tenías que hacer tu parte del trabajo. Al principio parecía que les iba bien, estaban consiguiendo gente… Hasta que miramos la tarjeta, porque tenías que dar tu tarjeta para que te ingresasen las ganancias, eso decían… Al final les sacaron todo lo que tenían, incluso más. Ahora debemos dinero al banco.

13

Playboy a la venta

A los problemas les encanta complicarse, enredarse, salir de casa siendo uno y volver como tropecientos, con toda una pandi de problemas añadidos. Sí, definitivamente les gusta hacerse amigos de otros problemas mientras van por la calle y regresan todos juntos al lugar del que partieron. Entre ellos se entienden y a ti te ponen la soga al cuello.

Tienen afán por multiplicarse, incluir nuevas diatribas e ir mutando. Como el que al levantarse se da con el pico de la cama. Ya ha sentenciado la jornada porque, irremediablemente, después se dejará el móvil en casa, le bloquearán la salida del garaje, no le funcionará la tarjeta cuando la compra está en el carrito y acabará el día quemando la cena. Los problemas son así. Cuando llegan, se quedan y se amplían. A veces un día entero, a veces una temporada más larga.

Aunque en el caso de Las Gamers del Cinquillo se trata de problemas más serios. Tampoco muchísimo más, si lo miras desde un punto de vista racional. Por el momento, ninguna está en una situación de vida o muerte. Pero el dinero las tiene acorraladas. Maldito dinero.

Ahora, cobren o no el premio, tienen que ayudar económicamente a Pili. Que sí, que se ha metido en la movida ella solita y, lo que es peor, ha arrastrado a sus hijos. Pero si alguna tiene un problema son todas a una. Lo traen escrito en los genes y, gracias a los aprendizajes de su generación, lo refuerzan: a problemas que se ramifican, amigas que se unen.

Por el momento, la primera opción para conseguir que Pili pague sus deudas bancarias es la de encontrar el décimo, su desvelo en los últimos días. No se han planteado poner una fecha tope, ya se la pondrá la situación por sí misma. Están convencidas de que se darán cuenta de cuándo llega el final. Ni idea de qué tipo de final, pero lo reconocerán cuando llegue. Ya llevan en su vida muchos finales a cuestas…

En casos de necesidad, y la frivolidad puede ser muy necesaria, saben que el hecho de no tener dinero no impide gastarlo. Por ello se dirigen al local de decoración de uñas, como lo llama Dolo. La propuesta ha salido de Carmen, que se había percatado de las caras de ilusión de las demás cuando lo mencionó el otro día. A ella no le motiva especialmente, toda su vida las ha llevado sin pintar. Cuando va a UñasNoPezuñas, además de pensar que no se esmeraron con el nombre, solo se hace la manicura francesa. Con eso ya le parece estar bellísima.

A Pili van a invitarla. Por suerte mantienen el irrisorio precio que Rosario consiguió en la primera visita. Todas están de acuerdo en que pueden hacer ese esfuerzo por su amiga. Están de acuerdo en eso y en que les conviene tener un rato distendido y de cuidado personal o autocuidado. Esos son los términos que utiliza Pili porque así los llaman en las redes sociales. Por lo visto, el autocuidado es

una ayuda para mantener la salud mental en orden, y eso les viene de perlas.

Tienen claras sus opciones: Rosario apostará por algún tono pastel y quizá un pequeño dibujo floral muy sutil; Pili se dejará llevar por la manicurista y terminará con alguna locura divertida, como aquella vez en que le pintaron muñequitos de dibujos animados de los que no sabía ni el nombre; y Dolo tardará diez minutos para escoger el rojo de siempre.

Playboy va con ellas. Ya ha tenido que soportar un «ay, qué guapo, si es que me lo como» de Dolo nada más bajar. Él no se hará las uñas. Le durarían muy poco.

Durante el camino se lamentan de cómo se ha estancado su búsqueda. Por mucho que ese momento esté enfocado a evadirse de los problemas, el agobio va por dentro. No tener noticias de Los Cristianos tampoco ayuda.

En realidad definen el punto en el que se encuentran. Sigue siendo el de partida. No avanzan en el tablero de este juego. Debe de estar trucado porque tiran dados, se mueven algunas casillas hacia delante y, cuando están confiadas de que la próxima tirada será por fin la que les traiga un «de oca a oca y tiro porque me toca», acaban en la cárcel o en la calavera.

O pierden un tiempo precioso o vuelven a empezar. No salen de ahí.

Mientras comentan lo sospechosos que eran los chicos de Arriba, a los que Dolo y Carmen habían seguido, Playboy da un tirón y sale corriendo con todas sus fuerzas. No muchas, pero las suficientes para superar los bracitos de Rosario, que permanece quieta agarrándose la muñeca con cara de resignación.

Sí, están un poco hartas de perseguir al conejo cuando ninguna se llama Alicia.

Rosario grita: «Playboy, Playboy». Su voz aguda recuerda más a la de aquellos niños que vendían los periódicos por las calles que a la de una señora en busca de su mascota. De hecho un par de ancianos la miran por si está vendiendo algún ejemplar antiguo de la famosa revista. Están dispuestos a darse el capricho para contemplar extasiados la foto de unas tetas despampanantes. Cuando Rosario se percata de la situación, se gira hacia los hombres y les aclara: «Es mi conejo». Los dos señores abren los ojos como platos.

Inesperadamente Dolo se lanza a perseguir al conejo, que solo es blanco en las patas traseras, mientras oye a Pili decir por detrás: «No sigas al conejo. Eso hizo el de Matrix, y mira qué jaleo».

Playboy se está convirtiendo en un auténtico experto en meterse en la boca del lobo. Dolo lo sigue porque está harta del bicho y no porque le importe. Ella solo quiere llegar cuanto antes a la balda de los esmaltes rojos y darse el caprichazo de elegir. No entiende por qué brindan tantas opciones de dibujos y colores flúor con lo elegantísimas que son las uñas encarnadas.

El animal se ha colado en un local a pie de calle. Dolo no se para a mirar dónde está entrando. Solo ve a un chico bien vestido en la puerta que ofrece una zanahoria al conejo. Este tarda unos segundos en devorar semejante manjar en los brazos del desconocido.

¡Vaya chaquetero el bicho! Cualquier truco vale para atraerlo.

—Tenemos que hablar. Di a tus amigas que pasen.

Eso es todo lo que le dice el joven, que rondará la treintena y va vestido con unos vaqueros ajustados y un polo negro. No identifica

qué es este lugar. Solo ve una puerta tras el chico que sostiene a Playboy. Por un momento se pregunta si esto no será un delirio de drogata.

Dolo está cansada de tantos sobresaltos. Ella solo pretendía rescatar al conejo y seguir su camino. Sin embargo, tiene la sensación de que quizá esto es un paso para bien, por mucho que la experiencia le esté demostrando que esta vida no es para ellas. Que lo bueno solo les sucede a otros.

—Un tipo ha cazado a Playboy. Solo le ha hecho falta una zanahoria. —En este momento, la cara de Rosario es un poema—. Que está bien, no le han hecho nada. Está ahí en los brazos de un chico que me ha dicho que os mande pasar.

—Pero ¿quién es? —pregunta Carmen.

—Estamos conociendo a tantos chiquillos que yo ya no distingo quién es quién. ¿Y si es de los de ayer y quiere darnos el décimo? ¡Yo qué sé!

Terminan siguiéndola. ¿Qué van a hacer? ¿Ir a ponerse las uñas monísimas cuando la solución a su problema podría estar a un paso? Además, ¿quién explicaría a Rosario que prefieren continuar su camino y abandonar a su mascota?

Quizá la mejor opción sería olvidarse de todo y seguir adelante. Sinceramente, la búsqueda ya cansa y comienza a haber demasiados jugadores en la partida. Les salen chavales desconocidos casi en cada esquina.

Al entrar al local, ninguna sabe a ciencia cierta dónde están. Hay decenas de sofás ubicados por todo el espacio en torno a mesas bajas. Las paredes están pintadas de colores chillones. Hay un área en rojo y otra en verde; todo parece desgastado. Es como un salón

a gran escala, con un televisor que emite en silencio videoclips de bailarinas con melenas kilométricas y tops metalizados. Reconocen una larga barra. Cuando la observan con detenimiento, ven tras ella una vitrina con un notable surtido de cachimbas. Empiezan a ubicar de dónde procede el tono dulzón que inunda el ambiente.

En uno de los sofás está el joven de la puerta, Carlos, con Playboy en el regazo. El conejo se deja acariciar, ni siquiera mira a su dueña. Ella toma nota mental de no volver a sacarlo a la calle hasta que finalice este asunto. ¿Y si ahora le dicen que esto es un secuestro y exigen un rescate? A los problemas les gusta juntarse con más problemas.

—A este no lo hemos visto en la vida, ¿no? —pregunta Carmen, también desorientada de tanta cara nueva.

Recibe unos gestos negativos por respuesta. Mientras avanzan hasta su posición, aparecen en escena otros dos.

A esos sí los reconocen.

Son los de la tienda de nutrición deportiva, de los que se percataron por primera vez en el casino. Jaime y el hombre sin cicatriz las saludan cordialmente y las invitan a sentarse.

«Vaya diversificación de negocios estos chicos», piensa Carmen, que, al percibir su actitud, da por hecho que son los dueños de este local. Eso sí, por mucha barra que tenga, no entrará en su lista de bares favoritos.

Las mujeres toman asiento todas en el mismo sofá, apelotonadas. Mueven un poco los culos para acomodarse. Frente a ellas, los tres hombres, musculados y repeinados. Aunque las apariencias sean muy distintas a las de Los de Arriba, en su fuero interno las mujeres barajan la posibilidad de que estos sean quienes tienen su décimo.

Fabulan a la velocidad de la luz: tal vez ellos estén acorralados, las hayan secuestrado, por medio del conejo, y su intención sea darles una buena noticia. O que también quieran pedirles algo a cambio.

Ninguna de ellas está dispuesta a perder las esperanzas.

—Ante todo, haremos la vista gorda con lo que pasó el otro día en la inauguración —dice el que parece el cabecilla y que efectivamente no tiene ninguna cicatriz—. Aquí mi amigo Jaime, el principal afectado, ha decidido no tomar cartas en el asunto. Ha insistido en ello, en que fue un accidente, y yo le apoyo. En realidad estáis aquí por algo más importante.

«Que sea el décimo, por favor; que sea de una puta vez el décimo», piensa Carmen.

—¿Tenéis nuestro décimo? —verbaliza Pili.

Los tres hombres se miran con curiosidad. Cada vez que creen tenerlo todo controlado con estas mujeres, surge un nuevo giro. Les resultan tan difíciles de predecir como un pleno al quince.

—Creo que no nos estamos entendiendo. Nosotros no tenemos nada vuestro, sois vosotras las que tenéis algo nuestro.

—¿Algo vuestro? Qué coño vamos a tener algo vuestro —espeta Carmen.

—Lo que cogisteis la otra noche. No me pongáis en la tesitura de tener que decirlo en voz alta. Lo sabéis de sobra.

—Pero ¿qué dice este? —pregunta Carmen a sus compañeras de sofá.

—Os voy a aclarar una cosita —interviene Carlos—. El valor de lo que tenéis es alto. Muy alto.

—Este tío está tonto —susurra Dolo—. Es alto el valor de lo que no tenemos.

—La he oído perfectamente, señora. ¿Quiere decir que ya no lo tienen?

—Lo primero, no me diga señora. De hecho, os podíais haber presentado como Dios manda. —Dolo se va encabritando mientras habla—. Lo segundo, no tenemos nada. Dale la vaca al trigo.

—De acuerdo, mi nombre es Carlos; a Jaime ya lo conocéis, y él es Lorenzo. —Las mujeres ponen cara de desilusión porque esperaban un nombre mucho más rudo para un hombre así—. Y no es vaca, es burro.

—¿Quién? —pregunta Dolo despistada. Playboy, mientras tanto, duerme tan tranquilo en los brazos de su captor.

—No cambiemos de tema. Simplemente estáis aquí para devolvernos lo que nos quitasteis. Decidid vosotras dónde nos vemos mañana y nos hacéis la entrega. Os aseguramos que no pasará nada. Solo queremos lo nuestro. Sin revanchas.

—Pero ¡que no sabemos qué es lo vuestro! —A Pili le están cansando esas cabezas huecas que no son capaces de entender que ellas no tienen nada suyo—. Sois vosotros los que estáis hasta en la sopa.

—No es así. Si no, ¿por qué demonios entrasteis a liarla a nuestro local? Aunque, a decir verdad, no sospechamos que, encima de quitárnoslo, fueseis tan osadas. Intuíamos que, para vosotras, veinte mil euros era mucho dinero y dábamos por hecho que ibais a ser más cautelosas. —Carlos se ahorra las palabras con las que iba a terminar la frase: «teniendo en cuenta vuestra edad».

—Entramos porque nos seguía el Aurelio —dice Pili—. Y ni tenemos veinte mil euros ni los hemos visto en la vida.

—Lo cierto es que nos está mosqueando vuestra negativa.

Mientras Lorenzo pronuncia estas palabras, con un tono amenazador, se levanta y se acerca a ellas. Se sienta en el brazo izquierdo del sofá que ocupan. Intenta reprimir su habitual actitud provocadora, pero no se le da muy bien. Las mujeres dan un saltito al unísono hacia la derecha. Rosario, que ocupa la última posición, acaba en el suelo con un golpe nada estridente. Después del golpe, se lleva la mano a la muñeca.

Por fin, Playboy se comporta como una mascota decente. Salta al suelo al ver a su dueña en una posición poco ventajosa. Esta lo coge, se pone de pie y se dirige a la puerta. Bastante ha tenido ya.

Las demás se levantan con sigilo. Están bastante seguras de que la conversación no va a ser tan amistosa si huyen despavoridas. Efectivamente, Jaime y Carlos también se levantan y se ponen delante de ellas en posición de barrera, aunque no estén sobre un césped ni vaya a haber ningún tiro libre.

—Dejadlas marchar —ordena Lorenzo sin desocupar su posición en la esquina del sofá—. Creo que lo han entendido. Tienen esta semana para devolvérnoslo y, si no, habrá consecuencias.

Los dos hombres se apartan para dejarlas salir. No lo hacen con caras amigables, pero a ellas ya poco les importa. No dan crédito. ¿Cuántos matones de tres al cuarto hay en la zona y por qué les tocan todos a ellas?

Desconocen qué es lo que les reclaman, pero ahora mismo están buscando diecisiete millones de euros, por lo que veinte mil euros les parece un juego de niños.

Carmen propone hacer los planes que tenían en mente: las uñas y un paseo después. Pero no cuenta con ningún apoyo. Rosario está convencida de que a Playboy acaban de crearle un trauma, aunque

el conejo, que ya camina atado, no muestra ningún síntoma de retraimiento. Pili y Dolo continúan espantadas y echan de menos sus respectivos sofás y alguna bebida caliente.

No tener ni la más remota idea de qué deben devolver en una semana no es un punto a su favor. Si al menos tuviesen la baza de saber qué es lo que les exigen, valorarían opciones e indagarían cuál es el mejor camino que deberían seguir. Sin embargo, una cortina de dudas les oculta la realidad y, con ello, la posibilidad de elección, una de las bondades de la vida que menos valoramos.

Tampoco ayuda el haber preguntado a estos tipos en dos ocasiones y de forma directa si tienen su décimo y solo haber recibido negativas.

Qué cansadas están de tanta mierda, de conversaciones con gente que no les interesa porque no tienen ninguna información valiosa que aportar. Qué hartas de tan poco avance. Entienden que lo que está en juego son diecisiete millones, pero andan todo el día para arriba y para abajo sin soluciones. Eso es demasiado para cualquiera.

—Qué gente más rara estamos conociendo últimamente. De verdad. Hay cada joyita suelta… —dice Rosario.

—Estos seguro que tienen el décimo. Algo ocultan —comenta Pili —. Iban como de modositos, pero ¡nos estaban amenazando!

—Pili —interviene Carmen—, vale ya. Crees que cualquiera con el que nos topamos tiene el décimo. Desconfías de todos. Se nota que no te has movido por sitios llenos de esta calaña. En ciertos lugares estos serían los buenos. Si tuvieran el boleto y quisieran negociar, nos lo dirían como han hecho los otros. No van a andarse por las ramas. Lo más probable es que quienes lo tengan, si lo piensan

canjear, no nos digan nada. Quizá hasta hayan callado a Cristian con pasta y por eso no aporta nada nuevo. Ahora el verdadero misterio es averiguar qué coño creen estos que tenemos nosotras.

—Di lo que quieras, pero estoy segura de que estos lo tienen y están tanteando el terreno —responde Pili—. Tenemos que robárselo.

—Eso. Y cantarles las cuarenta por este mal rato —concluye Dolo.

14

Organizando el pastillero

—Pero ¿qué les pasa a esas señoras?

Lorenzo dispara las palabras muy separadas las unas de las otras. Qué. Les. Pasa. A. Esas. Señoras.

Lleva repitiendo esas sílabas en bucle desde que se han largado de su local de cachimbas. No lo dice con enfado, sino con absoluta incredulidad. Es incapaz de entender por qué esas cuatro viejas, que se habían interpuesto de un día para otro en sus negocios, actúan de una forma tan inconexa.

«Joder, son ellas las que se lo llevaron y ellas tienen que devolverlo», se repite para sus adentros.

Carlos y Jaime se sientan de nuevo en el sofá con unos batidos proteicos que han sacado de la nevera. Se distingue perfectamente el logo de su tienda y, aunque no hay nadie en el local todavía, lo lucen tanto como es posible.

Entre trago y trago miran a Lorenzo, que de alguna forma logra salir de su bucle.

—Quizá lo cogieron por descuido —interviene Jaime tratando de desviar el curso que está tomando la conversación.

—Me da igual. Aun así, es imposible que no sepan que lo tienen. —Mientras dice esto, Lorenzo se levanta del brazo del sofá y anda en círculos—. Y esa actitud de impunidad… Lo nuestro es nuestro y estamos hablando de mucha pasta, joder. ¿Se creen que por ser mayores las vamos a tratar diferente? Que no se cortan, ni la malhablada ni la Carmen Sevilla.

—¡En paz descanse!

—¡Que me refiero a la del cardado! Está loquísima. Todas lo están. Lo de que se pierden los filtros con la edad me lo creo, ¿eh?

—Pero lo cierto es que en todo el tiempo que hemos dedicado a seguirlas, no hemos visto nada que nos haga sospechar que ellas lo tienen. —Carlos intenta ser razonable.

—Joder, Carlos. Ayer cuando las seguiste, ¿seguro que no viste nada? —Lorenzo ya ha formulado esta pregunta en varias ocasiones —. Te mandé a ti porque no te tenían fichado. Supuestamente contigo no habían coincidido, pero ahora no sé si sirves para esto.

—Que no, hostias. Arriba, ellas parecían estar siguiendo a otra peña. Es lo que me dijo Raúl, pero después se calentó y acabó montándome el pollo porque le había salido mal el lote del otro día. Tuve que pirarme.

—No se puede contar con vosotros, de verdad os lo digo. —Lorenzo gira sobre sí mismo en círculos cada vez más grandes—. Jaime, tú tampoco me estás sirviendo de nada. Te lanzas a meter a la abuelita a la trastienda para sacarle información y se acaba liando pardísima. Por mí, les hubiese añadido a lo que nos deben los desperfectos de la tienda.

—No fue para tanto, solo un bote y de los menos valiosos. Mejor no dar bombo a eso, ¿no?

—Si tú lo quieres así, no hay problema. Pero tenemos que conseguir lo otro.

Las Gamers del Cinquillo pasan la tarde del viernes en plan solitario, no han vuelto a hablar de lo ocurrido. De hecho no han vuelto a hablar de nada.

¿El tiempo de reposo les podía servir para idear nuevos planes? Puede ser, pero lo que de verdad necesitaban era un poco de descanso, un poco de sofá y desconexión. Y eso que desconocían lo que se les venía en unas horas…

A lo largo de la mañana, Dolo ha cogido y colgado el teléfono fijo más de diez. En varias de ellas ha llegado a marcar el número de la policía, pero ha colgado al primer tono. Sabe que no es el acuerdo al que han llegado, van a resolverlo solas. Pero ¿van a resolverlo?

Lo que la echa para atrás de hacer esa llamada es tener que explicárselo a las demás y, bueno, el hecho de ser una drogota. Sin premeditación, se está metiendo en la piel de los adictos. Le consta que esos no llaman a la policía. De hecho, se alejan lo máximo posible de la autoridad.

Pero, jopé, ayer sí que se había asustado. Cuando esos tipos les bloquearon la salida, temió por su integridad. Podían haberlas encerrado allí y hacer con ellas lo que quisieran. ¿Y quién se iba a preocupar por ella? ¿El cantamañanas de su hijo que lleva más de un mes sin ir a verla? ¿El nieto que había heredado toda la despreocupación de su padre? Nadie se interesaría por ella.

Al menos en un tiempo.

No es la primera vez que le produce angustia pensar que, si le pasa algo, nadie se dará cuenta, excepto sus amigas. Ellas lo detectarían enseguida. Pero ¿si desaparecen todas a la vez? Quizá Tere o la familia de Pili se moverían. Se pone triste al pensar que el que encontrasen su cadáver depende de las familias de los demás.

Si profundiza en sus pensamientos más lógicos, sabe que no debe ir por libre. Esta no es la situación idónea para ser el verso suelto. Además, corroborar que su vida depende de sus amigas, o de las familias de estas, le confirma que no debe hacer ninguna jugada en solitario. Sigue asustada. Aunque hoy ya se ha tomado dos ansiolíticos, de los suavecitos según el doctor. Continúa de los nervios.

Ahora espera a que lleguen las otras tres para intentar encontrar el lugar por donde le están colando esas drogas de las que habló el médico. Después irán directas a la segunda vuelta del torneo de tute, aunque ella no tenga ya nada que jugar. Tiene Telecinco en el televisor, pero ya no conoce a nadie, ni a los que presentan ni a los que hablan. ¿De dónde salen tantos nuevos famosos?

Se entretiene descifrando de qué reality o lío amoroso ha salido cada uno. La vida parece avanzar más rápido de lo que ella puede seguirla. No le suenan de nada las nuevas caras televisivas y los nuevos rostros que se encuentran por el barrio le son totalmente desconocidos. Lejos quedaron los tiempos en los que su hijo era pequeño y conocía a medio barrio entre los del colegio, los de las extraescolares y los del fútbol. ¿En qué momento perdió la pista de quién era hijo de quién?

Justo cuando van a hablar de la Pantoja suena la puerta. Llegan todas a la vez y su primera parada es la cocina. Podría ser un buen lugar para comenzar la búsqueda, pero a lo que van es a servirse unos cafés. No conocen a nadie más que siga haciendo café de puchero y, cuando van a esa casa a echar la partida, es su gran placer.

Además, les vendrá bien la cafeína para poner la casa patas arriba, que es lo que pretenden. No hace tanto que la propia Dolo levantó todo lo levantable, buscando el décimo, por lo que intuyen que, si realmente hay algún tipo de droga en la casa, cosa de la que dudan bastante, estará visible.

—Antes de empezar, ¿tú tienes idea de qué puede ser? —Pili sopla su taza mientras habla.

—Ninguna. Supongo que la comida, ¿dónde si no me lo van a inyectar?

—A ver, que no tienen por qué inyectártelo —aclara Carmen—. Puedes estar ingiriéndolo de muchas formas.

De repente, Rosario deja la taza en la mesa con un sonoro golpe al que le sigue otro en forma de palmada.

—Date, creo que lo sé.

—Pues sí que es rápida esta mujer resolviendo misterios. Ya podías haber dado así de fácil con el décimo —le reprocha Dolo.

—Estamos de acuerdo en que nadie te inyecta nada. Sería algo muy complicado y tú serías su objetivo. Por mucho que la líes, no creo que tengas enemigos a ese nivel. Por lo tanto, solo hay una solución posible…

—Ya está aquí la Jessica Fletcher, ¿nos tendrás también una hora dándonos pistas o nos dirás de una vez lo que tienes en la cabeza?

—A Pili lo de los misterios no le va demasiado.

—Si no se lo inyectan, debe tener forma de polvo o de pastilla. No hay muchos lugares aquí —Rosario señala la diminuta cocina— para esconder algo en polvo. Podrían haberlo echado en la sal o en el azúcar. Pero, si eso te sabe raro, lo vas a identificar enseguida. —Observa cómo Dolo pone cara de sorpresa—. Todas sabemos que metes el dedo en el tarro de azúcar de vez en cuando. No te escondas.

Dolo está expectante. Por el momento, todo tiene cierta lógica. Aunque no lo diga en alto, si hubiese cambiado el sabor de la sal o el azúcar se habría dado cuenta cuando se chupa los dedos. Pili, sin embargo, se está cansando de tanta vuelta, de tanto recrearse en la investigación. Aun así, Rosario continúa a su ritmo.

—Por lo que solo nos quedan las pastillas. Y de esas tienes muchas, ¿no? No tengo muy claro cómo te lo han podido colar en ellas, pero quizá alguien te dio el cambiazo en la farmacia, aunque mucha más gente estaría afectada…, o cogiste alguna pensando que era tuya… Espera, espera, espera. ¿Y si…? No puede ser.

De verdad, Pili no puede más y Carmen se está cansando también. Ya han apurado sus cafés y el cuerpo les pide acción, no ser oyentes de un audiolibro de detectives.

Por su parte, Dolo se aproxima a Rosario poco a poco para oírla mejor, como atraída por la flauta de Hamelín.

—Trae ahora mismo tu pastillero.

Dolo se queda bloqueada durante un momento un poco largo para la expectación que se está respirando en esa cocina. Bastante largo.

Nadie se atreve a decirle nada porque casi ven cómo los engranajes de su cerebro se mueven a toda velocidad. Lo que no

distinguen es la pregunta que se está haciendo: «¿Dónde diantres está el pastillero ahora?».

Nunca ha sido demasiado cuidadosa con él y de tanto utilizarlo lo mueve por toda la casa casi más de lo que se mueve ella. Desde que el otro día lo sacó del armario y lo dejó en el cajón de la mesilla no lo ha vuelto a mover. O eso cree. De ahí ha sacado los ansiolíticos de esta mañana. Pero también está bastante segura de que las pastillas de la noche anterior las cogió del pastillero, que estaba en la balda del baño.

Cavila. Está muy claro que sus neuronas van a mil, aunque su gesto no cambie. Sus amigas no suelen percibir esa actividad cerebral en ella. Solo se concentra así cuando calcula cuántas cartas faltan para encajar alguna en el cinquillo.

Finalmente Dolo sale de la cocina y, al regresar, tiene la respuesta en sus manos. En sus dos manos. Porque en cada una porta un pastillero.

A la vista son idénticos, de esos para organizar todas las pastillas del mes: siete columnas, una por día, y cuatro filas, una por semana. Estos utensilios se pensaron para facilitar la toma de medicamentos y que la memoria no tenga que trabajar demasiado, aunque Dolo se toma las pastillas un poco al azar. Ambos son de plástico con fondo rojo y cierran con una cubierta transparente.

—Mierda. —Todas miran a Rosario cuando dice esto. Nunca habla mal—. ¡Dios mío! ¡Es el del casino! ¡El que te di pensando que era el tuyo!

¿Dolo se había dado a la droga por su culpa? Era demasiado para ella. Aunque, a modo de disculpa, eran idénticos. ¿Cómo podría haber sabido que no era el suyo?

—Pues ahora que lo dices… ¡Juraría que ese día no lo había llevado!

Dolo tan oportuna como siempre. Es muy tarde para buscar una lógica a todo este asunto.

Los dos pastilleros están sobre la mesa. Todas han dado un paso atrás, como si lo que contuviesen fuera un virus mortal. Carmen avanza y los abre. Coge algunas pastillas e intenta recordar en qué hueco estaban. Dolo no hace ni caso al orden que debería seguir a rajatabla.

Ya de primeras ve las diferencias. En uno de ellos las pastillas parecen las normales para una mujer de su edad. De hecho, reconoce el omeprazol y algún analgésico. En el otro, las pastillas son mucho más divertidas.

Algunas mantienen colores neutrales, pero la mayoría son un puro arcoíris. Las hay naranjas, amarillas, verdes, púrpura… ¿De verdad Dolo no se ha percatado de la diferencia? Cuando Carmen se detiene a observar las más coloridas, se fija en que hay dibujados en ellas diferentes símbolos: estrellas, rayos, soles…

—¿De verdad no notas la diferencia? ¿De verdad? ¿Cómo coño seleccionas la que te toca tomar?

—Pues no sé. —Dolo está bloqueada—. Como no siempre me tomo las que tocan en el día, suelo organizarlas por tipo: las de la primera fila sirven para los dolores; las de la segunda, para calmarme…

—En serio. No hay por dónde cogerte. ¿Y para eso tienes un maldito pastillero?

—Me lo regaló el niño. Pensé que de alguna forma sería útil.

—Vamos a lo importante —interviene Pili—. ¿Cuáles has tomado hoy?

—Ahora no sé cuál era el que estaba en el baño y cuál el otro… —Dolo lo dice como una niña pequeña a la que están echando la bronca por haber dado un trago al vino a escondidas de sus padres.

Sin decir nada más, Pili busca en el móvil qué tipo de droga puede haberse tomado su amiga. Lo que encuentra es demasiado técnico y no hay ningún tipo de prueba que pueda hacerse en casa para determinarlo. Ninguna que no sea tomarlas y ver sus efectos. Y a eso sí que no está dispuesta.

—¡A urgencias! ¡Ya!

A duras penas consiguen sacar a Dolo de su bloqueo mental. No deja de pensar en lo tonta que se siente. ¿Por qué siempre es ella la que cae en los asuntos más estúpidos? Ya desde el colegio le decían que carecía de capacidad de atención y, sin embargo, esas palabras hacia ella las recordaba a la perfección por muchas décadas que hubiesen pasado.

Consiguen llevarla a su rudimentario vestidor y le escogen un vestido de lunares blancos por ser el que está más a mano. Mientras Dolo se cambia, Rosario llama al taxista de toda la vida para que las espere en el portal.

Una vez en el hospital no saben cómo explicar la situación. Están atando cabos y suponen que ese pastillero es el que quieren Los sin Cicatriz. Pero ¿cómo explicar eso?

En cuanto entran, comentan a la mujer del mostrador que su amiga ha ingerido algo tóxico. Son las palabras escogidas por Rosario para que quede claro que no se lo ha pinchado o similar. La mujer se muestra colaborativa y les pregunta si saben qué es lo que

ha tomado. Tras varias miradas de desconcierto, Carmen suelta: «Droga, ha ingerido droga».

La pasan enseguida con los doctores y piden a sus amigas que se mantengan en la sala de espera.

—¡Lavado de estómago al cante! —exclama Carmen, que lo último que esperaba esta mañana al salir de casa era vivir toda esta aventura.

—Esta mujer no para de sorprendernos —dice Rosario—. Si os soy sincera, al principio no la creía. ¿Cómo iba a estar tomando droga? Y por nada del mundo hubiese supuesto que, de verdad, nosotras teníamos algo de Los Sin Cicatriz.

—Aquí pone —comenta Pili sin quitar la vista del móvil— que un lavado de estómago dura cuarenta y cinco minutos, pero que pueden hacer falta varios.

Se quedan en silencio porque es muy difícil escoger de qué hablar. Están bastante seguras de que no será muy grave. Si lleva días tomándolas, y solo ha tenido episodios de cansancio y de euforia, es probable que las tolere bien. Además, Dolo es fuerte y quizá tantos años de medicación le han generado una tolerancia extrema. Pero nunca hay que dar nada por sentado, y menos en lo que respecta a la salud de una mujer que se acerca peligrosamente a los ochenta.

Van pasando los minutos y siguen sin noticias. Por fin sale una enfermera y les confirma que todo va bien y que está respondiendo adecuadamente al lavado de estómago. Solo en ese momento se relajan un poco.

Carmen se acerca a la máquina de venta automática y compra una bolsa de presuntas patatas. Está tentada de salir a fumar, pero no lo ve conveniente. Puede esperar un poco.

—¿Queréis? —Acerca la bolsa abierta a sus amigas.

—¿Qué es eso? Son moradas.

—Ahí pone fruta deshidratada —indica Rosario.

—Bueno, pues más sanas serán —se autoconvence Carmen mientras toma asiento. Por dentro, sigue lamentando que no sean patatas.

—Ay, la cabrona de Dolo se ha tragado muchísimos euros. —Pili no deja de pensar en dinero—. Seguro que se ha comido unos cientos. Podríamos haber vendido las drogas y nos hubiéramos llevado un pico…

—No sabemos cuántas había —dice Rosario atreviéndose a probar una frutita de la bolsa—. Es imposible calcular cuánto dinero se ha tragado. Cuando lo encontré en el casino, me pareció que estaba hasta los topes, pero soy incapaz de recordarlo con exactitud. ¿Cómo vamos a explicar a los chicos de ayer que no tenemos todo su… material?

—Muy bien, sí, material —se burla Carmen—. Encima vamos a tener que pagarle la droga. Y no la ha disfrutado, que es casi lo peor.

El tiempo pasa y Carmen sale a fumar un par de veces. Ha tenido que silenciar las insistentes llamadas de Tere («Si no está aquí en el hospital, no es importante», piensa) y para colmo se ha enganchado a la fruta deshidratada, tanto que Pili le ha ayudado a buscar recetas de cómo hacerla en casa. Al cabo de un par de horas, ven aparecer a Dolo por el umbral de la sala de espera.

Se levantan rápido para abrazarla, pero se cortan al ver que emite unos pequeños gruñidos de queja en cuanto la tocan.

—Me duele todo. Ni sé qué me han hecho, pero me han comentado que puedo irme a casa. Tengo que estar unos días en reposo. Creen que no me ha afectado a ningún órgano. Parece que mi hígado funciona bien.

«Será lo único», piensa Pili, aunque no se atreve a decirlo en alto.

—Y que este ha hecho su labor de depuración.

—Nos alegramos mucho, Dolo. —Eso sí que lo dice en voz alta y con toda sinceridad—. ¿Has preguntado ya lo de si tienen aquí una tarjeta de fidelización? Porque te vas a convertir en la clienta del año.

—No, no he caído. —Dolo no tiene la cabeza para entender la ironía—. Ay, pero es verdad que cuando no es una cosa es otra. Dentro me he encontrado a un par de las habituales y me han estado dando cháchara hasta que me han atendido.

—¡Podías haber intentado venderles las drogas que tenemos! La gente está dispuesta a pagar por esas cosas. Seguro que aquí hay muchos a los que ya no les hace ningún efecto lo que les recetan. —Pili se sorprende al oírse. Va a ser verdad que todo se pega, porque está hablando como una criminal.

—Pero ¡si ni sabemos lo que tenemos! —dice Carmen, más por cerrar el tema que porque tenga intención de venderlo.

—Pues lo probamos. Mira todo lo que se ha debido tomar Dolo y aquí está. Sana y salva. —Pili ha seguido leyendo los efectos en su móvil y, para qué mentir, algunos no suenan nada mal: un poco de desconexión del mundo le vendría de perlas.

—Dejaos de historias. Venga, vamos a llevarla a casa. —Rosario consigue que se muevan—. Porque al torneo ya he asumido que no llegamos.

15

Una del Oeste

Han dejado a Dolo en casa. Como era de esperar, ella solo quiere estar tirada en el sofá para tragarse la telenovela de turno. Una tras otra. Se permite incluso dar alguna cabezada, por mucho que se lo tenga prohibido para no perderse ni un detalle. Agradece en el alma que actualmente existan tantos canales con telenovelas a todas horas. Pensar en la vida de los otros es más fácil que darle vueltas a tu propia existencia.

Las sigue con asiduidad, aunque a veces se le olvida el canal en el que está su favorita y se traga otra que echan a la misma hora en otra cadena. No le importa mucho: aunque parezca que pasan cosas todo el rato, y que cada capítulo es una constante de enredos, se las apaña para seguir el hilo con relativa facilidad. Incluso a veces piensa que los giros que suceden en una se resuelven en otra.

La mala hace maldades y la joven enamorada sufre porque su relación de ensueño parece irse a pique. Para Dolo solo cambia a qué se dedican las familias multimillonarias que dan vida a los malos y el número de hermanos de los protagonistas. Eso no le hace perder el interés. Si se esfuerza por seguir la misma es porque luego

Carmen quiere comentar con ella detalles de la trama y a veces no sabe ni de cuál le habla.

Por el momento, no tiene que preocuparse ni de ir a la compra. Pili se ha ofrecido a hacerle algunos recados, cosas básicas, para que no tenga motivos para salir en los próximos días y, de ser posible, serán cosas que no haya que cocinar. O las cocinará la propia Pili, eso ha creído, o querido, entender.

Y esta afirmación no se le olvidará. Por un lado, porque agradece muchísimo que estén dispuestas a tanto por ella. Por otro, porque ahora mismo desconfía de todo lo que ingiere y le vendrá bastante bien contar con un probador de venenos, de esos que salían en las series cuando se estilaba la temática medieval.

Rosario y Carmen van hacia el Estrella a sabiendas de que no llegarán a tiempo para la segunda vuelta del torneo, pero nada se pierde por intentarlo; que se lo digan a Carmen y su lucha denodada por sacar adelante la tarta red velvet, aunque la experiencia le haya demostrado que es totalmente imposible que le salga bien. Y no tanto por el sabor, que rica le sale, sino por la apariencia de armatoste, que no logra corregirla.

Nada más entrar al Estrella ya pueden sentir, casi oler —en esto tienen el instinto forjado—, que las partidas están a punto de acabar. En la mesa vacía hay un cartelito que indica que han dado por ganadores a sus contrincantes. La realidad les dicta que solo tienen fuerzas para tomarse algo, y no para ir contando cartas y leer gestos ajenos.

Por lo tanto no les duele demasiado la situación. Todavía sienten la adrenalina a tope tras pasar la mañana en el hospital y descubrir que están en posesión de un buen alijo de pastillas.

En otra ocasión hubiesen estado días afectadas por no jugar, por no haberse retado, por no haberse puesto a prueba. Ahora relativizan todo mucho más: lo importante es lo importante.

Aunque tampoco van a perder la ocasión de tomarse algo mientras ven finalizar las otras dos partidas. Siempre es interesante ver jugar a los que pueden ser tus adversarios más adelante. Esa es una premisa que no van a abandonar.

Con una cerveza en la mano de Carmen y un vino en la de Rosario, se acomodan a unos pasos de la mesa que más seguidores tiene. Sin duda, están ante la partida más reñida.

Se ubican en la última fila, tras los parroquianos habituales. Algunos de los que las felicitaron por su victoria las miran con sorpresa. Se siente la tensión en el ambiente, porque efectivamente la cosa está reñida.

De repente Rosario siente un codazo fortísimo en las costillas. Tan fuerte que derrama un poco de vino. Influye que su muñeca no está al cien por cien desde el tirón de Playboy y su caída en el local de cachimbas. Se gira asustada hacia Carmen, quien le pide disculpas con un gesto, por no haber controlado su fuerza, mientras le indica que mire hacia la entrada de la cafetería.

Una mujer rubia de melena larga, que es la viva imagen de Charo, acaba de entrar y se acerca a la barra. Tiene un aspecto bohemio con una larga falda de gasa y muchos más collares de los que parece que ese cuello fino podría soportar. Carmen avanza hacia ella sin pensárselo demasiado.

—Elena, cariño, ¿qué tal? ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Ay, Carmen, ¿qué tal todo? —Se acerca a darle dos besos y un abrazo a Rosario, lo que le desata de nuevo cierto dolor de costillas —. Pues todo bien, he venido unos días porque necesitaba salir del pueblo, ya sabes.

—Sí, se tiene que echar de menos un poco de vidilla, ¿no? Al final el barrio es el barrio. Nosotras aquí andamos, como siempre. —Carmen acentúa ese «como siempre».

—Sí, a veces tanta calma apabulla. Ya veo que seguís con vuestras costumbres, siempre cerca de una baraja de cartas. Me alegro.

—Ya me dijeron que tu madre ha estado también unos días por aquí. Una pena no haberla visto. ¿Cómo anda Charo?

—Pues bien. De hecho, se ha adaptado tanto al entorno natural que está casi en modo asceta. Dedica algo de tiempo a acciones sociales, pero sobre todo le ha dado por el yoga y por el minimalismo. Jamás pensé que podría tener ese desapego a lo material; se ha convencido de vivir con lo mínimo, y, ya sabéis, no hay quien la saque de sus ideas.

—Nos lo podemos imaginar. —Carmen lanza una sonrisa un tanto forzada—. Bueno, niña, pues encantadas de verte. Dale recuerdos y un abrazo.

Se despiden con sonoros besos y Carmen no puede esperar a llegar a la mesa para dar rienda suelta a su vena maruja.

—Se ve bien. Está monísima. Quién lo iba a decir cuando era pequeña, que parecía una espiga.

—Carmen, no está bien hablar del físico de la gente, aunque sea para decir que ha mejorado. La chiquilla no tiene la culpa de haber sido esmirriada.

—Cierto, perdona. Es que la he visto muy bien.

Rosario sabe perfectamente que Carmen se está guardando algo en el tintero. Que quiere decir algo más, pero no se atreve. Y eso que cortarse no está entre sus acciones favoritas.

—¿Y?

—Pues es que te juro que llegué a sospechar de ella… De Charo. No de la niña. Justo estaba aquí esos días, cuando desapareció el euromillón, y siempre ha sido una pesetera. Ya sé que te llevas muy bien con ella, Rosario. Pero yo te soy sincera, no pude evitar dudar de ella, pero no os lo podía decir porque ¡la adoráis!

—¿Charo? ¿Llevarse el décimo? Pero ¡si ni se acordaba de los números que jugábamos cuando tenía que ir a comprarlos ella! Y no porque el dinero no le interesase. Está bastante en la línea ser una pesetera y escoger un estilo de vida en el que el consumo no sea primordial.

—Le pega, sí. Yo no podría vivir así. Perdida en el campo, viendo las mismas cabras todos los días. Levantarme pensando que lo primero que voy a hacer son estiramientos, me llevaría directa de vuelta a la cama.

—Me lo puedo suponer. Para una temporada está bien, pero alejarse de todo para siempre me resulta inviable.

Apuran sus bebidas sin decirse nada más. El día les ha dejado demasiados temas en el tintero como para elegir a cuál dar prioridad. El silencio es bien recibido.

Para Pili las calles tienen color a cansancio. Y huelen a cansancio, incluso diría que el viento que siente en la cara tiene tacto de

cansancio. Pero por Dolo lo que sea, la pobre, si es que ya no está para tanto trote. Si no hubiese ido al casino, no habría acabado en estas. Aunque, a decir verdad, no le quedan tantos años para llegar a la edad de Dolo, y a ella no le gustaría que la coartasen los movimientos. Qué coño, que Dolo vaya donde quiera. Ya están ellas para ayudarla si lo necesita.

Camina hacia el supermercado con un poco de prisa esperando que no lo cierren. Si no, tendrá que ir al veinticuatro horas y ahí le da un microinfarto con los precios. Seguro que tienen los ingredientes de esas recetas saludables que salen en redes sociales, pero no está dispuesta a pagarlos. Ya está pensando diferentes platos que puede cocinar rápido y dejarlos en la nevera de Dolo para que se autoabastezca. Analiza qué ingredientes serán los adecuados tras un lavado de estómago. Está convencida de que son los mismos que cuando tienes gastroenteritis. Sí, mejor, algo básico; patatas cocidas, huevos, pollo, purecitos…

Avanza despacio mientras hace la lista mental de la compra. Estar tantas horas en la sala de espera de un hospital quita las energías a cualquiera. Aunque todo ha salido bien, la tensión aún le agarrota las piernas.

Se le quedan aún más petrificadas cuando ve que en su misma acera, de frente hacia ella, se aproxima Jaime. Lo primero que piensa es que ella es un objetivo fácil y que el chico va a devolvérsela. Si pidió a sus amigos que no tuvieran en cuenta su disparo, era porque iba a tomarse la revancha personalmente.

Pili mira alrededor. Hay bastante gente en la calle, aunque es probable que si la atacan no intervengan. No ve a nadie conocido y sus reflejos no están al máximo.

No cree que el chaval pueda escapar de rositas si la ataca. Seguro que alguien se quedará con su cara. Piensa a la vez que las casualidades existen. Quizá se lo ha encontrado mil veces antes, pero al no conocerlo ha ignorado su cara. ¿Y si no se dirige a ella?

En esos instantes de duda, Jaime llega hasta su posición.

—Señora, perdone que la moleste en la calle. —«Ha salido educado el chaval», piensa Pili—. Tranquila, solo quería comentarle una cosa.

Ante la rigidez de la mujer que ni habla ni se mueve ni piensa, Jaime prosigue la conversación.

—En realidad pedirle una cosa.

—Que no tenemos nada vuestro. Que no. —Suena convincente.

—No es eso. He intercedido con Lorenzo para que no tengan en cuenta lo que hicisteis en la tienda por algo concreto. —Espera alguna reacción que sigue sin llegar—. Se trata de la pistola con la que me disparaste, no sé si te acuerdas. —¡Como para no hacerlo! —. El caso es que esa pistola es mía.

Ahora ya sí que Pili no sabe por dónde salir. Le tranquiliza que no la haya atacado de primeras. Está claro que ese no es su objetivo, aunque sigue sin entender nada de lo que escucha. Si lo entendiese, se estaría tronchando de risa al pensar que han disparado a alguien con su propia arma. Esas ironías del destino le parecen de lo más gracioso.

—Conozco a su hijo, a Manu. Un día fui a verlo a vuestra casa. Como ha vuelto a vivir ahí… Me pidió ayuda para conseguir algo de dinero, nada que importe ahora. Estaba muy nervioso y tenía una pistola en su mesa. Decía que era de su hermano. —Jaime aprieta un poco los dientes; es su forma de pensar en las palabras correctas

—. Por error, me llevé esa y dejé la mía. —Los ojos de Pili ya son más grandes que su cara—. Saqué la mía porque me molestaba en el bolsillo, pero es que los pantalones estrechos me quedan muy bien.

Pili está anonadada. Ni siquiera se alegra de que Eduardito le haya dicho la verdad y que la pistola no sea suya. Tampoco sospechaba que su hermano se la hubiese tomado prestada.

—El tema es que… La necesito. No saben que la perdí y, si se enteran de que casi me heriste con ella, no tendría cómo explicarlo. Por eso, yo…, yo… quería pedirte que me la devolvieses. Yo llevo aquí la vuestra.

Pili echa mano a su bolso y, en un gesto muchísimo más rápido del que cabría esperar, saca el arma cual pistolera del Oeste. Todo eso si en el Oeste hubiesen llevado bolso y cogieran las pistolas por el cañón.

Jaime ya está tirado en el suelo tapándose la cabeza cuando ella reacciona. Mira a los lados, pero, como sospechaba, nadie presta la más mínima atención a la escena.

Sienta bien el poder que da tener un arma. Quizá si no la hubiese disparado antes delante de Jaime, él se habría comportado de forma diferente. Aunque lo duda bastante, a tenor de sus gritos histéricos ante el primer disparo.

—Tranquilo, tranquilo. Claro que te la doy. Yo no defiendo las armas, ¿sabes? No me gusta que vayáis con ellas a todos lados. Nada bueno puede salir de eso. Y otra cosa te digo. —Ya se está viniendo arriba—. Lo de Manu ya lo arreglaré yo, porque, como descubra que hace negocios contigo, te vas a enterar.

¿Va a recular ella por estar ante un tipo que normalmente lleva una pistola? Nada de eso. Le ha costado entender la situación, pero ya está a tope, y con su familia no se juega. Si tiene que cerrar la conversación con una nueva amenaza, lo hará. Todo con tal de que su hijo no se junte nunca más con un tipo como el que tiene delante.

—No quiero más problemas contigo. Y entiendo que tú tampoco conmigo.

—Bueno, señora, no, yo no… Pero mi jefe sigue esperándolas para la entrega. —Está confundido y se nota en que a veces la llama de tú y otras de usted.

—Qué entrega ni qué entrega.

Pili ni siquiera ha rescatado la pistola de balines de su hijo que Jaime le ofrecía como transacción. No es momento para eso. Está segura de que ha dejado claro que no tienen las drogas, un cierre perfecto. No va a arriesgarse a más.

La casa de Carmen tiene ritmo de noche en festival veraniego. Lo puede sentir desde el rellano, donde ya escucha el reguetón a tope. Cuando abre la puerta, escucha la estridente voz de Tere cantando «pero si le ponen la canción / le da una depresión tonta / llorando, lo comienza a llamar». Bastan unos acordes para corroborar que su casa está volviendo a la normalidad (mediante mucho esfuerzo). Ese regreso a la cotidianidad consigue hacerla sentir un poco más animada.

Se quita los zapatos con un par de movimientos de pies, cualquier cosa con tal de no agacharse. Grita un «hola» que no obtiene

respuesta. Se aproxima al epicentro del sonido, un altavoz, pequeño para los decibelios que produce. Su hija siempre se lo lleva al baño cuando va a arreglarse para salir.

—Claro que sí. Música y secador. Para que entre otro ladrón, o algo peor, y ni te enteres.

Apaga el altavoz alegrándose en realidad de volver a verla llena de vida y regresando a sus rutinas, por muy poco productivas que sean.

—Pero ¡tú dónde te habías metido! Te he llamado a saco. ¿Has perdido el teléfono?

—No, lo he visto. —Se ahorra el «y después se me ha olvidado»—. Pero estábamos en el hospital.

—Pero ¿qué ha pasado? —Ahora sí que apaga el secador.

—Nada. Dolo se ha intoxicado, pero ya está bien. Teníamos que acompañarla.

—Me alegro… de que esté bien.

—Hija, no es que no quisiera cogértelo. Ha sido un día difícil.

—Pues igual deja de serlo… —Tere pone una sonrisa pícara.

A Carmen le gusta su actitud. La ve desenfadada de nuevo, como siempre ha sido. Le gusta menos su maquillaje de ojos. ¡Qué horror! Parece que se ha puesto todos los colores de la paleta. Son modas, qué le va a hacer. El dolor de pies se agudiza y se acomoda en la taza del váter.

—Tengo noticias de lo tuyo. Bueno, de Los de Arriba. Mis amigas, las de siempre, se los han encontrado últimamente. En la bocatería y en el Tropi, la cervecería nueva. Les pedí que estuviesen al tanto de sus andanzas. No les dije nada concreto, solo que alguien había perdido un papel valioso y sospechaban de ellos. Estas, con tal de

creer que están detrás de una información fundamental, ni preguntan.

—¿Y?

—Pues ellas también los han oído hablar de que tienen mucho dinero entre manos. Estaban haciendo planes de qué coche se compraría cada uno, aunque no podían mover el dinero por el momento. Captaron algo así como que «el cartoncito está a buen recaudo». Lo dijeron en bajito, pero a estas no se las escapa ni una.

—¿Y sabes algo de Cristian? —Carmen no pregunta por lo sentimental, y su hija lo entiende perfectamente.

—Poca cosa. Que les preguntó después de haberlas visto con Los de Arriba. Está perdido, pero parece que lo está intentando, eso sí. Me han dicho que preguntaba superefusivo y que les dijo que «cualquier información era bienvenida». Como si fuese un reportero o algo. Se ve que él también quiere su parte, pero no creo que haya averiguado mucho más. Si no, no les hubiese preguntado, ¿verdad? Al final estas consiguieron sentarse con ellos, porque ahora paran con el primo de una; si no, sería muy difícil. Son muy cerrados.

—Entonces ¿seguro que uno es el hijo de la de la imprenta? ¿Cómo lo podemos localizar?

—Si vais por el Pillo Bocadillo aparecerán por ahí seguro en algún momento. Luego te paso unas fotos de ellos, que ya voy tarde.

—Una última cosa, ¿conocéis a los de la tienda nueva de nutrición deportiva?

—No, a esos no. ¿Qué os pasa con ellos?

—Nada, nada. Que nos los estamos encontrando mucho últimamente.

16

Boca Tambor

El timbre despierta a Dolo, que lleva todo el día medio dormitando; aun así, cree que se ha enterado bastante bien de lo que ha ocurrido en la telenovela que se encarga de poner el sonido de fondo en su salón. Al levantarse para abrir, se le doblan un poco las rodillas, aunque se encuentra muchísimo mejor. La mente le funciona con claridad, como si los últimos días hubiese vivido dentro de una enorme nube de humo y estuviese empezando a salir hacia el aire limpio.

Deja la puerta de arriba abierta y vuelve a su posición frente al televisor.

—¿Qué tal estás, cariño? —Carmen respira agitada tras subir las escaleras—. Te he puesto una tarta en la mesita de la entrada. De membrillo, de las que te gustan.

—¡Gracias! Y me encuentro mucho mejor. He dormido bastante, supongo que estoy recuperando el sueño perdido.

—Me alegro porque tengo cositas que contaros.

—¿Qué tal la partida? ¿Llegasteis?

—Qué va…

—Ay, ya lo siento… Si es que no teníais que haberos quedado conmigo.

—¡Faltaría más! Lo importante es que te encuentres bien —Carmen habla con toda sinceridad—. Pero que esto te sirva para tener más cuidado con tu medicación. No puedes ir por ahí tomando pastillas al azar. Y no lo digo por lo sucedido, que ha sido un error. Muy loco, pero una casualidad, sino porque esto demuestra que no sabes ni lo que te tomas…

Vuelve a sonar el timbre y Carmen corta su charla para levantarse a abrir. Deja pasar a Pili, que va haciendo malabarismos con los táperes que lleva en las manos, todos con su etiquetita de qué son y de cuándo se han cocinado. Como si Dolo fuese a fijarse.

—Rosario acaba de escribir que tardará un poco —advierte la recién llegada—. Hija, Carmen, es que nos has avisado con poco tiempo. No he podido acabar el guiso. Lo he dejado al chup-chup. Ya nos lo comeremos nosotros.

—Vale, pero prefiero esperar a que estemos todas para contarlo. ¡Me cansa explicarme mil veces! —dice Carmen consciente de que su escueto mensaje («Nos vemos en casa de Dolo ya») les ha generado la suficiente curiosidad.

Se encuentran en el salón, una estancia bastante amplia. Dolo tuvo suerte porque en el mismo edificio hay salones mucho más pequeños. Al fondo hay una mesa de comedor, de algo que le vendieron en su momento como caoba, con cuatro sillas a juego y un par de floreros tristes. Más en el centro, un sillón de masaje que hace una ele imposible con un sofá de tres plazas. Su respaldo está casi revestido al completo de tapetes de ganchillo. Junto a él, una mesa baja de cristal y, frente a esta, la televisión.

Una vez sentadas, las invitadas no acaban de engancharse a la telenovela. Carmen hace un par de preguntas aleatorias para ponerse al día, pero Dolo no sabe responderle con exactitud. Enseguida se da cuenta de que es mejor cambiar el plan y les propone un cinquillo. «Algo sencillo, que no estoy para muchos trotes», comenta.

La convaleciente demuestra que está recuperando sus capacidades, juega con destreza y no se le escapa ni una carta. Al final, el cinquillo es puro azar, pero se toma como un buen augurio que la suerte comience a sonreírle.

Hasta hace unos días que el azar estuviera de su parte era eso: robar del mazo la carta con la que cerrar una escalera —y justo la que necesita el contrincante—, conseguir ese caballo que casa con el rey y que milagrosamente has mantenido durante todas las bazas anteriores, tener el as del palo que pinta… Pequeños gestos que no cambian la vida. Sin embargo, el azar también es experto en trabajar a lo grande, trastocar lo más rutinario y dar un vuelco absoluto a una normalidad que parece inamovible. Para bien y para mal.

Esa sensación de dar un vuelco absoluto a la situación es la que tiene Carmen. Está segura de que ahora sí van a avanzar. En cuanto Rosario aparece y toma asiento en el salón, les cuenta sus novedades.

—Resulta que Tere ha estado investigando también por su cuenta…

—Ay, ¿qué tal está la pobre? Que con todo esto se me ha olvidado preguntar —comenta Dolo.

—Mucho mejor. De hecho ayer ya salió. Pero primero había pedido a sus amigas que pusiesen las orejas con lo nuestro. Y le han dicho

lo mismo que nos adelantó Cristian: todo apunta a que Los de Arriba tienen nuestro euromillón, pero no lo han canjeado aún. Estaban haciendo cábalas de qué coches comprarse con el premio, los muy cabrones. Me ha pasado fotos de quiénes son. Os las comparto ahora mismo en el grupo. —Coge el móvil mientras habla para ir adelantando el trabajo—. Sí son algunos de los que seguimos Dolo y yo el otro día. A nuestro barrio solo se asoman para ir al Pillo Bocadillo y a alguna discoteca. Por muchas ganas que tenga de una noche de juerga, creo que será más fácil abordarlos en la bocatería, la verdad.

—Pero ¿cómo pueden tenerlo ellos? —pregunta Pili cargada de dudas.

—No lo sé. Bastante que tengo algo de información. Lo importante ahora es elaborar un plan para abordarles. En las fotos veréis que se les reconoce fácil. Así que tenemos dos opciones. La primera es ir a hablar con ellos e intentar conseguirlo por las buenas.

—Eso lo veo difícil, la verdad.

—Lo sé, Rosario. La otra opción es lograrlo por las malas. Lo que no podemos es dedicarnos a seguirlos sin ton ni son. Perdemos tiempo y no hemos avanzado nada. El plan que he estado pensando esta noche es sencillo. Lo primero, tenemos que hacernos pasar por unas clientas más de la bocatería. Aunque principalmente va gente joven, podremos encajar. Es un local de barrio y también deben de ir familias de vez en cuando. Luego hay que buscar cómo separar al que manda de los demás. La mejor opción es invitarlo a cervezas. Al parecer, traga latas como respira. Eso sí, no puede darse cuenta de que somos nosotras las que invitamos, claro. —Carmen habla rápido porque lleva toda la noche ideando el plan y no quiere olvidarse de

ningún punto—. Tenemos que pasar desapercibidas. En algún momento tendrá que ir al baño. Una de nosotras se encargará de bloquearlo para que tenga que salir a mear a la calle. Hay que separarlo de su grupo y es ahí cuando le seguimos y le hacemos la encerrona hasta que nos lo dé. Pili, ¿sigues teniendo la pistola?

—Vaya plan de mierda —exhala Pili.

—Bueno no es —confirma Rosario.

—¿Tenéis vosotras otro?

—Pero si nos acabas de confirmar que lo tienen estos, ¿cómo coño vamos a tener otro plan? Y, por cierto, de la pistola… tengo que contaros. —Pili percibe la exaltación en las caras de sus amigas—. Resulta que el dueño era al que disparamos. Ironías del destino. Me paró en la calle para que se la devolviese, y mira, bastantes problemas tengo, se la di.

Carmen y Dolo sueltan una sonora carcajada. ¿De verdad era de él? Vaya pardillo. Normal que hubiese dicho a los otros que pasaran de ese tema. Por un lado, les tranquiliza que ese asunto esté cerrado y que Jaime no vaya a chivarse de nada, porque a ver quién es el guapo que cuenta por ahí que le dispararon con su propia arma.

—Bueno, vale —dice Carmen aún entre risas—. Sin pistola, mejor. Me había venido muy arriba. Pensaba quitarle las balas de todas maneras. Nuestra única misión ahora es ir a la bocatería y separar al cabecilla. No veo otra opción.

—Ir a verlos me parece buena opción, pero el resto de tu estrategia no es muy sólida —comenta Rosario—. Y hay otro tema pendiente, ¿qué hacemos con el pastillero?

Carmen sale del salón y regresa al cabo de un par de minutos en los que han oído cómo movía una silla de la cocina y cómo se

quejaba de sus rodillas al intentar treparse a ella.

—Cuando salimos para el hospital, lo envolví en una bolsa de plástico y lo dejé en la balda de arriba del todo. Sé que esta no llega y que tiene pavor a subirse a las sillas, de hecho tienes una de mierda ahí tremenda… Y mira, ayudarte a limpiar estanterías no está entre nuestros próximos planes.

—Pero ahí no molesta, no la veo —se defiende Dolo.

El pastillero está ahora sobre los ganchillos que cubren la mesa del centro del salón. Todas lo están mirando como si lo que tuviesen delante fuese un arma de destrucción biológica. Dolo incluso se ha removido en el sofá echando el culo un poco para atrás. Cuanto más lejos del mal, mejor.

—De momento yo volvería a dejarlo ahí. Puede ser nuestro salvavidas —comenta Pili.

—¿Salvavidas de qué? Si a Dolo por poco la mata —asevera Rosario—. De cualquier forma me enfrentaría a ese problema después. Vamos primero a la bocatería. Todavía estamos dentro del plazo de devolución de las pastillas.

—Es nuestro salvavidas porque podríamos venderlo —Pili sigue en sus trece.

—A ver, Pablo Escobar, cállate. Tiene razón Rosario; las cosas, por partes.

Con la misma, Carmen desanda sus pasos: sube a la silla, lo guarda, devuelve la silla a su sitio y se caga en todo por cómo la edad hace mella en sus rodillas.

Se citan para ir al Pillo Bocadillo a las ocho de la tarde. Pili ha comprobado que abren de desayunos a cenas, pero suponen que el ambientillo de la juventud comenzará a última hora de la tarde. No lo han tenido fácil para escoger la vestimenta. Si ya les resultaba complicado encontrar en sus armarios algo con lo que aparentar unos años menos, buscarlo para una hora en la que día y noche se dan la mano les supone un esfuerzo extra.

Las tres se presentan con coletas, unas más altas que otras, alguna con cuatro pelos mal puestos, pero todas recogidas con gomas anchas de terciopelo. Pili ha aprovechado para calzarse unas deportivas con plataforma que compró hace años cuando todavía se resistía a envejecer. Rosario pone el toque jovial con unos pantalones de polipiel metalizados en un gris que quiere parecer plata. Carmen, por su parte, lleva un vestido azul eléctrico que en realidad había sido de Tere. Les da un poco de pena que Dolo se haya tenido que quedar en casa reposando, porque les habría encantado ver su outfit; esa mujer oculta verdaderas joyas vintage en su armario.

—Qué resultonas estamos así vestidas, ¿no? —pregunta Pili.

—Pues sí, la verdad. No sé por qué nos empeñamos en ir siempre con lo mismo. Es aburrido.

—Aburrido y fácil. Para qué negarlo. Nos pueden las costumbres. Además, aunque seamos conscientes de que la ropa no tiene edad, nos terminamos acostumbrando a ver a nuestra generación con ciertas prendas y ciertos colores, y lo aceptamos sin más —razona Rosario mientras se limpia la pintura de labios que se ha salido de sus comisuras porque no está acostumbrada a comer chicle con tanto maquillaje encima—. En realidad la ropa determina cómo nos

comportamos. Si tienes un uniforme de trabajo, es solo ponértelo y ya te cambia la mentalidad. O si llevas un vestido de cóctel a algún evento, te comportas de forma más modosa, aunque sea para no mancharlo.

—¡Eso será durante los primeros vinos! —interviene Carmen, que no deja de estirarse constantemente el vestido—. Pero es cierto lo que dices: todo es la maldita costumbre. Yo hasta estoy empezando a verme bien con esto. —Gira sobre sí misma con coquetería.

Entran al local con alegría. Se sienten bien con sus roles. No les disgusta el plan de salir a cenar un buen bocata en domingo, y se nota en cómo se detienen ante la pizarra donde están escritas todas las opciones. Mientras piensan qué pedir —o cuando estaban enfrascadas en pensar qué ropa ponerse— no ocupan la mente con el qué pasará y con el martilleo constante de cómo recuperar su euromillón.

El local tiene cierto aire de hamburguesería americana. Más concretamente, de una hamburguesería americana ubicada en un barrio de España. Unos azulejos en forma de rombos blancos y negros forman el suelo; por las grandes cristaleras pasarían raudales de luz si no fuese por la cantidad de mierda que acumulan; las paredes son de corcho por abajo y de pizarra por arriba. Decoran los muros firmas y dibujos que dejan los clientes. En cuanto Pili descubre que hay tizas piensa en cuál será su mensaje para la posteridad. Las sillas de metal, todas distintas, ofrecen un aire distendido al mezclar toda la gama cromática y todos los estilos posibles. A primera vista, les resultan un poco incómodas, pero entienden que la intención es que la clientela coma y se vaya.

También intuyen que la de este local, debido a su edad media, aún no entiende de incomodidades.

Hasta que no piden la comanda, no les entregan la bandeja con la cubertería, propia de un camping. De cualquier forma, no creen que les haga falta. De toda la vida los bocadillos se comen con las manos. Punto.

Todas se han decidido por el mismo, que para algo se lo había recomendado uno de Los Cristianos. Se fían de él en lo culinario, porque no piensan fiarse en nada más. También han optado por este porque había demasiadas opciones. Quieren sentarse cuanto antes, porque a Pili los pies la están matando. No debería haber estrenado zapatos. El Boca Tambor se sirve con pan brioche, pollo especiado con salsa secreta de la casa, rúcula, queso de cabra y Peta Zetas.

Cuando por fin se acomodan en una mesita de la entrada, toman el primer pulso al local. Por el momento, solo hay otras dos mesas ocupadas y ambas poseen un ambiente bastante familiar. Poco a poco empieza a cambiar la atmósfera. Para cuando les han traído los bocadillos, ya hay un par de mesas conquistadas por grupos de gente joven.

Carmen se fija en todo el que cruza la puerta. Por si acaso. El primer rostro conocido que ve es el de Carol, una antigua compañera del colegio de Tere, que se acerca a saludarlas.

—¿Vosotras tampoco os habéis resistido al local de moda?

—Algo así —comenta Carmen entre unas risitas que buscan ocultar el verdadero motivo de su visita. No sabe con exactitud qué amigas de Tere son las que pusieron el oído.

—Pero ¡qué guapísima te veo! Muy moderna.

—Bueno, nos habían recomendado los bocatas de aquí y ya que venimos a un sitio de juventud…, pues hemos querido adaptarnos.

—Llamáis un poco la atención, pero ¡está genial! Hay que ir con personalidad, claro que sí. Me alegro de verte y espero que os guste la cena.

A las tres les ha preocupado descubrir que llaman la atención. Y más cuando ellas se ven bien, favorecidas. Las anima un poco que a la joven le parezca atractivo eso de salirse de la norma, aunque no es muy útil para el plan que tienen en mente.

—Entonces lo esperamos, lo invitamos a algo y lo separamos del grupo, ¿no? —repasa Rosario no muy convencida.

—Esa es la idea, sí… Aunque cuanto más lo pienso, más razón creo que tiene Pili al decir que este es un plan de mierda.

—Claro que es un plan de mierda. Pero vamos a ver qué logramos. Yo he pensado y no se me ocurre nada mejor. —Pili se lo dice de corazón. Se ha pasado toda la tarde dándole vueltas y nada.

Surgen opiniones enfrentadas en torno al bocadillo. A Pili la mezcla le parece «de una creatividad muy grande», mientras que para Rosario la calidad de los productos deja bastante que desear. No tienen ni idea de qué comentará Dolo cuando le lleven el suyo.

Están en pleno debate sobre qué ingredientes añadirían o cambiarían cuando Carmen ve a uno de los chicos que había seguido el otro día hasta la terraza de Arriba.

Son solo cuatro en el grupo, pero está segura de que dos de ellos estaban ese día. Su foco se transforma y ya no hay recetas perfectas ni mezclas sublimes. Toca concentrarse mientras esperan a que entre el de la foto que le ha enseñado Tere, un tal Curro.

Al principio actúan con demasiado descaro, pero enseguida se corrigen y simulan que conversan animadamente, como si fueran extras en una película. Mueven los labios y repiten las mismas frases que no son otras que las que estaban diciendo segundos antes en voz alta. Con el rabillo del ojo controlan a los recién llegados.

Se cansan de tanta actuación a los dos minutos. ¿Cómo puede generar tanto esfuerzo físico hacer que se habla? Pues lo genera. Terminan comportándose con relativa normalidad.

Observan cómo los jóvenes van a pedir, cómo esperan, cómo se toman la primera cerveza, cómo piden la segunda cuando llega el bocadillo, cómo se incorpora un quinto muchacho (al que no conocen), cómo suman la tercera birra cuando a este le llega el bocata…, y así durante una larga hora en la que no hay ni rastro de Curro.

Esperan un poco más. Ellas también se piden otra cerveza; al menos el local no está lleno y no se sienten mal de ocupar la mesa durante tanto rato. Oyen risas de otros grupos, observan cómo las mesas van cambiando de dueños…, y nada más ocurre.

Cuando dan las diez de la noche, y Los de Arriba hacen ademán de irse, ellas se levantan también. Tiran los restos de la bandeja al contenedor correspondiente y es ahí, mientras se concentran para no mezclar papel con orgánico, cuando el más llamativo de todos —gorra amarilla y pantalones de cinco tallas más— se acerca a ellas. «Otro que no pasa desapercibido», piensa Pili.

El Jarbar no se muestra tímido. Les dice un simple «¿me seguís?» y se dirige a la calle sabiendo que las mujeres aceptarán su invitación.

Y por supuesto que lo hacen.

Sale con gestos fluidos y la mirada de quien tiene claro lo que va a hacer. A un par de pasos de la puerta, se lanza:

—Tías, sois las que andabais el otro día por el barrio, ¿no?

—Creo que sí. Me suena tu cara. —Carmen ha tomado la iniciativa, pero se muestra prudente. No sabe cómo funciona esta nueva carta en la partida.

—Nuestras caras se han topado varias veces. A ver, creo que nos seguís. Fui el primero en darme cuenta —afirma orgulloso—. Bueno, el primero en decirlo, porque los demás ya os habían visto. Pero el primero, vamos.

—Ajá. —Carmen no sabe qué más puede responderle. No ve la hazaña suficientemente reseñable como para felicitarle.

—Sí, que sé que nos seguís y sé por qué, ¿eh? Estos dudan de mi idea, pero yo lo tengo claro. —Las mujeres van agrandando los ojos, ¿de verdad lo sabe? ¿Por fin?—. De hecho, me dicen que no es por eso, que lo saben fijo. Pero yo os lo veo en los ojos.

—Qué bien que tengas tanta empatía —suelta Carmen—. Demuestras mucho con eso, seguro que eres un buen chaval.

—Sí, sí. Soy bueno en eso.

Un par de coches tocan el claxon y el Jarbar se despista durante unos segundos. Acaba por darse un golpecito con el nudillo en la frente y vuelve a sus palabras.

—Sé que queréis pillar Eme. —Las observa un instante. No hace falta ni una migaja de empatía para saber que no le están entendiendo—. O cualquier otra droga.

—¿Nosotras? Mira, chato, de eso ya tenemos —Pili estalla. Desde luego, este no era el giro de acontecimientos que esperaban—. Estamos servidísimas. ¿No serás tú el que quiere comprárnoslas?

—Espera…, ¿te llamas? —pregunta Carmen.

—Jarbar, como la universidad de los listos. Me lo pusieron hace muchos años.

—Genial, Jarbar. —Carmen ahoga una risita—. Danos un segundo para hablarlo entre nosotras.

Las mujeres dan unos pasos a la izquierda y se cierran en círculo. Cuando regresan, tienen una nueva y nada elaborada estrategia.

—Tú sueles ir con Curro, ¿verdad? —Carmen retoma el hilo de la conversación.

—Sí, claro, es mi colega. ¿Lo conocéis?

—He oído hablar muy bien de él. Buenas referencias. Y preferimos hacer tratos de este tipo con él. Ya sabes, a nuestra edad debemos ser cuidadosas con lo que pillamos… ¿Quizá podríamos reunirnos mañana con él y así cerramos el trato?

17

Mirar por la ventanilla

Las coletas ya están un poco caídas y el maquillaje ha ido mutando en una máscara carnavalesca. Ahora, mientras esperan al bus que las devuelva a su zona de confort, ven cómo en los edificios que las rodean se bajan las persianas y los salones se iluminan. Ellas dan la imagen de haber escapado de una fiesta de disfraces perseguidas por el payaso loco. Siempre hay alguien que va vestido de payaso loco. Quizá es gente que solo pretende ir de payaso, pero… dales un rato. Qué difícil es entender algunos disfraces.

Pili lanza la propuesta de coger el último bus del día. Por suerte están a tiempo y evitan esperar el horario del nocturno, que no lo tienen nada controlado. La opción de volver caminando, como habían venido, incluye el riesgo de hacerse un buen esguince con esas plataformas descontroladas. Ya tienen una baja en el grupo y no se pueden permitir dos. Las demás aceptan enseguida, porque no son horas de hacer toda la caminata de vuelta por muy saludable que sea para bajar la cena.

Además, ahorrarán tiempo, porque no van directas a casa. Tienen que pasar por la de Dolo a dejarle su Boca Tambor, aunque sea para que se lo desayune. Lo prometido es deuda y lo último que quieren

ahora es enfrentarse a una Dolo sin su cantidad diaria de carbohidratos.

También quieren ponerla al día. Al final han cerrado una cita con Jarbar a la que acudirá Curro, la única persona a la que sus últimas pesquisas señalan como poseedor de su décimo.

Han quedado con ellos a la mañana siguiente en la puerta del Pillo Bocadillo. Están bastante convencidas de que Dolo, ya restablecida, querrá acompañarlas.

La calle todavía posee ritmo; en concreto un ritmo decadente: el de las personas que regresan a su hogar tras una larga jornada fuera de casa. Perciben el agotamiento propio de las últimas horas del fin de semana en todos los que esperan junto a ellas el autobús.

Pese al cansancio, estas personas se muestran amigables y las dejan pasar primero al vehículo. Invaden el autobús con el olor a pollo especiado y provocan aún más hambre entre los pasajeros, que, lo más seguro, llevan parte del trayecto soñando con su cena. Ellas han disfrutado de la suya. Además, salir de sus locales habituales y de sus recetas tradicionales no les ha sentado nada mal, excepto a Rosario, que aún tose por la acción de los Peta Zetas.

El pase preferente que la sociedad asigna a los de su edad les permite conseguir sitio, aunque vayan en asientos separados, y eso es otro golpe de suerte. Uno de esos que regala el día a día y que solo apreciamos cuando estamos realmente agotados, seamos o no conscientes de ello. Es uno de esos golpes de suerte que no cambiará la vida de nadie, pero que quizá ayude a vivirla con menos cansancio para organizar un plan que, de otra forma, quedaría aplazado o para tener un ratito para mirar por la ventanilla, pensar y hacer un gran descubrimiento interno. No serían las primeras que

comienzan a entender algo sobre sí mismas sentadas en un simple autobús de línea que recorre calles sin nombre y carreteras finitas, un autobús de línea que eclipsa las miradas con su luz interna amarilla y los oídos con conversaciones ajenas. Sin embargo, hay algo casi mágico en esa mirada al vacío, ventanilla mediante, porque promueve esa indagación interna, el descubrir el porqué de un comportamiento, el motivo de una angustia, la gestión de una emoción… En realidad la mayoría de esas miradas de ventanilla navegan por lo más reciente: ese nuevo proyecto que te han cargado en el trabajo, el favor que se te ha olvidado hacer, la última discusión que has tenido y todo lo que callaste…

Lo que ellas acaban de tener no es una discusión, pero da mucho que pensar.

¿Por qué no les sale nada bien? No hace falta darle muchas vueltas para llegar a la conclusión de que improvisan sus planes y que la elaboración brilla por su ausencia. Son conscientes de esto, pero no por ello dejan de creer que su racha de mala suerte va a cambiar. Se han visto envueltas en un robo millonario que las ha llevado a conocer gente y ambientes que ni de lejos hubiesen pisado. De hecho han aprendido rápido y tienen la sensación de que podrían mejorar. Se han visto con el agua al cuello en situaciones de las que no sabían salir y en las que el instinto las ha rescatado. Las Gamers del Cinquillo no son fans de las sorpresas y aspiran a aplicar la lógica en esta situación que tiene de todo menos sentido. Digamos que están aprendiendo a organizarse un poco. O lo intentan, porque moverse con antelación no va con ellas.

Quizá su reflexión, con la frente pegada a la ventanilla, radica en que son mujeres hechas para la supervivencia, no para la

premeditación. Mujeres que viven los acontecimientos diarios sin intentar hacer cambios drásticos. Tal vez porque el ritmo de su cotidianidad ni siquiera les ha permitido tener tiempo de recapacitar hacia dónde querían ir. O simplemente porque la vida no les ha dejado escoger. En cualquier caso se dejan llevar, eso es lo que les funciona, aunque no lo tengan interiorizado ni sean capaces de verbalizar el motivo que las ha llevado a avanzar sin planes desde que tienen memoria. Porque así ha sido en esta búsqueda, pero también en cualquier otra de sus vidas.

Son expertas en fluir, que dirían quienes tienen unas cuantas décadas menos que ellas, y ese es su máster.

Puede que eso de fluir no tuviese nombre definido hace unos años y que parezca un estilo de vida bastante novedoso. Pero muchas mujeres como ellas lo llevan haciendo toda su existencia. Aprovechar lo que viene, dejar marchar lo que se va y no dar demasiadas vueltas a un futuro que siempre es inestable.

El trayecto pasa con la rapidez de los viajes en tierra desconocida y las deja junto al piso de Dolo. Su zona mantiene cierto ambiente recogido y las recibe con el placer de la comodidad.

Sin darse cuenta, respiran más tranquilas.

Cuando llaman al telefonillo, Dolo abre directamente. Se ahorra el clásico «¿Quién es? Soy yo» que suelen ejecutar, como casi todos los mortales, cada vez que se visitan.

Al llegar a su piso, la puerta ya está abierta. «Cualquier día le entran a robar», piensa Pili. Prefiere no decirlo en alto porque sabe que Carmen continúa sensible al tema; que no hable de ello no

implica que no perciban que es algo delicado para ella y que sigue temiendo por la seguridad de su hogar y de su familia. Aunque a Carmen ya no le vayan a robar nada de valor, el hecho de pensar que un intruso ha recorrido cada rincón de tu morada no es plato de buen gusto para nadie.

Una vez dentro, avanzan hasta el salón, ya que es el único lugar con luz dentro del piso, y sí, allí está Dolo en el sofá mirando la televisión. Casi en la misma postura de la última vez. Sentada con los dos pies apoyados en el suelo, las manos sobre las rodillas y la espalda rígida.

No está sola.

De pie, junto a la mesa de comedor que corona el fondo del salón, se encuentra Lorenzo, el hombre que debería tener una cicatriz. A tenor de su cara, parece alegrarse de que hayan llegado.

—Ya era hora, llevo toda la tarde esperándoos.

Lo confirman las latas de cerveza vacías sobre la mesa y los platos abandonados con los que Dolo ha agasajado a su visita, por mucho que esta no sea de cortesía, sino más bien un allanamiento de morada. Pero que la comida y la bebida no falten, eso nunca; no está bien que digan de ti que no has ofrecido ni un ágape.

Las recién llegadas no saben muy bien cómo reaccionar. Al principio mantienen su posición a la entrada del salón y el aroma del Boca Tambor recorre la estancia. ¡Vaya si dura ese olor!

—Dolo, pero ¿cómo le has dejado entrar? ¿No le has reconocido por la mirilla? —pregunta Rosario en un alarde de encontrar algún sentido a la situación.

—He abierto directamente. Por el telefonillo me ha dicho que traía comida. He pensado que me mandabais algún repartidor de esos. La

telenovela estaba interesantísima y no quería perderme ni un detalle.

—¿Cuántas horas llevas viéndola?

—¿Qué hora es?

—Las once más o menos.

—Pues… —Dolo calcula despacio—, unas doce horas.

—¿Sabes siquiera qué telenovela estás viendo?

—La de la familia de ricos que al hijo más bueno lo metieron en aquel lío. Ahora ha vuelto su exmujer, la mala.

—Para qué pregunto… —Rosario lo hace para comprobar si a Dolo le está afectando el parón en sus rutinas. El hecho de permitir el paso a un matón a su domicilio entra perfectamente en el tipo de cosas que le pueden pasar a esta mujer.

—Basta de cháchara —interrumpe Carmen—. Tú, el que está ahí como un pasmarote. Ya te estás largando.

—Espera, espera, no tan rápido. Que si a vosotras os sorprende que esté aquí, más nos ha sorprendido a nosotros que no dieseis señales de vida para devolvernos lo nuestro. El plazo está a puntito de expirar.

—Lo que tú digas, chiquillo, pero no puedes ir por ahí entrando en casas ajenas.

—Ni vosotras robando lo que no es vuestro. A ver si os vais a creer que no tenemos oídos en todos los sitios. Ha sido fácil seguiros. Lo de una vieja drogada en el hospital ha sido la comidilla del barrio. No podéis seguir negando que lo tenéis. Esta —señala a Dolo con cierto desdén— no ha sido capaz de decirme mucho. Se enreda sola argumentando que ha sido un malentendido, que no

sabíais que lo teníais. He preferido esperaros a desmantelar la casa por mi cuenta.

Dolo se vale de su mención en la historia para girarse hacia sus amigas y guiñarles un ojo jactándose de haber sido capaz de mantener el secreto. Bien por ella; desde luego, pero no es suficiente. Se sienten acorraladas.

Lorenzo ha aprovechado el impasse del guiñito para hacerse con el cuchillo que está sobre la mesa. Dolo habrá conseguido guardar silencio, pero no ha dudado en sacar la cubertería buena para que el asaltacasas cortase a gusto el queso que le ha ofrecido.

—¿Vais a seguir negando que lo tenéis?

La pregunta ahora sí suena totalmente amenazante. En realidad cualquier cosa que diga un hombre al que los hombros no le entran en la camisa, mientras juega con un afilado cuchillo, parece una amenaza. Esto es así.

No es lo mismo jugar en un salón de cachimbas, ante tres tipos que te han atraído distrayendo a un conejo, que frente a un solo hombre que ha entrado en tu casa, tiene un arma y luce una actitud mucho más cortante que la de la vez anterior. También están cansadas, ya han sido demasiadas horas de duro trabajo cotilleando a Los de Arriba en la bocatería.

A Lorenzo no le cuesta captar el ritmo desacelerado de los cerebros que tiene enfrente. Piensa meterles la caña que haga falta para salirse con la suya.

—¿Cuánto queda en el pastillero tras la fiesta que se pegó esta?

—No sabemos cuánto había al inicio, de verdad. Puedes mirarlo tú mismo. Está en la cocina, en el último estante.

Ya ha tenido que soltarlo Pili. Muy motivada para robarle el puesto y convertirse en traficante de drogas hace unos días, y ahora lo larga todo a la primera de cambio. A su favor para su arrebato de sinceridad está el saber que el hombre frente a ellas gestiona una banda en la que las armas parecen estar a la orden del día. Ahora juguetea con un cuchillo, pero ella sabe de primera mano que sus secuaces tienen pistolas.

El instinto de supervivencia es el que habla por ella. Si el rato que ha pasado junto a la ventanilla del autobús le hubiese llevado a una reflexión sobre su ritmo de vida o sobre cómo vive fluyendo, quizá se habría planteado otra reacción. Aunque, seamos realistas, lo más seguro es que no. Ni aun proponiéndote cambiar, ni teniendo clarísimo cómo quieres comportarte en cada situación y qué principios deseas que imperen en ti, sabes cómo vas a reaccionar ante un hombre que ha asaltado la casa de tu amiga y es una amenaza de la cabeza a los pies.

Hay eventos de la vida para los que una no puede prepararse con antelación. De un tiempo a esta parte ellas están viviendo muchos de este tipo.

Cuando Lorenzo se dirige a la cocina, Carmen lo frena.

—¿Qué droga hay en el pastillero? —pregunta.

—Principalmente éxtasis —contesta de pasada, tiene un único objetivo en mente.

Mientras él continúa avanzando, Rosario se acerca a hurtadillas hasta el oído de Carmen. Lo hace con sigilo, aunque el hombre no le esté prestando la más mínima atención.

—¿Qué te importa a ti el tipo de droga? Dolo ya se encuentra mejor, no creo que importe mucho lo que ha ingerido —susurra.

—No es eso. Mañana tendremos que pedir alguna droga a los de Curro, ¿no? Yo ya estoy desfasada en esto —murmura Carmen.

Mientras hablan, Pili sigue los pasos de Lorenzo. Anda despacio. No lo hace para pasar inadvertida, sino porque con tanta emoción no se ha quitado aún las malditas plataformas. A cada paso que da, siente un hormigueo acuciante de los pies a la cadera.

Lorenzo se percata enseguida de que alguien le sigue. Tras encender la luz de la cocina, señala la bolsa arrugada del último estante mientras se gira hacia su perseguidora.

—¿Es esa?

Ella responde desde el umbral de la puerta con un ligero gesto de asentimiento. Desde ahí ve cómo él estira su largo brazo para cogerla. Aun así, tiene que ponerse de puntillas y se tambalea un poco hasta agarrar la bolsa que esconde el pastillero.

En ese momento está tan concentrado que no presta atención a lo que ocurre a su espalda. Cuando rozas con las manos el objetivo que ansías, todo lo demás queda relegado a un segundo plano.

Pili sostiene entre las manos la sartén que estaba secándose en la encimera. Hace pequeños cálculos para darle con ella en la cabeza. Por el momento, como mucho, le alcanza a la mitad de la espalda. Pili se mueve con el objeto en la mano, espera el instante perfecto.

Otro tambaleo y lo tiene, está segura.

Cuando confirma sus cálculos, y la trayectoria del sartenazo parece la adecuada, una mano la sujeta por la muñeca. Carmen ha llegado a tiempo, no necesitan más culpa sobre sus espaldas. Ni más daños sobre la de nadie.

—Con esto arreglamos el problema, Carmen. Hazme caso —intenta razonar Pili con un susurro.

—Con eso no arreglamos nada. Mucho menos nuestro problema real. Ni el tuyo. No puedes seguir así, de verdad. Hay que dejarlo marchar con lo suyo.

Cuando Lorenzo regresa a su posición y se gira, solo ve a dos mujeres nerviosas con una sartén de por medio. Mejor no imaginar el porqué de la situación. Abre el pastillero y revisa el contenido.

—Nos debéis algo de pasta, pero podemos dejarlo así.

—Sí, lo dejamos así.

Esto es lo último que dice Carmen mientras el hombre sin cicatriz se dirige en silencio hacia la puerta y abandona el piso.

Lo siguen por inercia. Se quedan paradas a oscuras en el rellano observando cómo baja las escaleras. Esperan ahí, con los brazos cruzados y sin mediar palabra, hasta que un portazo en el portal les indica que el peligro ha pasado. Las cuatro suspiran al unísono.

Sin embargo, están bloqueadas. Pueden respirar; por el momento no hay nada más de lo que preocuparse. Al menos en ese preciso instante, en ese momento de liberación en el que el peligro ha pasado. Pero, por experiencia, aún no van a celebrar su pequeña victoria.

—Hay que saber escoger las batallas —dice Carmen dirigiéndose a Pili.

—Y hay que perder alguna para ganar la guerra —corrobora Rosario—. Un ejército victorioso gana primero y entabla la batalla después. Un ejército derrotado lucha primero e intenta obtener la victoria después, como decía Sun Tzu.

—Anda, ¡qué sabio es el chino del bazar cuando quiere! —culmina Dolo.

18

Sin aparcamiento

Dormir, lo que se dice dormir, solo ha habido una agraciada esta noche: Dolo. Como si el hecho de haber extraído la toxicidad de su cuerpo le hubiese traído por fin el reposo que llevaba días buscando. Ha descansado tan bien que nada más levantarse se ha dado el alta a sí misma y ha decidido sumarse a la reunión para comprar drogas, que es lo único que ocupa la agenda de Las Gamers del Cinquillo este lunes.

No ha hecho falta que Pili lo apunte en su agenda del móvil, ninguna iba a olvidarlo.

Es el momento de ver cara a cara al que, están convencidas, tiene su boleto del euromillón.

Para sorpresa de nadie, no han organizado nada. Solo tienen presente que no comprarán la droga, les ofrezcan lo que les ofrezcan. Han tenido que insistir a Dolo, de un modo que ha rozado lo maternal, en que no caiga si pretenden venderle medicamentos baratos. No ha sido fácil conseguirlo, porque, aun pagando una miseria por sus recetas gracias a la seguridad social, jamás pierde la oportunidad de una ganga.

También tienen claro que deben evitar los líos y que al más mínimo gesto de peligro la mejor opción es esconderse en la trinchera. No es un aprendizaje nuevo, aunque lo han ignorado en las últimas semanas: retirarse a tiempo puede ser la mejor victoria.

Han pasado por alto tantas otras cosas en estos días tan turbulentos…

Cuando la vida decide por ti, tú la sigues, y punto. Y, por regla general, no suele dejarte tiempo para valorar si haces lo correcto o tienes otras opciones. Quizá por ello la sensación de temor, que deberían haber tenido desde que comenzó la búsqueda del boleto premiado, se ha mantenido aletargada hasta la pasada noche. La experiencia de ver con sus propios ojos cómo un maleante se colaba en la intimidad de su hogar sin dudar en amenazarlas y poniendo en riesgo su integridad ha detonado el miedo en ellas. No es lo mismo ver a Lorenzo de frente, cuchillo en mano, que intuirlo.

Aunque se huelan que alguien tuvo que entrar a la fuerza a casa de Carmen para llevarse el décimo, esto sigue siendo una suposición.

Ahora, huir si las cosas se ponen feas es la elección obvia. Aunque Pili no lo tiene claro del todo, de momento ha aceptado.

Son conscientes de que esta vez ni siquiera llevan un mal plan. Sus esperanzas del día se limitan a encontrarse cara a cara con Curro y poder preguntarle por el décimo. Les parecerá suficiente con ver por dónde sale.

En sus pensamientos individuales se han dado cientos de casuísticas, aunque seguramente ninguna de sus teorías tiene la más mínima probabilidad de suceder. Surgió la duda de si estarían dispuestas a aceptar un trato en caso de que les propongan

quedarse con una parte del premio. Tampoco han llegado a ninguna conclusión.

Lo único claro es que están cansadas, que la búsqueda se les está yendo de las manos y que por cada casilla que avanzan parece que retroceden veinte.

¿Se les ha pasado por la cabeza mandarlo todo a hacer puñetas y seguir su vida como si nada? En las últimas horas bastantes veces, pero no son mujeres de dejar las cosas a medias. Son mujeres que confían en la bondad, incluso en la de un pandillero ladrón. Por sus cabezas ha pasado tantas veces la idea de abandonar como la de que el chaval se ablandará, se dará cuenta de su error, no querrá meterse en más líos y les devolverá lo que es suyo.

Ellas son así.

Gente que confía en el ser humano (por lo visto, aún queda de esa).

Gente mucho más necesaria en este mundo de lo que parece.

Entre las opciones que han valorado para no cerrar la compra de droga, además de su idea más ferviente de que no llegue a ocurrir, barajan hacer la jugada de que no tienen efectivo bastante porque pensaban que costaban mucho menos dinero. Y con eso, emprender la huida con la excusa de que tienen que ir a un cajero.

Nadie les gana a propuestas descabelladas.

No tienen ni la más remota idea de cuánto les van a pedir. Si el pastillero completo de Los sin Cicatriz tenía un valor de veinte mil euros, y estaba bien cargadito, creen que una compra «para consumo propio», que son las palabras que ahora están utilizando como si llevasen toda la vida en esto, supondrá una cifra de andar

por casa. Irremediablemente, y sea la que sea, será demasiado para ellas.

Por fin toman la calle del Pillo Bocadillo y lo hacen con brío. El temor se esconde en sus cabezas, pero no en sus pasos.

Dolo es consciente de que es demasiado pronto, pero no desespera en la idea de que a la vuelta pararán a por otro Boca Tambor. ¡Qué delicia ese pollo especiado! Tenía razón el chaval. Si puede, piensa colarse en la cocina y pedir la receta.

Caminan en silencio y al mismo ritmo, menos atentas que de costumbre a no obstaculizar la marcha de otros viandantes. Van lentas por mucha energía que sientan.

Hay algo de gente por las calles. Cuando levantan la mano para saludar a la florista de la acera de enfrente, un coche pasa raudo a su vera y les pita. Solo pueden ver cómo agita las manos para saludarlas. Devuelven el saludo fríamente sin identificar al conductor. No está entre sus virtudes conocer a la gente por los coches que conducen.

Al poco la bocatería se abre paso a su vista. En la puerta ya espera el Jarbar con un atuendo que no deja claro si después irá a jugar al baloncesto con sus amigos o si acaba de llegar de dar el palo a una joyería.

Poco les importa eso; al menos el chaval está. Se aferran a ir alcanzando objetivos paso a paso. En todos esos pensamientos que han ido surgiendo en sus cabezas, varias veces habían incluido la posibilidad de que las dejase tiradas.

Nada más verlas, las invita a seguirle. Les comenta rápidamente que la transacción se hará en el aparcamiento que hay un par de manzanas más adelante para no poner a la vista cosas que pueden

comprometer. Anda hacia allí con decisión; ellas lo siguen unos metros atrás.

Ni siquiera tienen tiempo de preguntar por Curro. Ese es el paso ineludible, el número dos. Se enfocan en lo que queda de camino con valentía. Cada vez que el Jarbar vuelve la vista hacia ellas, como si pudiesen convertirse en estatuas de sal, le sonríen. Más que sonrisas son en realidad unos rictus forzados en los que sacan a la luz todos sus dientes y algún chicle. Para él, es suficiente.

Nada más acceder al aparcamiento, Jarbar gira a la derecha. Es una zona de estacionamiento gratuito al aire libre que el ayuntamiento instaló tras la demolición de un edificio que llevaba décadas en proceso de derrumbe. Lo conforman cinco largas hileras de aparcamientos en batería. Para su sorpresa, quedan sitios libres.

Ven cómo el joven se gira en la segunda hilera y lo siguen por inercia. Por fin allí, al fondo, hay otra cara que, a tenor de las fotografías, es la de Curro.

Las cuatro mujeres hacen lo que buenamente pueden para ubicarse entre los dos coches en los que se apoyan Curro y Jarbar. Esos dos coches desvencijados dan la impresión de llevar allí más tiempo que el propio parking.

Nada más encontrarse con ellas, Curro les pregunta sus nombres. Le puede la costumbre de tener fichadas a todas las personas con las que se cruza. Y con las que, de alguna forma, negocia. Ellas, más por rutina que por educación, le dan dos besos mientras se presentan. Dolo le abraza con fuerza. El chaval responde con una mueca de disconformidad, aunque permite que la mujer le rodee con los brazos. No está familiarizado con este perfil de clientes, pero

supone que mostrar cierta empatía con ellos le dará un punto a favor.

Cuando Curro se libra al fin del estrujón de Dolo, quien aprovecha ese instante para retocarse el pelo con cierto pudor, suena su teléfono móvil. Se excusa diciendo que es urgente. Lo ven avanzar hacia donde se encuentra la salida de vehículos.

—Volverá, ¿no? —pregunta Carmen.

—Volverá. Eso seguro —responde Jarbar.

Carmen quiere confiar en la respuesta del traficante. ¿Por qué iba a venir solo a presentarse? Eso no tiene sentido. En cuanto acabe la llamada, regresará y podrá hablar con él con toda la calma y el mimo que requiere la pregunta que no deja de rondarle por la cabeza: «¿Qué nos va a pedir a cambio del boleto?».

Siempre hay algo a cambio y cambiar dinero por dinero le suena extraño, aunque no del todo improbable. Especialmente conociendo a esos jóvenes que parecen estar de vuelta de la vida. No son como Los Cristianos, que por unos eurillos te hacen un recado. Qué va. Está convencida de que les pedirán algo mucho más sacrificado. Y, por qué no decirlo, delictivo.

No quiere adelantarse a los acontecimientos, pero la opción de que les encarguen un trabajillo a cambio del décimo no resulta tan descabellada. Ni se le había ocurrido horas atrás.

Carmen no sabe hasta dónde estaría dispuesta a llegar ni hasta dónde llegarían sus amigas. Está segura de que Rosario no querría inmiscuirse en nada ilegal, pero no tiene ninguna seguridad sobre Pili, viendo su estado actual, ni sobre Dolo, que va por libre. Está casi segura de no haber conocido a nadie tan impredecible, al menos en su última época.

¿Y ella? Carmen se conoce lo suficiente como para saber que tiene un límite, pero que este no es muy estricto. A su edad confía en que no les pedirán nada físico; nada de asustar a hostias a alguien que les debe dinero, eso desde luego. Tampoco cree que les confíen asuntos más turbios. ¿Quizá pasar droga a alguien? En ese caso tendría que saber quién es el destinatario, nada de menores ni personas en riesgo de exclusión. Pero si se trata de un ricachón que quiere su coca para irse de fiesta, no se opondrá.

Todos esos pensamientos cruzan por su cabeza a la misma velocidad a la que cualquiera de estos chavales aspira una raya. Aunque para nada le han generado la misma sensación. Puede que un poco de taquicardia sí. Eso no va a negarlo.

—Bueno, chicas. ¿Qué es lo que estáis buscando?

—Éxtasis. —Pili se gira insegura hacia Carmen—. Era eso, ¿verdad?

—Perfecto, trabajamos además con un proveedor de máxima confianza. Vais a pasároslo bien. —Jarbar asiente mordiéndose el labio—. ¿Y cuánto sería?

—¿Cuarto y mitad?

Todas miran a Dolo con cara de «otra vez no, por favor». Sin embargo, Jarbar se lo ha tomado como una broma y se ríe abiertamente.

Tras la chanza, comienza a indicarles los precios según la cantidad, pero Carmen vuelve a estar fuera de la escena. No puede quitar la mirada de Curro, que continúa alejado hablando por teléfono. Está deseando que acabe, que vuelva y soltarle toda su retahíla.

Tiene taquicardia y los gestos que ve en Curro no ayudan a mejorarla. No, no le transmiten ninguna tranquilidad. Demasiados aspavientos y alguna carcajada muy forzada.

La distancia entre ambos es grande. Hay varios coches de por medio, por lo que Carmen no puede oír cómo el cabecilla se pavonea al teléfono: «No me jodas. Sí, parece que van a pillar. Sería la hostia que el Jarbar tuviese razón y solo quisieran eso. Tanto seguirlas para comprobar que no iban a la policía. Y qué tal si ahora solo quisieran esto, ¿te imaginas?».

Aunque la distancia no permita a Carmen escuchar ni una sola de esas palabras, su instinto le dice que está hablando de ellas. Ojalá poder evitar el volver a pensar qué les pedirán a cambio, pero es incapaz de salir de esa reflexión.

La conversación prosigue por los derroteros esperados. Pili ha preguntado a Jarbar qué cantidad es la recomendable para una buena fiesta y él ha asegurado que un par de gramos les servirán. Por lo visto pretende vendérselos por ciento cincuenta euros.

Tan pronto como Carmen escucha la cantidad sabe que las están timando. No ha podido subir tanto el precio de la droga desde sus noches de farra. Además, la gente que busca timar a alguien suele preferir la gente mayor, como si fuesen tontos. Y nada de eso. Valora por un segundo la opción de quejarse abiertamente, después piensa en pedir a Rosario que regatee y, al final, se calla. Qué más da, no van a pagarlo.

Escucha por fin a Jarbar decir que le esperen allí mismo, porque enseguida trae la mercancía.

Ven cómo se aleja en dirección a Curro y le hace un choque de puños demasiado manido. Después continúa hacia el fondo del

aparcamiento zigzagueando entre los coches. Su figura se hace tan pequeña que ni siquiera con las gafas de lejos que guardan en sus bolsos podrían distinguirla.

Están paralizadas. El único movimiento que hacen es entrecerrar los ojos para enfocar hacia dónde se dirige su nuevo proveedor de éxtasis. Su *dealer*, como les ha dicho Pili, tras buscar en Google, que se llaman ahora. La única que se pronuncia es Dolo: «Vámonos, hacedme caso». Lo dice casi como un susurro y, unido a la concentración del resto por averiguar dónde va el chaval, su frase pasa inadvertida.

Carmen cambia el foco de visión y mira a Curro. Continúa viéndole de perfil, pero percibe con claridad cómo guarda el teléfono móvil en su bolsillo y cómo levanta el brazo derecho moviendo la muñeca en un gesto de avance.

Al mirar de nuevo al punto por el que ha desaparecido Jarbar, se queda anonadada. No, no puede creérselo, ¿qué coño está pasando?

19

Un taxista inesperado

Una decena de hombres, de los que no consiguen identificar ni las edades ni ningún rasgo concreto, quizá por ese efecto que genera la visualización de un grupo de gente que va en masa consiguiendo desdibujar lo individual, avanza desde el fondo del aparcamiento en su dirección. El director de orquesta es Jarbar, que va a la cabeza emitiendo a grito pelado algún tipo de proclama. Caminan con prisa sin llegar a correr, moviendo los brazos a cada zancada casi al unísono. Y van lo suficientemente juntos como para mostrarse como una única entidad. Una suerte de célula física en la que cada uno de ellos ejerce una función mínima pero igual de relevante para el cuerpo. La actitud con la que se mueven también es de célula criminal, pero eso no les sorprende tanto.

Cuando el grupo llega a la altura de Curro, este se suma al comando y Las Gamers del Cinquillo creen escuchar algo así como «despejado». El ritmo de la acción se acelera. La escena parece ocurrir a cámara rápida, como si alguien hubiese dado al botón de aumentar la velocidad de un vídeo. Todas comparten una taquicardia galopante, menos Rosario, que está más cerca del desmayo.

Y corren, corren como quien va a perder el último tren de su vida, como quien acaba de robar una cartera, como quien se reencuentra con su mascota perdida desde hace años; incluso como si lo que estuviese frente a ellas fuese un esqueleto cubierto con una túnica negra, una guadaña en una mano y un listado en la otra.

Sí, están ante el fin de sus días.

Ha llegado su hora, piensan a pesar del chute de adrenalina que recorre sus cuerpos; sus nombres están escritos en esa lista. Morirán en un triste aparcamiento.

No hay razón que valga en esta situación. De hecho, no saben a ciencia cierta por qué huyen. El instinto es así: ves aproximarse un grupo con superioridad física, en un entorno casi deshabitado, y tu cuerpo tiende a escapar. Es irremediable. Por mucha valentía que hayas acumulado. Los instintos primarios están ahí para algo. Cada señal de alarma, cada pequeña incomodidad, cada sensación de desasosiego surge para indicarte que no estás en el lugar correcto. Si el corazón tiene razones que la razón desconoce, el instinto tiene razones que la lógica desconoce.

Las Gamers del Cinquillo corren a su ritmo, con la misma velocidad con la que huyeron el día que a Pili le dio por disparar una pistola o cuando Los Cristianos las perseguían por el mercadillo. O sea, dan grandes zancadas, avanzan a una velocidad poco extrema y tropiezan bastante más de la cuenta. Pero solo para quien las ve. En su interior sienten que están a punto de batir alguna marca internacional.

Y encima arrastran a Carmen. Pili tira fuerte de ella mientras oye cómo les grita: «¿Por qué nos vamos? ¡Hay que conseguir el puto décimo, coño!». Las sigue sin ninguna convicción, simplemente

porque Pili está ejerciendo toda la fuerza que le queda en llevarla consigo. Mientras se deja arrastrar, Carmen sabe que en peores batallas ha peleado, que, si no se ha amedrentado con situaciones muy violentas de su vida, esta panda de chiquillos a los que saca cuarenta años no debería asustarla. Por muchos que sean. Por muy rápido que se acerquen a ellas.

Sus contrincantes aceleran el paso por este ruedo en el que se ha transformado el aparcamiento. No demasiado, porque saben que no va a ser difícil alcanzarlas y tampoco quieren llamar la atención. A esa hora la zona está siempre tranquila y tienen oteadores cerca que les avisarían en caso de peligro. Y, aun así, sin ningún esfuerzo, están ganando terreno a las mujeres.

Cada vez están más cerca, apenas una hilera de coches separa a los dos grupos. Ellas continúan su huida sin agilidad, sin meta. Justo cuando han cruzado por el asfalto que separa la penúltima línea de estacionamientos de la entrada del aparcamiento, por la que han accedido unos minutos antes, un coche frena en seco junto a ellas.

La banda a la que no han llegado a poner un mote original se encuentra a escasos metros. Deben tomar una decisión acelerada. Como todas las que han tomado en la última semana: dejándose llevar por su instinto.

Casi ni escuchan el «¡rápido, subid!» que el conductor les suelta por la ventanilla. Pili abre la puerta de detrás de él y las cuatro entran en la parte trasera del coche.

Cuando arranca, van sentadas unas sobre otras. La incomodidad que tanto sufrimiento les causa en otros momentos no es ningún problema ahora mismo. Cuestión de prioridades.

Mientras se dan caderazos para hacerse un hueco en el asiento, giran las cabezas y miran a través de la luneta. La imagen del grupo que iba a acorralarlas se va reduciendo. Es lo que tiene la velocidad.

No saben qué les iban a hacer ni tienen el menor interés en averiguarlo. Para volver a respirar tranquilas, deben salir del aparcamiento, continuar por la estrecha calle de entrada, desde donde aún pueden ver cómo Los de Arriba gritan y levantan las manos, y llegar a la avenida principal.

Una vez que los han perdido de vista, miran por fin al conductor del vehículo que las está sacando del abismo. El coche huele a limpio y, por la ventanilla abierta, entra un aire fresco que las reconforta. Por esta vez han conseguido huir del esqueleto con la guadaña.

—¿Adónde las llevo, señoritas?

Se dirige a ellas con un tono cordial. Percibe las fuertes palpitaciones de sus pasajeras y no le cuesta deducir que necesitan una voz amiga.

—Joder, Dani, mil gracias.

Son las únicas palabras que le salen a Rosario tan pronto como descubre que el salvador no es otro que su lotero. Sus compañeras están tan tensan que ni reparan en que, saltándose sus propias reglas, ha dicho de nuevo un taco. En otro momento hubiese dado pie a bromas y risotadas, pero también es cierto que en otras circunstancias jamás lo hubiese dicho.

—¿Qué ha pasado? —les pregunta interesado.

—¡Sigue al grupo! ¡A los chavales! ¡Joder, que tienen nuestro décimo!

Carmen ha sido la segunda en recuperar la voz y desde luego tiene una idea muy diferente de lo que deberían hacer. Para ella, huir no es una opción. Ni siquiera tiene claro cómo ha terminado en ese coche en lugar de sosteniendo una conversación con Curro. Está en estado de shock y no por haber sentido que una panda de macarras iba a acabar con ella, sino por no haber preguntado por su maldito décimo, el que uno de esos tipos cogió de su propia nevera.

—Pero ¿tú estás loca? —le pregunta Rosario—. No vamos a seguir a nadie. Iban a pegarnos. ¡O algo peor!

—Eso no lo sabemos. No hemos podido preguntarles por el décimo. Hostias, hay que volver.

Carmen intenta abrir la puerta tirando fuerte del picaporte. El nerviosismo que lleva acumulado no le ha restado fuerza, pero, por mucho que intenta abrir la portezuela, esta se resiste. Tarda un rato en descubrir que el seguro está activado.

—¿De qué vas, Dani? ¿Encima nos encierras? Pero ¿qué coño es esto?

—Perdona, Carmen. No era por encerraros, sino para que ellos no pudiesen abrir la puerta.

—¡Ni se te ocurra quitar el seguro! —grita Pili mientras se agarra al sillón del conductor intentando adelantar el cuerpo como un niño que quiere colarse entre los asientos delanteros durante un largo viaje—. ¡Menos mal que estabas aquí! Pero ¿cómo nos has visto?

—Cuando os pité esta mañana no me hicisteis apenas caso. Iba a un recado y, al aparcar, os vi con el notas ese. Todo era muy raro. Más sabiendo en qué situación estáis. Así que no os perdí de vista. —Daniel habla acelerado, quizá imbuido por el ambiente del vehículo —. He dudado mucho sobre el porqué estabais hablando con esa

pandilla, pero las últimas palabras de Carmen me lo han dejado claro. Uf, por un momento había pensado que ibais a comprar drogas o algo. Se me va la cabeza. ¿Estáis seguras de que lo tienen ellos?

—Bastante seguras. —Carmen asume poco a poco que nadie va a ayudarla en su huida, que se ha quedado con el voto minoritario de ella misma—. Habíamos quedado con ellos para preguntárselo.

—Y entiendo que no os han dicho nada… —En realidad Daniel se ahorra el comentar que cómo pensaban que unos matones razonarían con ellas sobre diecisiete millones de euros. Poco razonan sobre cualquier otra cosa, así que el dinero eran palabras mayores.

—Ni hemos tenido tiempo de preguntar, estábamos intentando…

—A mi casa. Vamos a mi casa.

Dolo es la última en tomar conciencia de que, por fin, están fuera de peligro y también es la única que tiene claro lo que deben hacer. Está recuperando su color. Aprovecha el momento para sacar su laca y pulverizarse la parte delantera del peinado. Un sinfín de toses responden a su espray.

—No, a ver, espera. —Carmen no digiere tan rápido perder esta batalla—. Tenemos que hablar con ellos.

Mientras las cuatro pasajeras del asiento de atrás debaten sobre cuál debe ser su próximo destino, Daniel avanza por el barrio sin rumbo fijo. No quiere detenerse; de alguna forma, se ha contagiado del pánico que destilan sus clientas. Pasa de largo su administración de lotería, de la que cuelga el cartel de VUELVO EN CINCO MINUTOS que dejó cuando salió hace ya más de una hora. Avanza hasta el cambio de dirección que se encuentra ante la plaza peatonal en la que ya se ve el ritmo propio de la hora de comer. Gira hacia la derecha,

bordeando la nueva tienda de nutrición deportiva, y se dirige hacia el Estrella.

Sabe en qué edificio viven Carmen y Rosario, y se hace una idea de cuáles son los de las otras dos. Le gusta estar al día del barrio, conocer a cada vecino y estar al tanto de sus vidas. Esto forma parte del éxito de su negocio.

20

Llegada a casa

Nadie es capaz de sacar a Dolo de sus trece. Sentada justo detrás del conductor, mira a un punto fijo de la tapicería. No se gira para interpelar a sus amigas ni cambia de tono. Solo dice: «Mi casa, mi casa, mi casa», cual disco rayado o extraterrestre adoptado por niños humanos.

Se siente fuera de lugar. Resignada a ocupar un vehículo que da insistentes vueltas por unas calles que se conoce de memoria. No, no está disfrutando de este viaje, y eso que suele gustarle que la lleven de arriba abajo sin rumbo. Pero ahora no siente esa despreocupación.

El barullo del coche sube de decibelios y Daniel valora encender la radio para distender el ambiente. «¿Qué música les gustará escuchar?», piensa. O mejor dicho, ¿qué podrá distraerlas? ¿Quizá algo de música clásica? ¿Mejor reguetón para que discutan sobre las palabras que no entienden? Solo desea que escojan destino de una vez.

Cada «mi casa» que oye le provoca unas ganas voraces de pisar el freno y dejarlas allí mismo. Cuenta hasta diez y se vuelca en pensar que esas mujeres no están para dejarlas tiradas en cualquier lugar.

No lo haría en ningún otro momento, pero mucho menos sabiendo lo alteradas que están, y la de días que llevan buscando su premio.

Por cada nuevo «mi casa» el grupo se va convenciendo de que la casa de Dolo es su destino. Carmen es la excepción. Ha asumido que hoy no va a ser el día en que hable con Curro, pero no quiere darle la razón a Dolo.

—Daniel, a mi casa.

Dolo lo pide con un tono más grave. De verdad, ¿qué es lo que no entienden? Tampoco está diciendo nada tan loco, ¿no? Que anoche hubiese un matón en su salón no es motivo para que rehúyan de su hogar.

—La segunda a la derecha. —Piensa un momento y rectifica—. La tercera, perdona.

El lotero acelera para pasar un semáforo en ámbar. Cuanto antes llegue, menos discutirán sus pasajeras y menos tendrá que escucharlas él. Que no es por no dedicarles su tiempo y apoyarlas, pero su administración lleva demasiado tiempo cerrada. Daniel se entretiene contando mentalmente las personas que se habrán acercado durante ese rato, los habituales del lunes por la mañana, y valora cuántos de ellos volverán por la tarde y cuántos se habrán ido al nuevo estanco que vende loterías.

—Aquí, aquí. Para.

Obedece a Dolo y se detiene sobre un paso de cebra. Las mujeres se van bajando del vehículo mientras se recolocan la ropa y se sacuden las caderas como si fuesen una esponja y ese rato de estar encimadas las hubiese menguado y con solo unas sacudidas recuperaran su tamaño.

Carmen las sigue hacia el portal. Es la inercia del grupo, la que está tan presente en la vida de los adolescentes… y de los no tan adolescentes. Pasen los años que pasen, y por mucha fuerza personal que se tenga, esa inercia continúa haciendo de las suyas. A veces es inevitable ir como va Vicente, a donde va la gente.

Y ahora es Carmen la que sigue al grupo, cabizbaja, dejando que en su cabeza se mezclen unas ideas con otras cual coctelera en hora de dos por uno. Ante ella pasan mil escenarios posibles, y en la mayoría visualiza otro cara a cara con Curro. En algunos se lo cruza por la calle, en otros le sigue durante días, en otros por fin acude a la policía… Mil futuros posibles atraviesan sus pensamientos como si fueran universos paralelos en los que todos ellos implosionan al mismo tiempo.

El mundo de la ucronía, plantear lo que pudo haber sido y no fue, es un mundo oscuro cargado de suposiciones, de extraños compañeros de escena y de salidas surrealistas. A Carmen la está devorando un poco ese mundo, el porqué no fue hacia Curro cuando pudo, el porqué se ha subido al coche de Daniel. Esos planteamientos sobre el pasado reciente se mezclan con el futuro posible y se siente muy desconcertada.

Sus compañeras no tienen la mente en el futuro. Al menos no en el tan lejano. El inmediato a sus edades siempre está presente.

Ahora solo quieren entrar al piso, sentarse, quitarse los zapatos, tomar algo fresco y comentar lo ocurrido. Analizarán perspectivas, compartirán sentimientos, indagarán —de una forma muy distinta, mucho más cercana al mero cotilleo— sobre lo que pudo haber sido y no fue. Básicamente lo mismo que hace la mitad de la población cuando acaba un partido importante de fútbol o un reality, y lo que

siempre han hecho ellas cada vez que han finalizado una buena partida de cartas.

Dolo sube los escalones de dos en dos a pesar del agotamiento que acumula su cuerpo. Necesita llegar a casa. Solo eso, solo llegar a casa.

Cuando por fin vislumbran la puerta del piso, el eco de recuerdos recientes las envuelve. No hace ni un día que fueron amenazadas allí por un traficante. ¿Y hoy han tenido que huir de un grupo de vándalos? Si hace un par de semanas alguien les hubiera dicho que les iba a pasar todo esto, habrían creído que les estaba resumiendo una película o una novela.

El temor de que pueda ocurrir lo de anoche y de que haya algún extraño en la casa flota en el ambiente. Que no les hablen a ellas de situaciones poco probables. Sin embargo, Pili lo resuelve en cuanto Dolo da el último giro a la llave. Entra directa a la cocina, a apenas cuatro pasos de la entrada, y coge la misma sartén de anoche. La levanta con el brazo derecho y recorre la casa en una postura digna de una profesional de la seguridad privada: piernas flexionadas, sartén a suficiente distancia de la cara, pasos sigilosos…

Las demás no se mueven. Entienden sus intenciones y prefieren dejarse guiar por ellas. La esperan en el recibidor, junto al taquillón. Desde ahí la ven entrar habitación por habitación.

Rosario enreda con los papeles que Dolo tiene acumulados junto a las llaves. La mayoría son folletos comerciales. Seguro que dará buen uso a sus promociones. Cuando los coge, más para entretenerse que por interés, un pequeño papelito se desliza entre ellos y cae al suelo.

Casi se desmaya. No puede ser.

Se agacha a recogerlo y, sí, es un décimo del Euromillones con sus números premiados.

Dolo la ha estado observando. Ha visto perfectamente cómo se le ponían los ojos en blanco y cómo se agarraba el pecho con la mano. Se siente en la obligación de intervenir aun con todo el cansancio que le ha producido subir las escaleras.

—No es ese, Rosario. —La aludida la mira perpleja. No entiende nada—. Fíjate en la fecha. Es el anterior, el que me tocó guardar a mí.

Rosario suspira con fuerza mientras confirma lo que acaba de escuchar. Por un momento su mundo se había desmoronado, ¿y si hubiesen pasado por nada todas las penurias que han soportado?

Se quedan ahí, quietas, recuperando la respiración, hasta que Pili confirma que no hay moros en la costa. «Hoy no hay nadie» son sus palabras.

Dolo recupera su energía y entra al salón haciendo gestos a las demás para que la sigan.

—Hija, Dolo, espera. ¡Déjame tomarme un vasito de agua, de verdad! Lo necesito.

La anfitriona ignora las súplicas de Rosario y la empuja hasta el salón sin decir ni una palabra. Invita a todas a sentarse llegando a darles pequeños empujones para que pongan el culo en los cojines. Pili, Rosario y Carmen obedecen y se reparten los espacios, dos en el sofá y una en el sillón. Una vez acomodadas, Dolo tira su bolso sobre la pequeña mesa de comedor y se pone a rebuscar.

En esos segundos podrían haber circulado muchísimas opciones por los pensamientos de las tres invitadas, pero no es así. Están a la expectativa y aún en estado de alerta.

Por fin Dolo encuentra lo que busca. Deja sobre la mesa todo lo que ha tenido que sacar para encontrarlo: laca, botes de pastillas, folletos varios, tres bolis, una baraja de cartas y un envase de cruasanes. Agarra con fuerza el objeto de su búsqueda y lo deposita en la mesa baja que hay delante del sofá.

Ahí, sobre el tapete de ganchillo, donde hace unos días estaba un pastillero cargado de droga, ahora se encuentra una cartera. Bastante roída, a decir verdad. Tanto que el tono amarillo fosforito que en algún momento fue el original ha mutado en un marrón tosco, moteado de salpicaduras de vete a saber qué líquido, aunque tras las manchas todavía se distingue un pequeño dibujo de algún personaje de animación.

No hay que conocer mucho a Dolo para saber que ese no es su estilo. Sus carteras siempre son de imitación a piel, con algún logo falso y muchas cremalleras. No creen que Mamadou venda nada similar a lo que están viendo.

Lo que tienen ante ellas encaja con una persona descuidada, sin gusto y desde luego joven.

Antes de que alguna pregunte el lógico «¿qué coño es eso?», el bip-bip que indica un mensaje en el WhatsApp de Pili empieza a sonar, y lo hace varias veces. Como si quien estuviese escribiendo tuviese prisa en ir enviando cada frase, como si fuese un riesgo —ya sea por temor personal o por miedo a olvidar algo— esperar a contarlo todo en un único envío.

Pili saca el teléfono del bolso que guarda en su regazo. Este sonido le provoca temor por si se tratara de una urgencia familiar.

Nadie le mandaría tantos mensajes seguidos a excepción de los grupos. Pero ya no es hora de memes de buenos días y además los

tiene silenciados. Al ver el remitente se relaja un poco. Es Cristian.

Ya puedo confirmaros que Los de Arriba lo tienen

O, bueno, lo tenían

Quiero decir, que parece que ya no lo tienen

Los he oído

Pili levanta la pantalla y consigue que las demás se agrupen junto a ella para leerla. No espera ninguna respuesta o indicación. Se está acostumbrando a trabajar en solitario. O puede que simplemente le sirva ver la cara de perplejidad de sus amigas para tomar la iniciativa.

Qué quieres decir?

Los he visto de casualidad

Estaban hablando con una señora

Bueno, hablaba Curro. Los otros como apartados

El «escribiendo» que aparece en el chat se hace tan eterno que Pili está a punto de llamarle por mucho que se haya convencido de que las llamadas, si no son a los más cercanos, son siempre la última opción. Nunca sabes en qué situación vas a encontrar a alguien. Finalmente llega otro mensaje.

Estaba hablando con una mujer y le decía "ría, lo intentamos"

Perdón, no ría, lía

Joder, no. Tía
Quiero decir. Le decía "tía, lo intentamos". Eso

Pili no entiende nada más allá de que se ha encontrado a Los de Arriba y estaban hablando con una mujer. Vuelve a saltar el «escribiendo».

Estaban enfadados. Eso seguro
Después Curro le dijo "no vamos a arriesgarnos más, no nos viene bien esto ahora"

Pero han dicho algo del décimo?

No, pero estoy seguro de que hablaban de eso
Joder, segurísimo. Lo he sentido

—Ya estamos con las premoniciones —dice Carmen en tono enfadado—. Pregúntale al menos quien era la mujer, anda.

Quién era la mujer?

Ni idea. Pero la llamaba tía de verdad, eh. No en plan colegueo. Vamos, creo que era su tía

Tía de familia, de hermana de algún padre, vamos

Algún rasgo físico al menos?

Pues estilo a vosotras

Pelo corto y cano

Pantalón como oscuro, no sé

Tenía un verrugón

Al final se marchó con un gordo que iba dando tumbos agarrado a una lata de cerveza

Gracias, Cristian, ya hablaremos

Y ese ya hablaremos quiere decir tantísimas cosas… Entre ellas, que no tiene fuerzas para seguir escribiendo y que despedirse es la salida más fácil para finalizar la conversación. Pero también que tienen que atar cabos. ¡Y vaya si los hay!

21

Buena suerte

Pili deja el móvil de forma lenta en la mesa, como si temiese que el más ligero roce a esa cartera que está frente a ellas le trajera una maldición eterna. Con ese gesto también abandona la opción de hablar del mensaje que acaban de recibir, porque tiene tela marinera. Antes hay otras cuestiones que resolver.

—Bueno, a ver. ¿Qué es eso, Dolo? ¿Dónde has encontrado esa cartera?

El ambiente se relaja ante el tono amigable de Pili. Carmen aprovecha el impasse para levantarse e ir directa a la cocina. Regresa con cuatro cervezas. Ella se metería una por vena, incluso las cuatro, con tal de olvidar la última información facilitada por Cristian.

—Había poco donde escoger —se excusa mientras abre la suya. Ese chisporroteo la calma.

—A lo que vamos. Dolo, ¿de dónde has sacado eso?

La aludida se levanta y comienza a andar por el salón. Como si fuese Poirot cuando ya tiene a todos los sospechosos en la misma sala y pretende resolver el misterio.

Solo que no dice nada.

En un par de ocasiones se gira hacia sus amigas y mueve la mano como dando a entender que va a comenzar a hablar. Pero no lo hace. Como si se le hubiese comido la lengua el gato. O el conejo, que diría ella.

—Esta es capaz de habérsela robado al Curro —interviene Carmen que, tras el primer sorbo de cerveza, con el que ha ingerido la mitad de la lata, se encuentra más lúcida.

Dolo se gira hacia ella con expresión de susto: ojos muy abiertos, brazos en tensión, boca en forma de o.

—No, no puede ser —dice Carmen adoptando casi el mismo gesto.

El silencio de la anfitriona está cayendo sobre las demás como la pesada losa que las habría encerrado si el esqueleto con guadaña, que creyeron ver, las hubiese alcanzado.

—Di algo, Dolo. Por Dios. —Rosario tampoco entiende nada.

—Sí… A ver… Sí… A ver, bueno…

Dolo parece haberse quedado trabada en una conversación con mala conexión. Repite expresiones dispares y no avanza por temor a que el otro no le siga el hilo.

—Sí. Es eso. —Son las únicas palabras que por fin le salen.

—¿Sí es qué? —Pili está desubicada—. ¿La has encontrado o la has robado?

—Lo segundo.

El nuevo cariz de persona totalmente impredecible de Dolo las tiene anonadadas. Ni en sus más locas cavilaciones habrían apostado dinero a que Dolo robaría algo. Y ya lleva, como quien no quiere la cosa, un pastillero llenito de éxtasis y una cartera mohosa.

—Pero ¿es de Curro? —Carmen empieza a ver una pequeña luz. Una luz aún medio adormilada, pero que desea que pronto se

convierta en una enorme estrella.

Dolo hace un gesto afirmativo mientras mantiene los ojos fijos en el suelo. De nuevo como una niña que sabe que ha cometido un error y está a la espera de recibir su castigo.

Las miradas que se entrecruzan son pura energía. Están a la altura de la de unos niños el día de Reyes o la de unos piratas que, tras años de búsquedas y de mapas encriptados, dan con el tesoro. Lo mismo da.

Pili se lanza hacia la mesa. Ya no ve ningún maleficio en ese objeto desgastado, como si alguien fuera a llevarse aquella cartera o como si la primera en cogerla fuese a ser la única dueña de su contenido.

Cuando la tiene en las manos, se acomoda en el asiento y mira a sus amigas. Pocas veces ha compartido con ellas un momento tan vibrante. Depositan todas sus ilusiones en el próximo movimiento. Quieren confiar, ver la salida al final del túnel, creer que al fin tienen un as en la manga.

—¿La abro?

Pili no sabe muy bien por qué hace esa pregunta. ¿Qué va a hacer si no? Lo que tiene ante ella no es ningún objeto de coleccionista donde hay que valorar si al estropear el envoltorio se pierde valor económico.

Aquí no hay otra salida y lo sabe de sobra.

En cuanto separa las dos solapas de la cartera, sus tres amigas ya casi han puesto sus cuerpos sobre ella como suelen hacer para no perderse nada cuando les muestra algo en el móvil.

Pueden tener al alcance de sus manos el cofre que más han deseado, aunque no vaya a salir ninguna luz resplandeciente de él,

como ocurre en el cine.

Saca todo lo que encuentra: tarjetas, carnet de identidad, billetes, monedas, una pequeña bolsita llena de polvo blanco… No hay nada más.

—Dámela —dice Carmen—. No estás mirando bien.

—Como si hubiese muchas maneras de mirar una cartera…

Aun así, cede y se la entrega. No tiene nada que perder. Cuando Carmen la coge, vuelve a dirigirse a la cocina.

—¿Otra cerveza? —comenta Pili en tono de sorna.

—Que no, coño.

Al regresar, trae una tijera de pescado con la que hurga en las costuras de la cartera.

—Si escondes algo, ¿lo vas a dejar a la vista? ¿Vas a permitir que se caiga cuando saques otra cosa? —comenta Carmen mientras recorta. Le está saliendo perfecta la manualidad.

—Mira cuánto sabe esta —dice Rosario para evitar el silencio.

Carmen sigue su labor. En cuanto separa lo suficiente los dos trozos de piel que conforman la cartera, tira de las dos partes con todas sus fuerzas.

Es de ahí, de entre el tejido, de donde saca una especie de folio doblado en varias caras. Lo desenvuelve y ve cómo cae sobre el tapete de ganchillo otro papelito que estaba oculto dentro de ese.

Diecisiete millones de euros ante ellas.

Los números 07-20-24-34-48. Las estrellas, el 1 y el 8.

Lo tocan, le dan la vuelta, lo palpan con esmero, por si su vista las engaña. No sería la primera vez.

Pero no. Es real.

Totalmente real. Porque no cabe la posibilidad de que se trate de una copia, ¿verdad?

No se mueven.

No reaccionan de forma externa, pero por dentro son un auténtico maremoto de emociones.

—No puede ser tan fácil —dice Rosario, que continúa con el comecome de que algo saldrá mal, de que quizá es falso, de que tal vez se han equivocado de número o de fecha, como le ha pasado a ella hace unos minutos.

—¿Llamas fácil a todo por lo que hemos tenido que pasar estas semanas? —Pili se indigna—. En serio, ¿fácil? ¿Ha sido fácil seguir a Los Cristianos y que nos acaben dando una pista? ¿Ha sido fácil encontrar al Curro de los cojones? Por no decir todo lo que nos ha traído esto desde que fuimos a buscar el décimo al casino. Por si no lo recuerdas, aquí mismo, anoche, nada estaba siendo fácil. Dolo casi se muere por el camino.

—Tranquilas ahora —interviene Carmen—. Dolo, ¿cómo has conseguido esto? Todavía nos puede dar problemas que hayas robado la cartera.

—Carmen, hija, tan espabilada para unas cosas y… ¿Cómo van a denunciar el robo de una cartera que contenía un décimo robado y unos polvitos blancos que ya sabemos de sobra lo que son?

—Tienes razón, Pili. Pero, Dolo, en serio, ¿cómo has conseguido esto?

—Pues me acordé de la mala de la telenovela. Siempre abraza a sus enemigos y les roba algo. Su intención es conseguir poder sobre ellos para hacer una especie de hechizo. En cuanto lo vi, me vino

eso a la cabeza. Al abrazarlo, noté su cartera. La llevaba en un bolsillo de la cazadora. Y la cogí. Sin más. Yo qué sé.

—¿Y la tenías en tu bolso durante todo el rato que hemos pasado en el aparcamiento?

—¡Claro! Por eso os dije que nos marchásemos en cuanto el Jarbar ese se fue supuestamente a por la droga. Pero me ignorasteis, ni me oísteis. Estaba un poco nerviosa, no se fuese a dar cuenta, aunque ni yo sabía lo que contenía la cartera, claro.

Carmen está acariciando con suavidad el décimo, comprobando que cada arista es igual a tantos otros décimos que ha tenido entre sus manos.

—Hay que llamar a Daniel.

Mientras lo dice, saca su teléfono y busca el número de la administración de lotería. Nadie responde. Entre unas cosas y otras, se ha hecho tardísimo y, para colmo, mañana es día festivo.

—¿Alguien tiene su número personal? —pregunta Carmen con un ápice de esperanza, aunque solo recibe respuestas negativas—. Podemos dar una vuelta a ver si lo vemos. Quizá en un rato baje a tomar un café al Estrella.

—Nunca le hemos visto allí si no hay partida —responde Rosario.

—Además, no creo que sea buena idea andar por ahí dando vueltas. Esos chavales siguen en la calle, ¿sabes? —corrobora Pili.

Sí, Carmen lo sabe, pero, a pesar de lo que ha vivido, no tiene miedo. Continúa sin verlos como una amenaza, y mucho menos ahora, que ya no necesita hablar con ellos. Otro temor la invade, ¿quién va a guardar el décimo? Ella no está dispuesta a llevárselo a casa. Si han entrado una vez, pueden hacerlo otra. Y por mucho que

Cristian diga que Los de Arriba lo van a dejar pasar, no se fía nada de sus investigaciones.

Toda la alegría inicial de tener el décimo entre sus manos comienza a diluirse. No parece que ninguna esté dispuesta a salir en busca y casi captura de Daniel. Eso implica pasar como mínimo un día y medio custodiando ese trozo de papel. Ahora mismo, se agota solo con pensarlo.

Dolo ve la tensión en su cara.

—¿Qué, comemos algo? Es tarde, pero al menos yo me muero de hambre. Es una auténtica chorrada eso de que, si se te pasa la hora, se te quita el hambre.

—Yo lo que abriría es una buena botella de vino o de lo que tengas. Esto hay que celebrarlo —responde Pili.

—No, no vamos a celebrar nada aún —Rosario lo suelta como si fuese la máxima obviedad—. Hasta que no tengamos el premio no se celebra nada. No sé a vosotras, pero a mí sigue pareciéndome imposible que hayamos dado con el boleto. Hay algo que me chirría y me dice, como ya he comentado antes, que no puede ser tan fácil. Ya sé que Pili no lo ve así, pero no puedo evitar esa sensación.

—Pero comer, sí. ¿No?

Dolo acaba la frase de camino a la cocina. La hora de la comida ha pasado hace tiempo y el protocolo impone preparar té —en bolsitas, que esas nunca le faltan— y sacar unas pastas.

Revuelve entre los armarios hasta encontrar una caja azul de hojalata que no recuerda ni quién le regaló. La abre y cuando va a sacar cada galleta de su envoltorio se decide por llevar la caja entera. No es momento de controlar la ingesta.

Prepara también la cafetera italiana con el torrefacto que lleva usando media vida. Necesita el café rápido y el de puchero no es famoso precisamente por eso. Lo pone todo sobre una bandeja de plástico estampada con unos torpes granos de café. En un par de viajes lo lleva todo al salón y lo dispone en la mesa apartando un poco el décimo. Sería el colmo que ahora cayera bebida en él.

A Carmen le ha tocado una pasta anisada, y empiezan a entrarle ganas de hacer una tarta. Es lo que necesita para salir de ese bucle de pensamientos en el que se halla desde que recuperaron el décimo. Debe ponerse a cocinar y enfrascarse en una actividad rutinaria que requiera toda su concentración.

—Yo creo que me voy a ir. Necesito estar tranquila. Me pone muy nerviosa pensar cómo vamos a guardar el décimo.

Las demás reflexionan unos instantes. No había pasado por sus cabezas esa preocupación. Bastante han tenido yendo de aquí para allá como para ponerse a pensar en detalles prácticos.

—Lo mejor será que se lo lleve Pili —opina Rosario—. En su casa siempre hay gente y si entra alguien les será más fácil detectarlo.

—Sin problema. Yo me lo llevo. Puedo trabar la puerta de entrada con unas cuantas sillas. Si alguien entra, los oiré. Aviso ahora mismo a los niños para que vengan a buscarme y me escolten.

Aceptan la proposición, sorprendidas de lo rápido que ha pensado una táctica. Sí, lo mejor es que el décimo pase la noche en el hogar más protegido. La tranquilidad de Pili seguro que le proporciona mejores capacidades para cuidar del boleto.

Dan buena cuenta de las pastas y se despiden con la intención de pasar mañana todo el día juntas protegiendo los aún inexistentes

millones. La encargada de su protección nocturna recoge el boleto de la mesa con cuidado y procede a guardarlo.

—Pili, mujer, no te lo guardes en el entreteto. Mételo en el bolso, anda.

—Sí, hombre. Como para que me den un tirón ahora.

22

Día festivo en el calendario

El décimo ha sobrevivido a su noche en casa de Pili. Toda la familia está informada de dónde se esconde. Han pasado las horas de sueño bastante despiertos, entrando y saliendo de la habitación donde se encuentra para comprobar que todo sigue en orden. Sin embargo, casi no se han dirigido ni una palabra, como si el silencio fuese requisito para que nada malo ocurra.

Durante el día, la casa se va a quedar vacía. Es festivo y todos tienen sus propios planes, así que Las Gamers del Cinquillo se ven obligadas a dar forma a un último plan. Todas desean que sea eso, el último.

Me voy a quedar sola en casa. Debemos buscar dónde pasar el día

Dolo
Venid a mi casa!

Carmen

Estás boba?
En tu casa había un matón el otro día.
No creo que la mía sea tampoco buena opción

Dolo
Pues yo no quiero pasar estas horas
con el conejito.
Que bastante nerviosa estoy ya

Rosario
Y si vamos al hotel Colosal Plaza?

Dolo
El que está saliendo del barrio?
Fui a una boda y se comía fatal

Rosario
No creo que eso sea lo que nos preocupe
ahora, Dolo

Me parece buena idea, pero yo no tengo un duro

Carmen
Tranquila, Pili. Yo te lo adelanto, que en un par de días me lo podrás devolver con buenos intereses 

Pili se suma enseguida a la propuesta de Las Gamers del Cinquillo de pasar la jornada en un hotel y, ya que no va a participar económicamente en el pago de este, se dedica a gestionar la reserva. Una noche, cuatro mujeres, ¿mejor dos habitaciones o una con cuatro camas? Sí, mejor dos, ella dormirá con Dolo.

Mira la web de reservas mientras en el chat continúan hablando.

Proponen partida de cartas y tartas.

Sale de su casa escoltada por Eduardito y Manuel júnior, con los que ya ha concertado que irán a recogerla. El trayecto es del todo cotidiano. Por primera vez, desde que todo esto comenzó, no se siente perseguida. Aunque lleve varios millones sobre ella. Incluso disfruta del camino recreándose en cada aroma del barrio, en cada persona que está donde tiene que estar, en cada desayuno que ve cómo se está sirviendo en los bares y cafeterías, que son lo único que a estas horas está abierto.

Su escolta la acompaña hasta la recepción. El resto del equipo ya ha llegado y están a su espera para descubrir qué habitaciones les han tocado. Como si pudiesen fantasear con vistas al mar o jardines decimonónicos en un hotel que da a la carretera por un lado y a la gasolinera por el otro.

Preguntan a los chavales qué tal han pasado la noche. Confiesan que no han dormido mucho, pero lo hacen con grandes sonrisas en la cara, como si se tratase de una noche sin dormir por una buena fiesta o una buena compañía. Se ve que las emociones que provoca el dinero no distan tanto de otras. Se entiende perfectamente en su situación, están viendo una salida a los líos en los que están metidos.

Se marchan enseguida y al poco les sigue Tere, que también se ha sentido en la obligación de ejercer de segurata de su madre y tiene plan. No tardan en quedarse solas y alcanzar el ascensor. Suben las tres plantas entre sonrisitas nerviosas, provocadas más por la extrañeza de estar en un lugar como aquel que por lo que esconde Pili en el entreteto. Llevan poco equipaje, la mayoría ha optado por una bolsa de deporte con un par de mudas y un pijama. Dolo porta una bolsa de un centro comercial, ahí van su pastillero y un camisón sin estrenar que guardaba para grandes ocasiones que ya nunca iban a llegar.

Al abrir la primera habitación descubren un espacio sencillo, con dos camas antiguas y un cuadro descolorido. Se fijan en la moqueta, está más sucia que la del casino.

Aun así van depositando sus cosas y Carmen dispone sobre la mesa de escritorio que se ubica bajo la ventana las dos tartas a las que dedicó la tarde anterior. Tenía en la olla un cocido por el que pasó la noche en vela, pero no ha encontrado una forma cómoda de cargar con él.

Primer paso, por tanto, desayunar. Vacilan sobre si pedir que les suban unos cafés calientes, pero rechazan la idea. Puede que sea carísimo. Al segundo bocado, Pili no aguanta más el tema que han callado desde que ayer recibieron los mensajes de Cristian.

—¿Puri y Aurelio están liados? Y, lo que es más fuerte, ¿están detrás del robo?

Se lo suelta dirigiéndose a Carmen, como si ella supiera algo así de su ex. No, ni sabe ni quiere saber.

—Eso parece —responde con obviedad—. No creo que haya muchos gordos borrachos con esas señas por aquí ni tanta señora

con una verruga descomunal. No es raro que Puri haya acabado con el sinvergüenza. Si el otro día estaban apuntados juntos al torneo…

—Anda, es verdad —responde Pili a la par que hace un gesto levantando el pulgar para indicar a Carmen que la tarta está tremenda—. Ni me había acordado. Pero qué hija de puta. Qué hijos de puta, ambos. Por cierto, anoche me entretuve un rato en Facebook y, efectivamente, la subnormal de Puri es hermana de la de la imprenta de Arriba. Me ha costado encontrarlo, no os creáis. Pero sí, parece que Curro es su sobrino de verdad.

—Esa mujer nunca hace nada bueno —comenta Rosario recordando todos los líos que ha montado en el vecindario—. Pero esto ya me parece demasiado, ¿robarnos? Es que no me lo creo.

—Muy cabrona, muy cabrona —interviene Dolo—. El tema ahora está en cómo vamos a devolvérsela.

Las demás la miran sorprendidas; las telenovelas están convirtiéndola en una mujer vengativa. Aunque no niegan que les gusta esa versión. Prefieren verla como una superheroína que devuelve lo bueno a los buenos y lo malo a los malos.

—¿Devolvérsela? —pregunta Carmen—. ¿No crees que tiene suficiente con aguantar al sinvergüenza ese?

Asienten sin entrar más en el asunto porque entienden el agobio de Carmen, que sigue dándole vueltas a cómo entraron en su casa. Fuese Puri, Aurelio o Curro, eso da igual. Pero alguien entró y no logra saber cómo. Es probable que nunca lo averigüe. Su ex no debería tener llaves, pero es la persona menos de fiar de la historia. Si las tuviera y entrase como Pedro por su casa, significaría que ella es una madre horrible porque no se enteró de que un intruso merodeaba por su hogar. Joder, continúa sin creer que le pasase a

ella. Que justo tocase el número cuando estaba en su posesión, que justo Aurelio se enterara al momento y entrara o facilitase la entrada a alguien. Pero no, eso no le suena raro. Lo visualiza a la perfección comprobando esos números cada noche, teniendo una lista de quién guarda el décimo cada semana. No se acordará de dónde ha tomado la última, pero para robar pasta tiene la mente al cien por cien. Siempre ha sido así.

Ante la pregunta de si no creían que Puri tenía suficiente castigo con aguantar a Aurelio, la respuesta ha sido unánime: sí, lo tenía. Poco más les queda por hacer de ese lado.

Además, no quieren venganza. Al menos no por el momento. Incluso Dolo se va calmando. Está demasiado concentrada en toquetear la tela de los edredones para evaluar su calidad. En el punto en el que están, solo ruegan para que las horas pasen y llegue por fin el miércoles para ir a la administración de lotería.

—He estado buscando cómo se cobra —explica Pili en un arranque de pragmatismo—. Pone que se puede ir directamente al banco.

—Hasta que un profesional como Daniel no me confirme que todo está en orden, yo no daría ningún paso —asevera Rosario.

—También creo que es la mejor opción. Hoy nos toca estar entretenidas para no pensar en ello —comenta Carmen—. Y encerradas, no es plan de que nos encuentren por ahí. Venga, ¿con qué empezamos? ¿Cinquillo para calentar?

—¿Y si nos damos a un mus? —propone Rosario—. Hace mucho que no me tiro ningún órdago.

—¿Crees que tenemos la cabeza para mus? Con un cinquillo vamos que chutamos —determina Pili.

La jornada pasa más rápido de lo esperado; buenas tartas, todo tipo de partidas y solo un incidente enseguida solventado cuando Dolo insiste en que quiere poner la telenovela cuando comienzan a jugar al tute.

Ninguna conversación sobre lo que podría pasar mañana.

Cuando el sol comienza a ocultarse y llega el momento de encender la luz, toman conciencia de que el día se está acabando. De que están a punto de salir del limbo que separa la vida rutinaria de la vida millonaria. Aunque no las tienen todas consigo: el limbo provoca demasiada incertidumbre.

La última tirada de cartas va enfocada a determinar en qué cama dormirá cada una. La primera que saque el número más bajo escoge y así sucesivamente. Después, un trasiego de cepillados de dientes, cremas de manos, pastillas y varias chanzas sobre el camisón de Dolo hasta que por fin cada una ocupa su lugar. Lo más probable es que todas pasen la noche en vela.

Amanece con ese sol melancólico que inunda de color rosado el barrio. Anima a la reflexión de que madrugar tiene sentido, como si la naturaleza les estuviera guiñando un ojo.

Aun así, las calles acogen el trasiego habitual de trabajadores perezosos, estudiantes que corren hacia el autobús y deportistas matutinos. Las Gamers del Cinquillo son de aprovechar la mañana, pero sus salidas suelen darse ya en horario comercial. Ese ritmo en el que se puede respirar la prisa no es lo habitual. Pero es prisa exactamente lo que sienten, ni se han pasado por el bufet de desayuno del hotel. Y mira que Dolo ha insistido.

Cuando Daniel se aproxima a su puesto de trabajo, atisba a cuatro mujeres apiñonadas al lado de la puerta de su establecimiento. Si girara la mirada hacia la izquierda, vislumbraría en un banco a los dos hijos de Pili como escoltas.

Acelera el paso esperando buenas noticias.

—¿Lo tenéis?

Son las primeras palabras que el lotero pronuncia en alto desde que se ha levantado. Suenan un poco ásperas, como si se las estuviesen arrancando de su garganta a la fuerza. No era su intención.

Como respuesta, Pili se baja con la mano derecha la tela de la camiseta a la altura del escote. Por mucho que le han insistido, no han conseguido que lo guarde en otro sitio. «Solo ahí me enteraría si me lo quitan», ha dicho categórica.

No es la visión que Daniel esperaba para empezar la mañana, pero ese trocito de papel que se deja entrever sobre el sujetador de Pili le da la respuesta.

Sube la persiana con celeridad y las invita a pasar mientras enciende las luces y cierra la puerta de la calle con llave. Camina por la estancia, pensativo.

Tras un rato de dejarle hacer, Pili saca el boleto con un gesto propio de una maga sobre el escenario.

—Mírala, lo ha sacado como a un conejo de la chistera —dice el lotero intentando rebajar el tono nervioso que puede apreciar en ellas.

—Pobres conejos, si es que les hacen de todo —responde Rosario mientras mira de soslayo a Dolo por si lanza una broma en ese instante.

Daniel no dilata más el momento, enciende el ordenador y se acerca a él. Las cuatro mujeres lo rodean y Pili le cede el boleto.

Es un acto casi ritual.

Ellas nunca usan el escáner de comprobaciones de la entrada. Esperan su turno y le piden que compruebe sus apuestas. Siempre ha sido así y una especie de superstición les indica que así debe continuar.

Posiciona el décimo bajo los rayos de luz y espera el resultado.

Es muy obvio decir que la tensión se palpa en el ambiente, pero es la realidad. Son segundos que pasan muy lentos. Segundos que huelen a años. ¿Y si se cumple el peor de sus presagios y este no es el boleto original, sino una copia realizada en la imprenta de la madre de Curro? Todas lo han pensado, pero ninguna ha querido verbalizarlo. Sudan. El corazón se les acelera. Carmen saca un pitillo y lo parte sin querer en dos. Están literalmente de los nervios… hasta que reciben un gesto afirmativo. Un ligero movimiento de cabeza por parte de Daniel desata en ellas toda la euforia contenida. Los nubarrones negros se disipan.

Toda la tensión, la presión, la incertidumbre y los riesgos de los últimos días se condensan en unas miradas húmedas y en unos labios apretados que denotan que nunca se han visto en esa situación. Por ello no saben cómo afrontarla.

Fuegos artificiales, confeti, serpentina. Música celestial. Una cartulina de un metro cuadrado con los bordes dorados cayendo desde el techo con un número impreso: 17.000.000 DE EUROS.

Nada de eso ocurre. Pero será como lo describan cada vez que en el futuro cuenten la historia. Y no porque quieran alardear. Simplemente es como lo están viviendo.

23

Azar

Tardan unos segundos en darse el abrazo que llevan anhelando días. Han tenido tanto miedo de que este periodo de buena suerte y mala racha no acabase nunca que no terminan de creerse que por fin tienen el premio. Ha finalizado el calvario. Por fin darán rienda suelta a todos los sueños que han tenido en su vida, si es que alguno de ellos conlleva gastar cantidades ingentes de dinero. Conociéndolas, tampoco es muy probable.

Eso sí, el abrazo es casi eterno. Las Gamers del Cinquillo están formando una única unidad física, tan apretujadas que pueden sentir los latidos del corazón de las demás. Y van a mil, bum-bum-bum-bum-bum.

La euforia y el subidón se mezclan con una sensación de que no todo está finiquitado. De que sí, toca celebrar, pero no mucho. Si algo han aprendido en los últimos días es que cuando las cosas parecen solucionadas se tornan más dramáticas.

De cualquier forma, tienen que soltar toda esa energía contenida, las dudas que les han carcomido, el temor ante las situaciones inverosímiles que han pasado, incluso el agarrotamiento físico que les ha provocado parar su vida para pensar en cómo solucionar esto.

De repente un brazo asoma por ese amasijo humano que están formando y palpa a ciegas hacia donde está Daniel. Le coge el décimo de la mano y lo sitúa en el centro del abrazo. Lo besan como si fuese una estampita. Como si fuese una medalla olímpica. Como si fuese el arca perdida.

Pasan unos largos, y se podría decir que incluso disfrutones, minutos en esa posición. Sus mentes están casi en blanco, demasiadas emociones, demasiado recelo. Solo sienten la corporalidad de sus amigas, el apoyo físico, la unión inquebrantable.

Por fin Daniel alza la voz tras un par de forzados carraspeos para darles la enhorabuena y preguntarles cómo se sienten. Ni caso.

Espera un poco más compartiendo la emoción, dejándose llevar por ese cenit que también es una victoria para él. Si está en su administración día tras día es solo para que ocurra algo como lo que está pasando ahora. Y sabe que sucede muy pocas veces.

Al final nota cómo el amasijo empieza a disolverse y va perdiendo fuerza. Los brazos dejan de estar tensos, las cabezas vuelven a centrarse y el círculo que han formado se va agrandando hasta que se separan, únicamente un poquito. Lo justo para demostrar que en esto son solo una, pero lo suficiente para respirar de nuevo con normalidad.

—¿Cómo estáis? —pregunta el lotero.

Y es ahí cuando comienzan a escocerles los ojos y empiezan a oírse tímidas respiraciones entrecortadas que, poco a poco, dan paso a grandes sollozos. El sonido de la administración de lotería recuerda al de una guardería, aunque el motivo del llanto sea muy diferente. Lloran por la emoción, sí. Pero lo que ha desatado ese instinto es una pregunta concreta. ¿Que cómo están? No lo saben. Nadie les

pregunta eso nunca. Nadie. Y, desde luego, si alguien lo hubiera hecho, si alguien les hubiese planteado una cuestión tan sencilla como «¿cómo están?», no un «¿cómo está la familia?», un «¿vas mejor de lo tuyo?», sino un «¿cómo estás?», habrían respondido con un «bien, gracias» cordial. Un bien de esos que se sueltan por no explicar tu vida, por no apabullar con historias que sientes que aburrirán a cualquiera, por no molestar básicamente.

Que justo les hagan esta pregunta cuando la respuesta es un bien real, con mayúsculas, un bien cargado de esperanza y de tranquilidad, las lleva a despertar las emociones más escondidas, a retirarse la armadura de fortaleza que han creado a lo largo de sus vidas y sobre la que se ha formado una coraza en los últimos días.

—Esto es real, ¿no? —pregunta por fin Carmen.

—Completamente real. Y, de hecho, estáis a tiempo de ir ahora mismo al banco y gestionarlo. —Daniel mira a Carmen con ojos pillos porque sabe lo que está pensando—. Tranquila, ya he buscado cómo puedes cancelar tu exclusión del juego. Solo tienes que solicitar un papel médico. La gestión bancaria tardará entre cinco y veinte días, así que no tendrás problema para conseguirlo a tiempo.

Carmen lo abraza. Ella que, si se para a pensarlo, no toca a casi nadie. Pero es que hay poca gente que se preocupe por los demás como Daniel. Que sí, que es su trabajo, pero esa bondad propia de la auténtica vida de barrio está desapareciendo. Encontrar una muestra de que pervive la ilusiona tanto como al biólogo que da con una especie que se creía extinta.

Mientras lo abraza, rumia la idea de que ese hombre se merece un pellizquito. ¿Cuántas personas se habrían atrevido a esperarlas en un aparcamiento desolado con una banda de delincuentes de por

medio? Y ¿cuántas son capaces de adelantarse a lo que ella necesita?

Se suman de nuevo las demás al abrazo hasta que Daniel lo disuelve con una frase mágica.

—Anda, id al banco. ¿Os acompaño? —pronuncia por fin el lotero.

Recibe un unánime «sí» por respuesta y los cinco se encaminan a la sucursal más cercana. Las Gamers del Cinquillo ni siquiera pierden tiempo discutiendo sobre qué entidad será la mejor, y eso que es una discusión que tienen con bastante frecuencia, tan a menudo como les suben las comisiones, que ocurre bastantes veces. Ahora solo quieren la más cercana y recorrer el menor camino posible con ese décimo escondido en la pechera de Pili.

¿De verdad están yendo al banco para ingresar un dineral? En cuanto las vean entrar pensarán lo contrario: que van a pedir un crédito o a abrirse una nueva cuenta con la que regalan una vajilla. ¿Quién creería que ellas son ahora las millonarias?

El camino se transforma en un hervidero de pensamientos y en un desierto de palabras. Por sus cabezas pasan todos los contras que podrían darse. Se preguntan varias veces si llevan su carnet de identidad y si conocen las claves para acceder a su número de cuenta desde el móvil. En realidad esto último lo piensa Pili.

Andan solo unos cien metros y, por tanto, el recorrido pasa volando. Casi tan rápido como su tiempo de espera dentro de la sucursal. Nada más entrar, en cuanto comentan en el mostrador que vienen a cobrar un premio de loterías, se olvidan de las citas previas y las atienden las primeras.

—Empiezo a sentirme prémium, o como se diga —comenta Carmen mientras avanzan hacia el despacho del fondo—. Todavía no

tenemos ni un duro y ya nos tratan como privilegiadas.

—¿Lo de no esperar funcionará también en el médico? —pregunta Dolo con interés real.

Dentro del despacho, el proceso es bastante aséptico. Entregan el décimo, escuchan un «enhorabuena» que suena bastante manido y dan sus datos. Demasiado aburrido. Las tratan con una cordialidad extrema, eso sí. Un trato incluso elegante, dirían. Quizá al contarlo también añadirán que caía confeti y serpentina.

En cuanto salen, Daniel, que ha esperado fuera, se despide. Deja a las cuatro mujeres solas en mitad de una bocacalle del barrio. No tienen ni la más remota idea de cuál será su siguiente movimiento. Toca esperar, eso lo tienen asumido.

Todo es cuestión de esperas. Aunque el dinero les haya permitido pasar enseguida en el banco, no creen que esa sea la nueva realidad de sus vidas. Sinceramente, no tienen ninguna experiencia para calcular cómo será esa nueva realidad, cómo se presentarán las siguientes mañanas y cómo cambiarán las pasadas. Descubrirán juntas esta nueva vivencia inesperada por improbable y porque a su edad no contaban con vivir nada diferente a lo que ya han vivido mil veces.

Sí, las situaciones cambian. Confiaban en que les quedaban por vivir nuevas experiencias, pero que no serían más que una versión diferente de las que ya acumulaban. Sin embargo, esto es excepcional.

Los días hasta que caen los millones a sus cuentas pasan mucho más lentos que los precedentes. La búsqueda incansable las tenía

entretenidas. Las preocupaciones te obligan a pensar en ellas y a no tomar ninguna otra decisión. Cuando por fin desaparecen, queda una especie de vacío que cuesta rellenar.

Se ocupan haciendo planes mentalmente y manteniendo sus costumbres; telenovela, aquagym, meriendas en el Estrella, tartas, juegos con el conejo y, por supuesto, partidas.

El día en el que el ingreso se hace efectivo no suena ninguna «cucaracha» en el móvil de Pili, todas lo tienen marcado en su agenda mental. Por muy desgastada que esté, por mucho que el olvido las visite con cierta frecuencia.

Han quedado en el portal de Carmen y Rosario. Después recorren juntas las sucursales bancarias de cada una actualizando sus libretas. Cuando finaliza la ruta, y todas cuentan con muchos más ceros de los soñados en sus cartillas, llega la templanza, un luminiscente rayo en el ocaso de la monotonía que les provoca un cosquilleo en el estómago propio de quienes tienen frente a sí decisiones que tomar. Algunas lo identifican como hambre.

Caminan hacia la cafetería más por costumbre que por tener un plan establecido. Andan en silencio, quizá pensando en el dinero, quizá dando por cerrada una aventura que nunca imaginaron vivir. Por fin Carmen alza la voz.

—Mañana cambiamos la partida y vamos al casino, ¿no? ¿O qué?

Epílogo

Seis meses después, en los que se incluyen
decenas de cinquillos y un par de tardes
de casino sin tener éxito en ningún juego
con baraja francesa…

Rosario ha firmado la compra de una casita en un pueblo alejado de todo. En cuanto le instalen la enorme caseta que ha pedido a medida para Playboy se irá a pasar el verano. En invierno no piensa abandonar el barrio.

Dolo ha comprado una moto a su nieto, quien, al menos durante unas semanas, la ha visitado con más frecuencia. Se ha comprado también algo de ropa nueva, ningún bolso de lujo, y continúa con sus rutinas. El dinero no la ha cambiado, sigue disfrutando de las promociones del dos por uno en cruasanes y pintándose las uñas con esmalte rojo. Eso sí, está valorando la posibilidad de que le hagan un vestidor a medida.

Pili ha cancelado la deuda de sus hijos, se ha permitido algunos caprichos culinarios con su familia y ya ha creado su canal de Twitch. Por el momento, solo cuenta con un vídeo en el que explica las normas del cinquillo.

Carmen se gastó un pastizal en el cerrajero y después se llevó a Tere a Port Aventura. Desde que volvió, intenta contar lo bueno de la experiencia, concretamente describir la cara de disfrute de su hija las siete veces que se subió al Dragon Khan, y se ahorra narrar que ella vomitó a la primera. Ahora planea su viaje en solitario a Punta Cana. A ver si allí se le ocurre qué hacer con el dinero.

Las Gamers del Cinquillo son mujeres de palabra y no se olvidan de quienes les ayudan en su camino. Así que, si Los Cristianos cumplieron ofreciéndoles pistas ellas también van a cumplir. Tras mucha discusión han decidido que les harán una transferencia mensual hasta que cumplan los veintiuno. No quieren ser tampoco promotoras de que esos chavales se den a vivir de las rentas. De hecho, han montado una tienda online de sudaderas *oversize* que está teniendo bastante tirón.

Tere y Cristian no han vuelto a verse. Pero quizá el futuro les una en alguna charla de emprendedores. Porque la joven está centrada en lanzar también su propia tienda, se debate entre un establecimiento de moda vintage (Dolo no deja de insistir en esto) o una tienda de maquillaje.

Y si Los Cristianos recibieron su recompensa, no iban a dejar a Daniel sin un pellizquito. Tras un largo debate le metieron unos cuantos miles de euros en un sobre que introdujeron bajo la persiana de la administración. Como si el hombre no fuese a saber quién se lo enviaba. Aunque nadie mencionó nada cuando Las Gamers del Cinquillo se seguían presentando cada semana para jugar sus números del Euromillones. No lo hacían por codicia, sino por mantener las costumbres.

Los demás… En fin, los demás ni han olido la felicidad. Puri largó al Aurelio de su vida a la tercera vez que tuvo que sacarlo a rastras del Estrella. Podía soportarlo cuando había una millonada en juego, ahora no va a poner más en riesgo su ciática cargando con ese beodo.

La tienda de nutrición deportiva continúa abierta. Un día que pasaron por allí descubrieron que ahora Lorenzo sí tenía una cicatriz en la cara. No se atrevieron a preguntar cómo se la había hecho.

¿Y Los de Arriba? Esos siguen buscando una vía económica más legal. Creen que han encontrado salida en otro negocio, ahora aparecen en Instagram haciéndose los ricos e intentando captar a otros jóvenes para unos cursos en los que no enseñan nada.

Playboy sigue dando saltitos, dejándose acariciar y disfrutando de sus paseos. Aunque ya no come nada que le ofrezcan extraños, anda algo enganchado a su pienso prémium.

Agradecimientos

Las Gamers del Cinquillo celebrarían con una buena partida que hayas seguido su historia y llegado hasta aquí. Así que, lo primero, gracias a ti, lector. Por dar una oportunidad a esta novela y por saber que las aventuras que vivimos en los libros nos hacen únicos en la vida real.

Esta novela no estaría entre tus manos sin la inestimable ayuda de quienes me han acompañado en este auténtico sueño que ha sido publicar *Órdago*. Especialmente a mi editora, Ana Lozano. Gracias por confiar en esta historia; sigo sonriendo cada vez que recuerdo nuestra primera reunión. También a Silvia y a todo el equipo de Penguin que ha tratado con tanto mimo esta novela. Y a mi agente, Eva Fraile. Ella dice que no nos hemos soltado nunca de la mano y yo diría más, no nos hemos querido soltar. Su visión, su paciencia y su energía son únicas. Gracias por creer en mí.

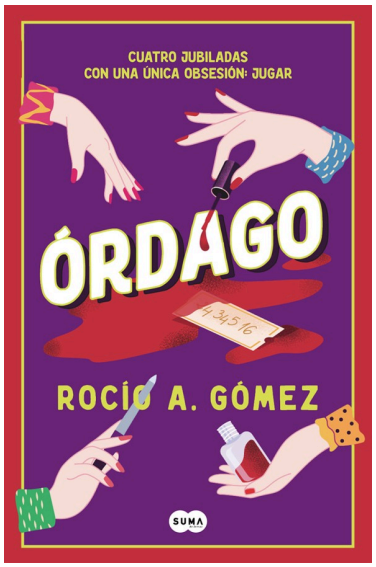
En lo personal, gracias a mis padres por incitarme a crecer siempre con un libro a mi alcance, motivarme en todas mis aventuras y darme la oportunidad de que cumpliese mis sueños.

A César. Por estar, ser, querer y, sobre todo, por sonreír siempre. Gracias por acompañarme en la vida, alentarme en cada duda y sacar de mí siempre la mejor versión. Quizá por algo el destino

quiere que nos turnemos como ganadores en nuestros campeonatos de chinchón, porque nos quedan muchísimas partidas.

A tantos amigos y familiares que me habéis apoyado en mis andares literarios, infinitas gracias. No imagináis cuánto valoro cada uno de vuestros ánimos y comentarios. Como no quiero dejarme a nadie, me ahorraré los nombres. Pero vosotros sabéis quiénes sois; a los que me habéis visto caer (literalmente) más veces de las que querría reconocer y ya ni os giráis porque sabéis que siempre me levanto, a los del sándwich en el metro, a los que me habéis visto pegarme con asuntos y tasas de apertura, a los de las barbacoas los 1 de noviembre y a los que compartimos lecturas desde Doble-P. Además, con la mayoría de ellos he compartido números e ilusiones en forma de décimo. Y, aunque aún no hayan salido esos números en el bombo, sabemos que la suerte es tenernos.

Cinquillo, mus, brisca, lotería...
No hay nada que se les resista, sobre todo cuando lo que está en juego es un suculento premio en metálico.



Pili, Rosario, Dolo y Carmen son grandes amigas y aficionadas al juego, especialmente desde su jubilación. Apuestan cada semana a los mismos números y un día descubren que han resultado premiados. El problema es que el euromillón no está bajo el imán en el que lo dejaron y empiezan a sospechar que han sido víctimas de un robo. Ninguna entiende lo que ha pasado y es que ¿hay algo peor que ganar la lotería y que te la arrebaten?

Las cuatro se verán abocadas a abandonar sus rutinas de repostería, su telenovela y sus partidas para urdir un plan y pensar en posibles

culpables, y enseguida acabarán envueltas en una vorágine de situaciones inesperadas…, rocambolescas…, desternillantes.

La escritora Rocío A. Gómez Sustacha nos ofrece una novela inteligente con mucho humor y situaciones paródicas. *Órdago* es una historia de amistad insuperable, adictiva, llena de emoción.

La novela que toda abuela desearía leer.

Rocío A. Gómez Sustacha (Santander, 1986) es licenciada en Periodismo y en Publicidad y Relaciones Públicas, trabaja en comunicación, dentro del área de e-commerce, y vuelca sus intereses culturales en la revista digital que fundó en el año 2014, Nokton Magazine. Órdago es su primera novela publicada en Suma.



Primera edición: enero de 2026

© 2026, Rocío A. Gómez Sustacha
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño e ilustración de portada: Sophie Güet

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87512-33-0

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras

Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Órdago
1. Mala racha
2. Las Gamers del Cinquillo
3. Un imán en la nevera
4. Después del casino
5. Café con hielo
6. Pellizcando piel ajena
7. Barritas energéticas
8. Momento para los encurtidos de mercadillo
9. Una propuesta decente
10. Pintan bastos
11. Vodka o ginebra
12. Droga sin receta
13. Playboy a la venta
14. Organizando el pastillero
15. Una del Oeste
16. Boca Tambor
17. Mirar por la ventanilla
18. Sin aparcamiento
19. Un taxista inesperado
20. Llegada a casa
21. Buena suerte
22. Día festivo en el calendario
23. Azar
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Rocío A. Gómez Sustacha
Créditos